

*Unidos por cartas. Separados por un océano.
Devastados por la guerra.*



CARTAS DESDE LA ISLA DE SKYE

JESSICA BROCKMOLE

Lectulandia

Marzo de 1912. Elspeth Dunn —una joven escritora que jamás ha abandonado su hogar en la remota isla escocesa de Skye— recibe la carta de un admirador norteamericano. La firma el universitario David Graham y supone para ella una puerta al mundo. A medida que los dos se vuelcan en la correspondencia —compartiendo sus esperanzas más atrevidas y sus mayores secretos— su intercambio acaba convirtiéndose en amistad y, con el tiempo, en amor. Cuando estalla la primera guerra mundial, David se alista como voluntario y la correspondencia se trunca. Junio de 1940. En plena segunda guerra mundial, la hija de Elspeth, Margaret, se enamora de un piloto inglés. Su madre trata de disuadirla; sabe, por experiencia, lo doloroso que es mantener una relación en tiempos de guerra. Un día Elspeth desaparece dejando unas cartas tras de sí. Margaret se adentra con ellas en un pasado del que nada sabía.

Lectulandia

Jessica Brockmole

Cartas desde la isla de Skye

ePub r1.0
Titivillus 17.09.15

Título original: *Letters From Skye*
Jessica Brockmole, 2013
Traducción: Santiago del Rey
Diseño de cubierta: Emma Grey
Imagen de cubierta: Stephen Mulcahey

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

*Mi aliento, mi luz,
aquel que guía el vuelo de mi corazón.*

A Jim.

1

Elsbeth

Urbana, Illinois, EE. UU.
5 de marzo de 1912

Estimada señora:

Espero que no me considere demasiado atrevido, pero quería escribirle para manifestarle mi admiración por su libro *Desde el nido del águila*. Reconozco que no soy muy aficionado a la poesía: es más fácil sorprenderme con un sobado ejemplar de *Huckleberry Finn* o con cualquier historia trufada de fugas y peligros mortales. Pero hay algo en sus poemas que me ha tocado la fibra más que cualquier otra cosa en mucho tiempo.

He estado ingresado en un hospital y su librito ha conseguido levantarme más el ánimo que las enfermeras. Sobre todo, que la enfermera con un bigote como el de mi tío Phil. Ella también me ha toqueteado la fibra como nadie lo había hecho en mucho tiempo, aunque de un modo menos excitante. Por lo demás, estoy dando la lata a los médicos para que me dejen salir y poder volver a mis trapicheos. Justamente la semana pasada pinté de azul el caballo del decano, y abrigaba la intención de concederle el mismo honor a su terrier. No obstante, con este libro en mis manos me quedaré aquí de buena gana, siempre y cuando sigan sirviéndome gelatina de naranja, claro está.

La mayoría de sus poemas hablan de saltar por encima de los temores de la vida y de escalar la siguiente cumbre. Como seguramente adivinará, hay pocas cosas que a mí me pongan nervioso (aparte de mi hirsuta enfermera y de su insistente termómetro). Pero escribir, así por las buenas, a una autora publicada como usted me parece con diferencia el acto más osado de mi carrera.

Le remito la carta a su editor de Londres, y mantendré los dedos cruzados para que acabe llegando a sus manos. Si alguna vez puedo compensarla por su inspiradora poesía —pintando un caballo, por ejemplo—, no tiene más que decirlo.

Con toda mi admiración,

DAVID GRAHAM

Isla de Skye
25 de marzo de 1912

Apreciado señor Graham:

Debería haber visto usted el alboroto que se formó en nuestra diminuta oficina de correos: todo el mundo allí reunido para verme leer la primera carta de un «fan», como dirían ustedes, los americanos. Creo que esa pobre gente pensaba que, fuera de nuestra isla, nadie había echado jamás un vistazo a mi poesía. No sé si les emocionaba más que alguien hubiera leído uno de mis libros o que ese alguien fuese un americano. Ustedes son todos forajidos y cowboys, ¿no es así?

Yo misma admito sentir cierta sorpresa al ver que mis humildes obras han llegado nada menos que a Estados Unidos. *Desde el nido del águila* es uno de mis libros más recientes, y no se me había ocurrido que hubiera tenido tiempo de cruzar el océano. Sea como sea que haya llegado a sus manos, me alegra saber que no soy la única que ha leído el dichoso librito.

Con gratitud,

ELSPETH DUNN

Urbana, Illinois, EE. UU.
10 de abril de 1912

Estimada señorita Dunn:

No sé qué fue lo que me dejó más aturdido: si enterarme de que *Desde el nido del águila* era uno de sus «libros más recientes» o simplemente recibir respuesta de una poeta tan reputada. Sin duda debe de estar usted muy ocupada contando sílabas o confeccionando una lista de relucientes sinónimos (brillantes, centelleantes, deslumbrantes sinónimos). Yo paso mis días robando bancos con James Gang y otros forajidos y cowboys.

Su libro me lo envió un amigo mío que vive en Oxford. Para mi gran consternación, no he encontrado sus obras impresas aquí, en Estados Unidos. Incluso una búsqueda exhaustiva en la biblioteca de mi universidad resultó infructuosa. Ahora que sé que tiene otras obras agazapadas en los anaqueles de las librerías, habré de solicitarle a mi amigo que me envíe más.

Me dejó pasmado leer que la mía era la primera carta que usted recibía de un «fan». Estaba convencido de que sería sólo uno de tantos, razón por la cual me esforcé hasta tal punto en que resultara ingeniosa y fascinante. Quizá otros lectores no hayan sido tan osados (¿o acaso tan impulsivos?) como yo.

Saludos,

DAVID GRAHAM

P. D. ¿Dónde queda exactamente la isla de Skye?

Isla de Skye
1 de mayo de 1912

Señor Graham:

¿Dice que no sabe dónde está mi preciosa isla? ¡Qué absurdo! Es como si yo le dijera que nunca he oído hablar de Urbana, Illinois.

Mi isla se encuentra frente a la costa noroeste de Escocia. Es un lugar salvaje, verde y pagano de tal belleza que no podría imaginarme la vida en otro lugar. Le adjunto un dibujo de Peinchorran, donde yo resido, con mi casita de campo acurrucada entre las montañas que rodean el estrecho. Me permito decirle que, para hacer este dibujo, tuve que bordear el estrecho a pie, ascender penosamente por el camino de cabras de la montaña opuesta y buscar un tramo de hierba que no estuviera cubierto de brezo o excrementos de oveja. Espero que haga usted otro tanto cuando me envíe un dibujo de Urbana, Illinois.

¿Da usted clases en Urbana? ¿O estudia? Me temo que no sé muy bien qué hacen los americanos en la universidad.

ELSPETH DUNN

P. D. Por cierto, es «señora Dunn».

Urbana, Illinois, EE. UU.
17 de junio de 1912

Estimada *señora* Dunn (¡disculpe mi atrevimiento, por favor!):

¿Así que dibuja usted, además de escribir una poesía tan excelsa? El dibujo que me mandó es sublime. Dígame, ¿hay algo que no sepa hacer?

Como yo dibujo pésimamente, le envío unas postales. Una del auditorio de la universidad; la segunda, de la torre de la biblioteca. No está mal, ¿eh? Illinois es seguramente lo más distinto que quepa imaginar de la isla de Skye. No hay ni una sola montaña a la vista. Una vez fuera del campus, no veo más que trigales hasta donde acaba el horizonte.

Supongo que yo hago lo mismo que cualquier universitario americano: estudiar, comer más pastel de la cuenta, mortificar al decano y a su caballo... Estoy terminando mis estudios de ciencias naturales. Mi padre espera que entre en la Facultad de Medicina y que algún día trabaje con él en su consultorio. Yo no veo mi futuro tan claro como él. Por ahora, ¡estoy procurando superar el último curso con mi salud mental intacta!

DAVID GRAHAM

Isla de Skye
11 de julio de 1912

Señor Graham:

«¿Hay algo que no sepa hacer?», me pregunta usted. Bueno, pues no sé bailar. Ni tampoco curtir cuero. Ni fabricar toneles o lanzar un arpón. Y tampoco se me da muy bien cocinar. ¿Me creerá si le digo que el otro día quemé la... sopa? En cambio, sé cantar bastante bien, disparar un rifle sin errar el tiro, tocar la corneta (¿acaso no sabemos todos?), y también tengo algo de geóloga amateur. Y a pesar de que no sabría preparar un cordero asado mínimamente pasable aunque me fuera la vida en ello, sé hacer un maravilloso pudin navideño.

Disculpe mi franqueza, pero ¿por qué dedicar todo su tiempo (y su salud mental) a una área de conocimientos que no le fascina hasta lo más profundo del alma? Si yo hubiera podido ir a la universidad, no habría perdido ni un minuto en una materia que no me interesara.

Me gustaría pensar que habría pasado mis días en la universidad leyendo poesía, pues no hay mejor manera de ocupar el tiempo, pero después de tantos años haciéndome pasar por una «poeta de verdad», no creo que haya mucho que pudiera enseñarme un profesor ahora.

No: aunque suene poco propio de una dama, si hubiera podido habría estudiado geología. Mi hermano mayor, Finlay, anda siempre navegando y me trae piedras que ha pulido el mar. Yo no puedo por menos que preguntarme de dónde proceden y cómo han acabado llegando a las Hébridas Occidentales.

Bueno, ¡ya conoce mis deseos secretos! A cambio, habré de quedarme con su primogénito, como en el cuento. Aunque supongo que podría conformarme con que me contara un secreto suyo. Si no estuviera estudiando ciencias naturales, ¿qué estudiaría? ¿Qué desearía hacer en la vida por encima de todo?

ELSPETH

Urbana, Illinois, EE. UU.
12 de agosto de 1912

Querida Rumpelstiltskin^[1]:

Si usted me enseña a tocar la corneta, ¡yo le enseñaré a bailar!

No veo en la geología nada impropio de una dama. ¿Cómo es que nunca escapó de la isla para ir a la universidad? Si yo hubiese vivido en un lugar más interesante geológicamente hablando que la parte central de Illinois, tal vez habría considerado unos estudios de ese orden. Siempre había deseado estudiar literatura americana —

Twain, Irving y demás—, pero mi padre se negó a pagarme la matrícula para que me pasara cuatro años «leyendo historias».

¿Qué desearía hacer por encima de todo? Es una pregunta muy sencilla, pero la respuesta no figura entre las que estoy dispuesto a confesar. Me temo que tendrá que aceptar mi primogénito, a fin de cuentas.

DAVID

Isla de Skye

1 de septiembre de 1912

Señor Graham:

Bueno, ¡ahora sí que me ha picado la curiosidad! ¿Qué es lo que ha ansiado ser desde niño? ¿Capitán de barco? ¿Acróbata circense? ¿Viajante de perfumes? Tiene que decírmelo o empezaré a especular por mi propia cuenta. Soy poeta, al fin y al cabo, y vivo rodeada de gente que cree en las hadas y los fantasmas. Poseo una imaginación muy exuberante.

Me preguntaba usted por qué no fui a alguna universidad fuera de la isla, y debo hacerle una confesión. En fin, es bastante embarazoso, se lo advierto.

Primero, déjeme inspirar profundamente.

Nunca he salido de Skye. En toda mi vida. ¡De veras! El motivo es..., bueno, que me dan miedo los barcos. No sé nadar y me asusta meterme en el agua aunque sea para aprender. Ya me imagino que se habrá caído de la silla, de las carcajadas. ¿Una persona que vive en una isla, completamente aterrorizada por el agua? Pues ya ve. Ni siquiera el aliciente de la universidad bastó para convencerme de que pisara un barco. Ah, lo intenté. ¡De veras que sí! De hecho, había planeado presentarme a un examen para obtener una beca. Ya tenía la maleta preparada y todo. Finlay y yo íbamos a hacer juntos el intento. Pero cuando le eché un vistazo al ferry..., ay, ya no me pareció que la travesía mereciese la pena. Es que no encuentro lógico que los barcos floten en el agua. Y ninguna cantidad de whisky fue capaz de engatusarme.

Bueno, ahora ya posee *dos* secretos míos. Conoce mi absurda pasión por la geología y mi todavía más absurdo temor al agua y los barcos. Ahora ya puede decirme su secreto con toda tranquilidad. De veras puede confiar en mí, aunque sólo sea porque no tengo a quién contárselo (aparte de las ovejas).

ELSPETH

P. D. Por favor, deje de llamarme «señora Dunn».

2

Margaret

Borders
Martes, 4 de junio de 1940

Querida madre:

¡Otra remesa entregada! Juraría que ya no debe de quedar un solo niño en Edimburgo, con todos los que hemos evacuado al campo para mantenerlos lejos de las bombas. Estos tres eran mejores que la mayoría; al menos, sabían sonarse la nariz solos como es debido.

He de dejar instalado a este grupo y luego le prometí a la señora Sunderland que haría una breve visita a su prole en Peebles. ¿Alguna carta de Paul?

Besos,

MARGARET

Edimburgo
8 de junio de 1940

Margaret:

Te estás matando a trabajar. ¡Si acabas de volver de Aberdeenshire! La mayoría de las chicas se quedan fijas en un sitio, enrollando vendas, construyendo acorazados o, bueno, lo que hagan las jóvenes en estos tiempos. En cambio, tú, venga andar de aquí para allá por las tierras escocesas como el flautista de Hamelín, con todos esos pobres niños corriendo detrás. ¿Es que no saben que no distingues un punto cardinal de otro? ¿Y que hasta hace muy poco tú misma no sabías sonarte la nariz como es debido?

No, querida, no hay carta de Paul. Ten fe. Si algo puedes esperar de ese chico, es una carta. Y luego cien más.

Cuídate.

TU MADRE

Todavía en Borders
Miércoles, 12 de junio de 1940

Querida madre:

Si mi mejor amigo puede volar por Europa con la RAF, ¿por qué demonios yo no puedo volar por Escocia?

Pero no has tenido noticias tuyas, ¿no? La gente no para de repetir que la RAF no estuvo en Dunkerque, pero Paul me dijo «Volveré en seguida», y no me ha escrito desde entonces. ¿A qué otro sitio podría haber ido? Una de dos: o se le han acabado los sellos, o no ha vuelto de Francia.

Sin embargo, hago lo posible por no preocuparme, de verdad. Bastante nerviosos se ponen ya estos pequeños, separados de sus madres; no quiero inquietarlos aún más.

Saldré para Peebles por la mañana y después seguiré hasta Edimburgo. ¡Tenme preparados té y pasteles de Mackie's! De lo contrario, quizá me quede en el tren hasta llegar a Inverness...

Besos,

MARGARET

Edimburgo
15 de junio de 1940

Margaret:

Si hubiera sabido que para atraerte a casa sólo hacía falta un plato de pasteles de Mackie's, lo habría intentado hace siglos, ¡con racionamiento o sin él!

Todavía nada de Paul, pero no puedes fiarte del correo en tiempos de guerra. No recuerdo que antes te preocuparas tanto por él. ¿No es sólo un amigo por correspondencia?

TU MADRE

Peebles
Lunes, 17 de junio de 1940

Madre:

Sí, aún estoy en Peebles. Los trenes son un caos y tengo conmigo a una insistente Annie Sunderland, que trata de convencerme para que la meta de rondón en mi

maleta y me la lleve a Edimburgo. Cuando la amenazo con pegarle los pies al suelo, me suplica que le cuente otro cuento. Ya la conoces, con esos ojazos castaños. ¿Cómo voy a resistirme? Echa de menos a su mamá, claro, pero la familia con la que están alojados Annie y los niños aquí es una verdadera maravilla. Podré hacerle un buen informe a la señora Sunderland.

Supongo que debería habértelo dicho: Paul podría ser un poquito más que un amigo por correspondencia. Al menos, es lo que él cree. Vamos, él se figura que está enamorado de mí. Yo lo encuentro absurdo y así se lo he dicho. Sólo somos amigos. Amigos íntimos, sin duda. Recordarás que siempre salíamos de excursión o de escalada, y que luego compartíamos un sándwich. Pero ¿enamorado? No te lo había contado antes porque estaba segura de que te reirías. Está diciendo tonterías, ¿no crees?

Debería llegar a casa mañana, o pasado, si es que tengo que hacer a pie todo el camino desde Peebles. ¡Allá vamos!

Besos,

MARGARET

TELEGRAMA DE LA OFICINA DE CORREOS
18.06.40 PLYMOUTH

MARGARET DUNN, EDIMBURGO
MAISIE NO PREOCUPES ESTOY BIEN
BREVE PERMISO EN PLYMOUTH
PENSANDO EN TI
PAUL

¡Madre!

¡Me ha escrito!

He visto el telegrama colocado sobre la mesa y no he podido esperar a que volvieras a casa de la iglesia. Me daba miedo perder el tren hacia el sur. He envuelto bien todos los pasteles. Para él serán un verdadero lujo. Espero que no te importe.

Mi maleta y yo nos volvemos directamente a la estación de Waverley. Te escribiré en cuanto llegue allí.

Me ha escrito.

MARGARET

Edimburgo
18 de junio de 1940

Ay, mi Margaret:

Ya sé que no enviaré esta carta; que acabará en la chimenea en cuanto haya volcado las palabras sobre el papel. Si supieras cómo se me desgarrá el corazón al leer la nota que has dejado sobre la mesa, entre las migas del plato de pasteles vacío. Si supieras lo que es correr en busca de alguien para verse durante apenas una pizca de tiempo, cómo deja de girar el mundo, sólo por un instante, cuando estrechas a esa persona entre tus brazos, y cómo después empieza a girar otra vez tan de prisa que te caes al suelo, aturdida. Si supieras que cada «hola» hace más daño que un centenar de adioses. Si supieras.

Pero no lo sabes. Nunca te lo he contado. Tú no tienes secretos para mí, pero yo he mantenido siempre una parte mía a buen recaudo. Una parte de mí que empezó a arañar la pared el mismo día en que dio comienzo esta otra guerra, que se ha puesto a aullar para salir a la luz ahora, justo el día en que tú has corrido a reunirte con tu soldado.

Debería habértelo contado, debería haberte enseñado a endurecer tu corazón. Haberte enseñado que una carta no siempre es sólo una carta. Las palabras sobre un papel pueden llegarte al alma. Si supieras...

TU MADRE

3

Elspeth

Urbana, Illinois, EE. UU.
21 de septiembre de 1912

Querida Elspeth:

Si no «señora Dunn», ¿entonces, qué? ¿Cómo la llaman sus amigos? ¿Ellie? ¿Libby? ¿Elsie? A mí me conocen aquí como «Mort» (mejor no pregunte), pero mi madre me llama «Davey».

¿Nunca ha salido de Skye? No sé por qué tendría que parecerme tan increíble. Quiero decir que siempre habrá gente con pánico al mar, y una persona que vive tan cerca del océano como usted ha visto con sus propios ojos lo terrorífico que puede llegar a ser. ¿Nunca ha cruzado un puente siquiera?

Muy bien, ¿quiere conocer mi secreto? Mis padres no saben nada de esto, y mis amigos se partirían de risa si lo supieran. Ahí va: si pudiera ser cualquier cosa del mundo, sería bailarín. Un bailarín de ballet, como Nijinsky. Lo vi bailar en París, ¡y era asombroso! De hecho, la palabra «asombroso» no le hace justicia. Fui a verlo todas las noches que pude encontrar una butaca, por muy alejada que quedase del escenario. Yo no sabía que fuera posible para un ser humano saltar y dar vueltas a semejante altura. ¡Y él conseguía que pareciera fácil! Nunca he tomado lecciones, pero siempre he sido considerado un bailarín bastante bueno. ¿Acaso el próximo Nijinsky?

Bueno, ¡ya es suyo mi secreto! Ahora tiene todo mi futuro social en sus manos.

Creo que ya puedo oír las carcajadas desde Escocia...

Debo dejarla... ¡Las guerras de árboles están empezando!

Saludos,

DAVID

Isla de Skye
10 de octubre de 1912

Davey:

¡Es fantástico! Este mundo necesita más bailarines, del mismo modo que necesita más geólogas.

¿Y qué es, haga el favor de decirme, una guerra de árboles? ¿Acaso Urbana, Illinois, es tan pobre desde el punto de vista arbóreo que sus ciudadanos deben ir a la guerra? Los árboles escasean en Skye, ciertamente, pero no por eso tenemos que combatir. Si la carestía es tan extrema, dígamelo, por favor: le enviaré por correo un arbolito o dos.

Aquí se dice que los mares están habitados por el *each uisge*, un caballo acuático que arrastra a sus víctimas bajo el agua y las destroza con sus dientes hasta que ya sólo queda el hígado flotando espantosamente en la superficie. Criada con historias semejantes, ya me dirá usted cómo podrían convencerme para que pusiera un pie en el agua.

Hablando en serio, tengo mis motivos. El mar puede ser terrorífico. Mi padre es pescador. Mi hermano Alasdair también, pero un día no volvió a casa. Su barco, sí, hecho pedazos sobre los guijarros de la playa. Así que, en efecto, conozco muy bien los peligros del mar.

Si hubiera un puente que conectara Skye con tierra firme, tal vez me hubiera ido. Pero hasta que llegue ese día, y mientras tenga que vérmelas con el ferry, me temo que seguiré siendo una prisionera en mi isla.

ELSPETH

P. D. Por extraño que parezca, mis amigos me llaman «Elspeth». Pero usted, como no me conoce todavía lo bastante para ser un amigo, puede llamarme como quiera.

Urbana, Illinois, EE. UU.
3 de noviembre de 1912

¿Como yo quiera? ¡Entonces la llamaré Sue!

¿Guerras de árboles, me preguntaba? Son una estúpida travesura. Cada clase planta un árbol en el campus y las demás tratan de destruirlo. Mi clase ya ha perdido uno. Hemos plantado otro y ahora tenemos depositadas grandes esperanzas en el miembro más reciente de la decimotercera. Lo vigilamos por turnos, armados con huevos y con bolsas de papel llenas de agua. Danny Norton ha estado alimentando al árbol con una fórmula en la que dice creer ciegamente, pero que yo sospecho que consiste básicamente en cerveza mezclada con un poco de aceite de laurel para disimular el olor. Debe de funcionar, porque el árbol aún no se ha muerto. La otra noche arrancamos de cuajo el arbolito de la decimocuarta, ¡con raíces y todo!

Pese a las guerras de árboles, aquí no todo son juegos y diversión. Este trimestre está resultando muy difícil. Mis amigos creen que el último año es el más fácil de todos, pero yo tengo una cantidad tremenda de clases. Me paso tanto tiempo en la

biblioteca que estoy sopesando la posibilidad de llevarme allí la almohada y el cepillo de dientes. ¿Qué tiene esto de fácil? Aguardo con temor la temporada de exámenes.

Es en momentos como éste cuando me entran dudas sobre el futuro, ¿sabe? Sigo esperando que algún día una asignatura o un profesor adecuados me inflamen de pasión y me transmitan el entusiasmo que otros parecen sentir. Que de repente sepa, sin sombra de duda, a qué quiero dedicarme el resto de mi vida. Pero aquí estoy, en mi último año, y aún no tengo ni idea.

Siempre he dado por sentado que seguiría a mi padre y me dedicaría a la medicina. Bueno, más bien supongo que él lo ha dado siempre por sentado y que yo, no teniendo ningún plan propio, me he limitado a imitarlo. No obstante, he acabado comprendiendo que no me entusiasma la idea. Por mucho que odie la universidad, casi desearía poder quedarme. Así no me vería obligado a salir al «ancho mundo».

Bien, ahí tiene, ya conoce mis dudas y mis inquietudes. Tal vez proceden simplemente de la frustración a medida que se van acercando los exámenes de final de trimestre. Siento agobiarla con tan sombrías reflexiones. Habré de apresurarme a enviarle esta carta antes de que me eche atrás.

Cansado,

DAVID

Isla de Skye

23 de noviembre de 1912

Davey:

¡No vaya a arrojarle de la torre de la biblioteca, por favor!

No todos estamos hechos para hacer lo mismo que los demás. Mi hermano Finlay, por ejemplo, podría esculpir la *Mona Lisa* en una bellota, si quisiera. Yo acabaría con una astilla en las manos. Jamás podría ser un Nijinsky, por mucho que me esforzara. Si esos compañeros suyos tienen pasión y aptitudes para un campo de estudio, es porque están hechos para eso. Pero usted, Davey, no puede obligarse a ser como ellos. Usted está hecho para alguna cosa, pero tal vez no sea la que su padre cree. ¿Él sabe lo desdichado que es?

A mi modo de ver, sus aptitudes consisten en evitar que una solitaria escocesa se vuelva loca durante el invierno isleño. Las ovejas no son ni mucho menos tan fascinantes.

Pero, hablando en serio, Davey, usted tiene pasión. Seguro que hay algo en el mundo para usted. Aférrese a esa esperanza. Lo encontrará.

ELSPETH

Urbana Illinois, EE. UU.
11 de diciembre de 1912

Sue:

Su carta me proporcionó un respiro muy reconfortante en mis horas de estudio. Incluso me ayudó a calmar el dolor de cabeza. Hace poco pasé por el hospital y todavía no estoy en condiciones de tomar rapé.

No creo que mis padres sepan lo que siento sobre mi futuro. Cuando estaba empezando en la universidad y dejé caer que me gustaría estudiar literatura americana, mi padre se echó a reír. Ni siquiera levantó la vista del periódico. Se limitó a reírse y a decir: «Absurdo.» Tiene unos grandes bigotes de morsa y, cuando se ríe, no emite ningún ruido. Sólo lo sabes porque se le retuercen las puntas del bigote. Se quedó allí sentado, sorbiéndose la nariz, con el bigote retorcido, diciendo cosas como «Absurdo» y «Eso no es una profesión». «Pero a mí me gusta la literatura», protesté. «Medicina. Eso es lo que tienes que estudiar. Me lo agradecerás más adelante. Nada más provechoso.»

De veras que traté de decírselo entonces, Sue, de veras. Pero sólo sirvió para provocar una discusión; para que mi madre se retorciera angustiada las manos y me implorase que «lo intentara». Al final, mi padre bajó bruscamente el periódico y proclamó que no iba a costear ese disparate, y que si yo quería estudiar una frivolidad como literatura, no sería con su dinero.

Ya ve por qué no puedo hablar con mis padres. No me queda más remedio que seguir adelante. Terminar la universidad, terminar la Facultad de Medicina... Una vez que tenga trabajo, podré tomar mis propias decisiones. Tal vez.

He de continuar estudiando. Tengo muchas ganas de que lleguen las vacaciones para descansar y recuperarme antes del siguiente trimestre.

Con ojos llorosos y visión nublada,

DAVID

Isla de Skye
5 de enero de 1913

Querido David:

¡Feliz Año! Aquí ha hecho tanto frío que apenas podía apartarme de mi sitio junto al fuego. Cuando al fin me abrigué y caminé penosamente hasta la oficina de correos, encontré una carta suya aguardándome, así que el trayecto valió la pena.

¿Cómo han ido sus vacaciones? Nosotros aquí procuramos divertirnos. Yo preparé mi famoso pudin navideño y adorné un arbolito de Navidad precioso con

ristras de flores secas. Había ramas de abeto en la repisa de la chimenea y también colgadas de los dinteles. Me regalaron un par de mitones, un nuevo hervidor y un libro de Robert W. Service. ¿Ha leído su poesía? Es sencillamente maravillosa. Si disfrutó leyendo mis humildes versos, debería echar un vistazo a los suyos.

¿Cuáles son sus libros favoritos? Yo, como cualquiera por cuyas venas corre sangre escocesa, adoro a W. S. Es más, no creo que pudiera considerarme una isleña si no hubiera leído *El señor de las islas*. Sus novelas son a veces demasiado góticas para mi gusto, pero su poesía consigue captar la esencia de Escocia en todas sus cambiantes facetas. Siento un entrañable cariño por mi magullado ejemplar de *Alicia en el país de las maravillas*, el primer libro que poseí. Mis hermanos y yo hacíamos carreras sin fin por la playa, gritando al viento las palabras más cortantes que conocíamos. Casi me avergüenza confesar que acabo de leer *Tres semanas* y que lo he disfrutado bastante. Seguramente usted no habría adivinado jamás que yo fuera una chica Elinor Glyn^[2].

ELSPETH

P. D. Lamento saber que ha estado en el hospital. Espero que no sea nada serio. Parece sucederle con una frecuencia alarmante.

Urbana, Illinois, EE. UU.

1 de febrero de 1913

Querida Sue:

¡Las vacaciones fueron espléndidas! Estuve en Chicago con mis padres. Mi hermana, Evie, y su marido vinieron desde Terre Haute y pude ver a mi nueva sobrinita, Florence, por primera vez. Ya casi tiene un año. Una niña toda sonrisas que se empeñaba en agarrarme de los tirantes y soltaba unas risitas tremendamente contagiosas. Le compré una muñeca con un vestido de seda que obviamente no era para una niña tan pequeña, porque lo único que hizo fue mordisquearle la mano y reírse de mí. Seguramente le seguiré comprando muñecas con vestiditos de seda cuando sea demasiado mayor para jugar con ellas, y seguramente ella seguirá riéndose de mí para entonces.

Para Navidades me regalaron una cámara de cajón. Aquí tiene una fotografía mía, para que pueda ver a su humilde corresponsal. ¡Ahora tendrá usted que hacer otro tanto! También me regalaron más pañuelos de los que necesitaré jamás, gentileza de mi madre, y un ejemplar nuevecito de la *Anatomía de Gray*, de parte de mi padre, así como un juego de postales estereoscópicas de las islas Británicas. Esto último, a petición mía; quiero conocer mejor la tierra que constituye su hogar. Y, finalmente, de parte de mi hermana, uno de los libros anteriores que publicó usted y que Evie, para

mi asombro, encontró en algún lado. Le echó un vistazo antes de envolverlo, ¡y me temo que ya tiene otra adepta! Ahora que ha empezado el nuevo trimestre, me he racionado los poemas a razón de uno por noche. El conjunto me lo reservo como una especie de recompensa para cuando supere con éxito los exámenes de mitad de trimestre.

¿Mis libros favoritos? Sin la menor duda, Mark Twain es mi autor predilecto. Ahora bien, elegir uno solo de sus libros... ¡No sé si es posible! Por supuesto, ninguno puede compararse con *Huckleberry Finn*, pero *Un yanqui en la corte del rey Arturo* es divertidísimo. Supongo que lo más alejado que quepa imaginar de su Lewis Carroll, aunque confieso que me leí varias veces *A través del espejo*. Me gustan Jack London, Wilkie Collins y H. Rider Haggard. Historias repletas de misterio y aventura. Poe es insuperable para provocar escalofríos. También me gustan las buenas historias del Oeste, y leo libros de gente como Zane Grey cuando quiero descansar un poco de la «literatura». ¿Y quién es «W. S.», si no Will Shakespeare? Me temo que no he leído *El señor de las islas*.

Y no, no la hubiera catalogado como una chica Elinor Glyn. Sólo conozco muy de pasada sus libros. Y digo «de pasada» literalmente, porque *Tres semanas* pasó de mano en mano por todas las habitaciones de mi residencia. Un joven audaz se agenció una alfombra de falsa piel de tigre para su habitación, confiando tal vez en «pecar / con Elinor Glyn»^[3]. Pero ella no hizo ninguna visita a nuestra residencia, y tampoco recuerdo que ninguna otra dama le aceptara la oferta.

¿Que cómo acabé en el hospital? Bueno..., estaba tratando de cabalgar sobre una vaca y me fui al suelo. Montar en una vaca no es de por sí un deporte peligroso —lo he practicado en muchas ocasiones—, pero es que estábamos subiendo con la vaca la escalera del Edificio de Historia Natural en dirección al despacho del decano, y ella no parecía muy entusiasmada con la idea. Me limitaré a añadir que no recomiendo ese medio de transporte. Y ¿qué quiere usted decir con eso de que acabo en el hospital muy a menudo?

De vuelta al trabajo con este nuevo trimestre. No puedo decir que tenga pinta de ser más fácil que el anterior, ¡pero al menos ya casi he terminado!

Descansado,

DAVID

Isla de Skye
27 de febrero de 1913

Querido David:

Muchas gracias por la fotografía. ¡Parece usted muy serio! Y mucho más joven de

lo que imaginaba. Percibo un brillo en sus ojos, sin embargo, que habla de un chico capaz de robar un árbol o montar una vaca. ¿Qué pasó con el árbol de su clase?

No espere una fotografía mía. No hay ninguna cámara aquí, y no creo que fuera capaz de dibujarme de forma objetiva. Me pasaría el tiempo corrigiendo y borrando hasta que le quedara a usted un retrato de la princesa Maud^[4]. Siempre deseamos parecer más atractivos de lo que somos, ¿no cree? Quiero decir, si hubiera dibujado usted su retrato, en lugar de sacárselo con una cámara, ¿de veras habría incluido en él esa espantosa chaqueta de cuadros?

Ahora que he visto su fotografía, puedo imaginármelo compartiendo con sus compañeros un ejemplar de *Tres semanas*. Aguarda usted en ascuas a que llegue su turno y, cuando tiene el libro al fin en sus ávidas manos, corre a su habitación, olvidando por esa noche todos sus deberes. Mientras empieza la lectura, sus mejillas se sonrojan considerablemente al advertir lo distinto que es eso de Henry James.

Nunca he leído a Mark Twain, pero pienso como usted que Poe es emocionante. Recuerdo que leí *El corazón delator* una noche, en la cama, cuando era niña, con un cabo de vela que había sisado de la iglesia. Sin duda fui castigada por robar la vela porque, al acabar el libro y apagarla, no pude pegar ojo. Estaba segura de que se oían los latidos del corazón en el piso de abajo. Al romper el alba, mi madre me encontró sentada rígidamente en la cama, totalmente despierta, arrebujándome en la manta. Yo estaba convencida de que Dios me había castigado por el pecado cometido al robar la vela del altar. Así que..., ¿qué hice el domingo siguiente para expiar mi pecado? ¡Sisé una vela de nuestra despensa y la dejé en la iglesia!

Y, querido muchacho, W. S. es, naturalmente, Walter Scott. Estoy segura de que tendrán unos cuantos libros de él en esa enorme biblioteca universitaria suya. De todas formas, si leyó *A través del espejo* más de una vez, usted y yo nos llevaremos de maravilla. «Jabberwocky» es mi pasaje favorito.

En su primera carta (¡sí, las conservo todas!), me decía usted que había estado hacía poco en un hospital. ¿Qué tipo de ganado había utilizado de forma inapropiada en esa ocasión? ¿Intentó bailar el vals con un caballo? ¿Jugar al fútbol con un carnero?

ELSPETH

Urbana, Illinois, EE. UU.
21 de marzo de 1913

Querida Sue:

Me he visto obligado a dejar mis libros para responder de inmediato y defenderme a mí mismo y a mi pobre chaqueta de cuadros. Ustedes, en la isla de

Skye, obviamente no tienen noción del gusto y el estilo, ¡porque mi chaqueta y yo constituimos en el campus el último grito de la moda! Y por fuerza tenía que parecer serio en la fotografía: ése es mi primer bigote. Ahora me pica la curiosidad, ¿qué edad cree que tengo?

De acuerdo, si no va a sentarse ante el espejo para dibujarme un retrato con sus lápices, haga el favor de sentarse ante el espejo y dibujar un retrato con sus palabras. Mírese al espejo ahora mismo y dígame qué ve. Yo me encargaré de componer el retrato por mi cuenta.

No, no hubo maltratos previos a otro tipo de ganado, o por lo menos ningún caso que acabara conmigo en el hospital. Aquella primera visita hospitalaria se debió a mi intento de escalar la pared del Edificio de Mujeres para colarme furtivamente en la habitación de Alice McGinty. Trepé por la cañería y casi había llegado arriba cuando me resbalaron las manos. Acabé con una pierna rota, y con el corazón igual, porque Alice ni siquiera valoró mi esfuerzo. Puedo comprender su disgusto, pues en la residencia estuvieron a punto de ponerla de patitas en la calle a causa del incidente. Y ¿sabe lo más frustrante de todo? Que yo había trepado más de una vez por esa misma cañería, a menudo con un tarro de saltamontes atado a la chaqueta, e incluso, en una noche memorable, con un saco de ardillas.

Y nuestro árbol (lo bautizamos como *Paulie*) continúa creciendo. ¡Quizá todavía ganemos esta guerra!

Me quedé estupefacto al saber que nunca había leído usted a Mark Twain. ¿Qué clase de educación les dan en Escocia? Ésa es una deficiencia que debo subsanar. Por favor, acepte este ejemplar de *Huckleberry Finn* —como un regalo navideño atrasado, si quiere—, y disculpe su aspecto algo sobado. Lo encontré en una librería de segunda mano y parece haber sido muy querido, aunque haya acabado abandonado. Yo no podía proporcionarle un hogar, porque tengo ya un ejemplar sobre mi escritorio, pero sabía que podía recurrir a usted para que se ocupara de su bienestar.

Hasta la próxima,

DAVID

Isla de Skye
9 de abril de 1913

Querido David:

¡Y qué espléndido bigote que es!

Ay, soy un desastre para adivinarle la edad a la gente. Yo creo que, con esos mofletes redondeados (¡ideales para darles un pellizco, pequeño Davey!) y con ese mechón de pelo que le cae sobre la cara, parece rondar los dieciocho. Una dama

nunca revela su edad, pero yo no soy mucho mayor.

Muy bien, caballero, acepto su desafío. Y voy a procurar ser sincera también en mi descripción.

Al mirar al espejo, ¿qué veo? Tengo una cara delgada y un mentón algo puntiagudo. Nariz pequeña, labios estrechos. Mi pelo es castaño y totalmente liso. Me lo he recogido en la parte baja de la nuca con un nudo lo más formal posible, pero mi pelo es tan fino que ya hay varios mechones que se me han escapado y revolotean por mi rostro. Mis ojos son del mismo color ámbar que el mejor whisky de malta de mi padre. Aunque *màthair* («madre», en gaélico) procura mantenerme bien arreglada, yo suelo ponerme los viejos suéteres de mis hermanos y faldas demasiado cortas para ser elegantes. No se lo cuente a nadie, pero es sabido que incluso he llevado un par de pantalones —entallados a mi medida— para salir de excursión.

¡Ahí tiene! ¿Qué le parece? ¿Puede imaginarme? Si le hubiera hecho un dibujo, ciertamente habría realzado el busto.

¿Un saco de ardillas, Davey? ¡Caramba, es usted un diablillo! Esas pobres mujeres... ¿Por qué hacer esas cosas si acaban desembocando en otra visita a los excelentes servicios médicos de Urbana, Illinois?

Me hizo mucha ilusión el ejemplar de *Huckleberry Finn*. No es que tenga una gran biblioteca, así que cualquier libro, por sobado que esté, es bien recibido. Todos ellos son leídos y releídos durante las largas noches invernales escocesas.

ELSPETH

4

Margaret

Plymouth
Miércoles, 19 de junio de 1940

Querida madre:

Ya puedes reñirme.

Salí corriendo sin despedirme siquiera. Y todo para reunirme con un chico que, hasta hace poco, no era más que un amigo por correspondencia. Y bastante deficiente como tal, considerando todas las semanas que he pasado sin noticias tuyas.

Pero si hubieras visto lo dulce y lastimero que parecía allí plantado, en el andén de la estación, ¡tú también lo habrías perdonado!

Se encuentra bien, aunque se libró por poco. Nada grave, solamente unos arañazos y una muñeca torcida, pero no ha querido decirme qué sucedió. Sólo que se alegra de verme y que ya se siente mejor.

No tengo prevista ninguna remesa de niños evacuados, así que, si no te importa, me quedo aquí un poco más. Paul no sabe cuándo conseguirá otro permiso y realmente me necesita, madre.

Besos,

MARGARET

Edimburgo
22 de junio de 1940

Mi querida Margaret:

No sabes cómo me angustié al pensar que viajabas tú sola a Plymouth. Nunca habías estado tan lejos de casa.

Tal vez no debas quedarte más tiempo. Ya has ido allí, ya le has levantado el ánimo a tu amigo y has comprobado que está bien, dentro de lo que cabe. Incluso le has llevado hasta la última migaja de los preciados pasteles adquiridos con mis cupones de racionamiento. Ahora deberías volver. Deberías, antes de que esto se convierta en algo más serio.

Con todo mi amor,

TU MADRE

Plymouth
Jueves, 27 de junio de 1940

Madre:

Sé que me quieres, pero ya soy lo bastante mayor para decidir por mi cuenta. Y, además, esto ya se ha convertido en algo más serio. Paul me ha pedido que me case con él.

MARGARET

Edimburgo
1 de julio de 1940

Margaret:

No tomes ninguna decisión precipitada. No por mí, sino por ti. Cuando tú y Paul estabais en la misma ciudad, hace medio año, había días en los que no parabais de reñir. Y ahora, sin más ni más, ¿todo ese amor y esa propuesta de matrimonio?

Es la palabrería de la guerra. Lo sé; lo he visto antes. Se marchan sintiéndose invencibles, como si el futuro fuera un estanque dorado y ellos estuvieran decididos a zambullirse. Y entonces sucede algo —una bomba, una torcedura de muñeca, una bala que silba demasiado cerca— y de repente se ponen a bracear para agarrarse donde puedan. El estanque dorado se agita en torno de ellos como un torbellino y sienten con temor que podrían ahogarse si no van con cuidado. Se aferran con fuerza y hacen cualquier promesa que les viene a la cabeza. No puedes creerte nada de lo dicho en tiempos de guerra. Las emociones son tan fugaces como una noche silenciosa.

Por favor, ten cuidado. La semana pasada tuvimos incursiones aéreas. Un avión arrojó cinco bombas y más de un centenar de cargas incendiarias alrededor del castillo de Craigmillar. Nada sobre la ciudad, gracias a Dios, pero los aviones pasan justo por encima de nosotros. Ya me ves dos noches agazapada en bata en el refugio del barrio, oyendo las sirenas, el rugido de los motores y el estrépito de la artillería antiaérea, pero sin saber realmente lo que estaba pasando.

Todo esto me agota. Lo único que quiero es tener a mi Margaret a mi lado.

Por favor, no tomes decisiones que lamentarás más tarde. Por favor, no entregues tu corazón sin darte cuenta de lo que haces porque, mi dulce niña, después quizá nunca puedas recuperarlo.

Te quiere,

TU MADRE

Plymouth
Viernes, 5 de julio de 1940

Madre:

Tú siempre me has animado a lanzarme y a aferrar la felicidad con ambas manos. Otras madres empujaron a sus hijas a la universidad, a una fábrica, a servir el té en una cantina del ejército. Tú no. Sabías que me sentiría desdichada. En cambio, me encontraste niños que necesitaban acompañante para trasladarse al campo. Pude huir de la ciudad justo cuando empezaba a inundarse de búnkeres, de refugios y de grupos de la guardia local haciendo instrucción en el parque. Esas caminatas por los Borders o las Highlands son una pura delicia.

No he dicho en ningún momento que haya aceptado definitivamente la propuesta de Paul. Le dije que debía pensarlo. ¿Lo ves? Tampoco soy tan imprudente. Pero soy feliz, madre. Tal como tú siempre quisiste que fuera. Pronto volveré a casa.

Besos,

MARGARET

Edimburgo
9 de julio de 1940

Querida Margaret:

Pensar es bueno. Es lo que distingue a los humanos de las cucarachas.

TU MADRE

Plymouth
Sábado, 13 de julio de 1940

Querida madre:

Estarás contenta: Paul, bien remendado y descansado, se vuelve mañana para servir a la Dulce Bretaña. Yo emprenderé camino hacia el norte, aunque no puedo garantizar la eficiencia de los trenes en los días que corren.

Besos,

MARGARET

Edimburgo
Jueves, 18 de julio de 1940

Paul:

Mi madre está furiosa con nosotros. Bueno, conmigo, en realidad. ¡Es absurdo! Ni que hubiéramos hecho algo escandaloso. Es sólo un anillo, al fin y al cabo. Un anillo y una promesa.

Hemos tenido una discusión terrible, así que estoy aquí arriba, en el tejado, con esta carta y sin la menor intención de disculparme. Me ha dicho que era ridícula por decirle que sí al primer chico que me pedía matrimonio. Pero luego también ha dicho que, en la guerra, es difícil encontrar la felicidad. Yo le he replicado que era ella la ridícula, y que procurara aclararse. ¿Y si resultaba que el primer chico que me lo pedía era el que más feliz podía hacerme? Entonces me ha tirado una cuchara y me ha dicho que ella tampoco lo sabe todo.

Así que he trepado al tejado para reflexionar. Finalmente, se ha asomado por la ventana de su habitación y me ha dicho que la guerra la perturba. Que ella ya ha pasado una, pero que ésta la ha puesto en un estado constante de temor, tanto si suenan las sirenas antiaéreas por la noche como si no suenan. «La guerra es impulsiva —me ha dicho—. No te pases el resto de tu vida buscando fantasmas.»

Le he preguntado qué demonios quería decir, pero ella ha mirado para otro lado y no ha dicho nada.

—Estás hablando de mi padre, ¿no?

—Te lo he dicho otras veces: no te hace falta saber nada de él.

—¿Y por qué no? Es mi padre.

Tú ya te sabes todo esto de memoria, Paul. Me has oído despotricar mil veces porque mi madre nunca me cuenta nada de mi padre. Porque siempre elude mis preguntas y dice que lo pasado, pasado está. Y ya entiendo a qué se refiere. En serio. Ella me crió sola, quiere que me contente con eso, que valore como un tesoro el hecho de que estemos juntas. Pero no saber de dónde procedo o cómo llegué a existir... Ya conoces todos los interrogantes que se me amontonan.

Mientras mi madre seguía asomada a la ventana del dormitorio, le he dicho una vez más todo eso. Ella ha intentado eludirlo con un chiste. «El primer volumen de mi vida está descatalogado», le encanta decir.

Pero esta vez no se lo he permitido. He insistido. ¿Penas? ¿Fantasmas? Ella nunca había hablado así. «¿Por qué te niegas a hablar de él? —le he preguntado—. ¿Qué tiene de tan horrible para que quieras borrarlo de tu memoria?»

Pensaba que se pondría a deambular retorciéndose las manos, pero se ha quedado muy quieta. «Nunca lo he olvidado —ha dicho finalmente—. Pero ya me encargo yo de recordar por las dos.» Los ojos le brillaban mientras se retiraba.

Ahora la oigo revolver por la cocina. Tratar de cocinar es (lamentablemente) su manera de disculparse. No sé qué estará preparando, pero huele fatal. No quiero ni pensar qué clase de vegetal está echando a perder ahora mismo.

Debería entrar y disculparme por haberla llamado «ridícula». Por haber empezado siquiera la discusión. Por insistirle en que me hable de mi padre, de las penas, de los fantasmas. Sé que lo hace con buena intención, que está agotada, que me echa de menos. Ella hace todo lo que puede. Y yo valoro realmente como un tesoro el hecho de que estemos juntas.

Quizá pueda convencerla para salir a dar un paseo. Todavía faltan un par de horas para que se ponga el sol. Podríamos ir al parque Holyrood, subir la cuesta entre los tojos, charlar de cualquier cosa. Tal vez ella tenga ganas de hablar ahora. Me gustaría saber...

Ay, por Dios, Paul. No sé qué pretendía escribiendo ahí arriba. Casi no puedo creer lo que ha ocurrido. He oído los aviones y he tenido el tiempo justo para guardarme la libreta en la blusa antes de que estallara la bomba. Mi madre me había hablado por carta de los últimos ataques aéreos y de los aviones que pasaban, pero yo no podía ni imaginármelo. Ya sé que para ti es muy diferente, que has soportado demasiadas noches entre aviones y sirenas. Pero para mí, no sé... ¿Una bomba? ¿En la calle donde saltaba de niña a la comba?

La he visto caer... Se ha estrellado directamente en la calzada, ahí mismo, delante de casa. Me he agazapado detrás de la lucerna justo a tiempo. Llovían piedras y tierra por todas partes. Donde un momento antes estaban los adoquines había un gran cráter humeante. No sé cómo he mantenido el equilibrio, cómo no me he caído del tejado con la sacudida. Ni siquiera ha sonado una sirena.

Me he acordado de mi madre. La ventana del dormitorio se había hecho añicos. Dentro de casa reinaba el silencio. La he llamado a gritos. No sabía cómo entrar, con todos esos cristales dentados alrededor de la ventana. La habitación estaba hecha un desastre. La cama se había deslizado contra la pared, con la mesita a su lado. Un adoquín se había colado por la ventana con una trayectoria perfecta y había perforado un panel de la pared. Había un montón de papeles revoloteando a la luz del crepúsculo.

He vuelto a llamarla y entonces he visto su sombra en el umbral. Ha entrado muy lentamente, pisando los papeles con sus zapatillas azules de satén. Pero no ha venido hasta la ventana. Se ha quedado allí de pie, mirando el panel astillado y aquella nevada de papeles que seguían flotando en el aire.

He metido el brazo y he arrancado una de las cortinas opacas. Me he envuelto la mano con ella y he sacado los cristales del alféizar para poder entrar.

Mi madre seguía sin decir nada. Se ha dejado caer al suelo y ha empezado a

recoger montones de papeles sobre su regazo. Yo me he agachado y he recogido uno. Una carta amarillenta y arrugada, dirigida a una tal Sue. Y como el tono se parece mucho al tuyo, Paul, te la copio aquí.

Chicago, Illinois, EE. UU.
31 de octubre de 1915

Querida Sue:

Ya sé que estás enfadada; por favor, no te enfades. Dejando aparte la palabrería sobre el «deber» y el «patriotismo», ¿cómo podías esperar que desperdiciara una oportunidad como ésta, nada menos que la aventura suprema?

Mi madre lleva días deslizándose por la casa como una alma en pena, con los ojos enrojecidos y la nariz goteante. Mi padre sigue sin hablarme. Y, sin embargo, yo tengo la sensación de estar haciendo algo bien.

La pifié en la universidad. La pifié en el trabajo. Demonios, incluso la pifié con Lara. Ya empezaba a creer que no había lugar en el mundo para un tipo entre cuyos mayores logros figuraba un saco lleno de ardillas. Nadie parecía interesado hasta ahora en mis bravatas y mi carácter impulsivo. Tú sabes que esto es lo más indicado para mí, Sue. Tú más que nadie, pues siempre pareces saberlo todo sobre mí, incluso antes de que yo lo sepa. Tú sabes que está bien.

Parto mañana hacia Nueva York y he de confiarle esta carta a mi madre para que se ocupe de despacharla. Cuando la leas, estaré en un barco en algún punto del Atlántico. Aunque tenemos un descuento en la tarifa si navegamos con la Línea Francesa, Harry y yo nos dirigimos primero a Inglaterra. Él tiene allí a Minna esperándolo. Y yo... te tengo a ti. Como los caballeros antiguos, ninguno de los dos puede marchar al combate sin una prenda de nuestro amor en la manga.

Desembarcaré en Southampton a mediados de noviembre y me dirigiré a Londres. Sue, dime que esta vez te reunirás conmigo. Ya sé que para mí es fácil pedirlo, mucho más fácil de lo que es para ti salir de tu retiro en Skye. No dejes que me vaya al frente sin haberte tocado, sin haber oído tu voz pronunciando mi nombre. No dejes que me vaya al frente sin un recuerdo tuyo en el corazón.

Tuyo..., siempre y eternamente,

DAVEY

—Son mías. —Mi madre iba cogiendo las cartas que flotaban en derredor—. Tú no tienes derecho a leerlas.

Yo le he preguntado qué eran, quién era Sue, pero ella no ha respondido. Ha permanecido sentada, con los ojos húmedos, amontonando torpemente aquellos papeles amarillentos. Afuera, las sirenas antiaéreas han empezado por fin a sonar.

—Vete —ha dicho finalmente, sujetando con fuerza el fajo de sobres—. Vete de aquí.

Entre el fragor de las sirenas y de los cañones antiaéreos, he salido tambaleante de casa hacia el refugio. Sabía que tenía que acabar la carta, que sólo a ti podía contarte lo ocurrido esta tarde. Explicarte la sensación de que nada parecía real.

Nunca le he ocultado nada a mi madre. Tú lo sabes, Paul. Pero mientras me agazapaba en el refugio antiaéreo, con mi libreta metida aún en la blusa y con esa otra carta en la mano, me preguntaba qué me ha ocultado ella a mí.

MARGARET

5

Elspeth

Chicago, Illinois, EE. UU.
17 de junio de 1913

Querida Sue:

¡Ya he terminado!

Siento haber tardado tanto en responder, pero estaba esperando para poder decirte que ya he terminado: total, completamente. ¡Ah, qué gran lujo sentarme a escribirte sin un montón de libros mirándome con mala cara desde mi escritorio! En lugar de eso, estoy sentado en casa de mis padres, con la ventana abierta y la cálida brisa de verano inflando las cortinas de encaje, sin que me acribille con su severa mirada otra cosa que el *Chicago Tribune*. Simplemente repantigarme, dar un sorbo de limonada fresca y escribirte..., ¡el colmo de los lujos!

Vas a sentirte orgullosa de mí, creo. Me he sincerado con mi padre. Te preguntarás cómo reuní el valor para hacerlo. Pues bien, ¡aprobando las asignaturas por los pelos! Él echó un vistazo a mis notas y arrugó la nariz desdeñosamente. «¿Cómo pretendes entrar en la Facultad de Medicina con semejantes calificaciones?», me preguntó. «No lo pretendo —dije—. No lo pretendo ni tampoco me importa.» Casi se atragantó con el café del desayuno. «¿Qué significa que no te importa?» «Exactamente eso, padre. Nunca he querido entrar en la Facultad de Medicina. Y ya es demasiado tarde para convencerme de lo contrario.» Él se levantó de la mesa bruscamente, dando un golpe con la silla, y no me ha hablado desde entonces. Creo que han sido sólo los buenos oficios de mi madre los que han impedido que me pusiera de patitas en la calle.

Mi hermana ha venido a pasar una temporada con nosotros este verano, contribuyendo así a hacer más llevaderos los malos humores de mi padre, y yo dispongo, por mi parte, de más tiempo para conocer a mi sobrina Florence. En la sala de estar de la parte trasera de la casa hay un sitio donde el sol entra por la ventana a primera hora de la tarde. Florence y yo nos sentamos en ese círculo de luz y nos miramos. Cuando ella se cansa de mirarme con esos grandes ojos azules, se encarama en mi regazo, me agarra de los tirantes y me suplica: «¡Tito Dave! Cuento, *po'favor*.» ¿Cómo voy a resistirme a semejante súplica? Le cuento un cuento de hadas y observo cómo se le agrandan los ojos en las partes aterradoras y cómo se le curvan las comisuras cuando se ríe. Es maravilloso observar el despliegue puro de las emociones en la cara de un niño. Ellos no intentan ocultar ningún sentimiento ni disfrazar una

emoción de otra cosa. Vamos a ser grandes amigos, mi sobrina y yo, lo veo con claridad desde ahora.

Otra noticia: hay una chica con la que he empezado a salir. Lara. Es una buena chica de verdad, estudia literatura alemana en la universidad. Nos conocimos en una fiesta, una de esas tediosas reuniones sociales a las que se espera que uno asista de vez en cuando. Yo fui para complacer a mi madre. Empecé a charlar con Lara y descubrimos que ella «conocía» a mis padres. Una de esas conexiones enrevesadas, ya sabes, donde resulta que su madre juega al bridge con la tía de la mejor amiga de mi madre, o un lío parecido. En fin, sea cual sea la conexión, significa que mi madre la mira con buenos ojos.

Ya lo ves, todo me va ahora mismo de maravilla. Dos chicas en mi vida, una habitación para mí solo ¡Y SE ACABARON LOS EXÁMENES!

¡Oh, sí!, ¡la noche aquella en que solté las ardillas en el Edificio de Mujeres fue memorable! ¿Se te ocurre mejor combinación que una peligrosa escalada, una pandilla de ardillas desorientadas y un ejército de mujeres chillando en distintos grados de desnudez? Debo añadir, no obstante, que esas aventuras no suelen acabar en el hospital, pero es la posibilidad de que así sea lo que las vuelve tan tentadoras para mí.

De ahí procede mi sobrenombre, en realidad. Los chicos me llaman «Mort», convencidos morbosamente de que mis travesuras me acabarán llevando algún día directamente a la morgue. Qué simpáticos, ¿no?

¿Y a ti, Sue, cómo te van las cosas en Skye? Debes de estar contenta ahora que se ha acabado la nieve. Ya te veo correteando alegremente por las montañas, con tus pantalones y tu sombrero, con tu cuaderno bajo el brazo y tu lápiz detrás de la oreja. ¡Ah, el verano!

Por cierto, no adivinaste correctamente mi edad. ¡Ya tengo veintiuno! Ahora comprenderás por qué me esforcé en dejarme ese bigote...

Relajado, relajándome,

DAVID

P. D. Aquí tienes una foto mía con toga, birrete y toda la pesca. Ese orgulloso arbolito que ves a mi lado es *Paulie*. Tanto el árbol como yo (¡asombrosamente!) hemos conseguido superar indemnes el curso.

Isla de Skye
7 de julio de 1913

Querido David:

¡Se te ve eufórico! No sé quién parece más orgulloso o más tieso: tú o el árbol.

Me alegra que las cosas te vayan tan bien.

Tu sobrina parece deliciosa, y tienes la suerte de poder verla con frecuencia. Mi hermano Alasdair murió hace varios años y su viuda se mudó con los niños a Edimburgo. No he visto a Chrissie ni a mi sobrinita y mis dos sobrinos desde entonces. Mis otros dos hermanos, Finlay y Willie, aún viven en casa, así que no hay criaturas inminentes por ese lado (¡o, al menos, eso es lo que espera *màthair!*). Aunque Finlay sale con una chica y creo que bastante en serio, así que quizá no tarde tanto en suceder. Kate es un amor; todos cruzamos los dedos.

Ahora que ya está claro que no vas a ir a la Facultad de Medicina, ¿cómo piensas llenar tu tiempo? ¿Ya te has inscrito en el Ballet Ruso? ¿Has aprendido a tocar la corneta? ¿Has empezado a escribir la Gran Novela Americana?

Estoy segura de que resulta mucho más fácil tener una novia cuando ya no estás ocupado todas las noches estudiando. Dices que Lara va a la universidad. ¿Es algo usual entre las mujeres americanas? Las chicas con las que yo iba al colegio sólo pensaban en casarse, en escoger cortinas y en quitarse de la cabeza todo lo aprendido durante diez o doce años de clases. Creían que yo estaba tan loca como la liebre de marzo por desear siquiera leer algún libro no recomendado en el programa de estudios, no digamos por querer ir a la universidad.

ELSPETH

Chicago, Illinois, EE. UU.
27 de julio de 1913

Querida Sue:

No, aún no me he inscrito en el Ballet Ruso. Para serte sincero, no sé qué hacer. Supongo que era muy fácil y tranquilizador tener el futuro planeado por mi padre. He estado mirando en el periódico los empleos disponibles y pensando qué me gustaría hacer. Ni siquiera sé por qué lado tirar. Mi madre encuentra indecoroso que ande buscando salidas profesionales en el periódico, y ha empezado a preguntar discretamente en sus partidas de bridge, para ver si surge algo «respetable».

No, no creo que sea muy usual que las mujeres vayan a la universidad. Había algunas en la de Illinois, pero tampoco muchas, y menos en biología. Aunque estuvieran en la universidad, más bien se limitaban a materias de estudio femeninas como lenguas modernas, literatura o economía doméstica. ¡Ni una geóloga entre ellas, me temo!

DAVID

Isla de Skye
14 de agosto de 1913

Querido muchacho:

Dime, ¿por qué los idiomas, la literatura y demás son materias de estudio femeninas? No te censuro a ti, David. Ya sé que te limitabas a repetir una verdad universal, aunque resulte cuestionable. Vivimos en una época en que las mujeres trabajan en profesiones antes vedadas. Aunque no haya muchas todavía, han demostrado ser competentes como médicas, como científicas, como mujeres de negocios. Ahora que las puertas están abiertas, ¿por qué no son más las que se apresuran a ganar acceso al mundo profesional? No, señor. Ellas siguen convirtiéndose en amas de casa y diciendo: «¿Quién quiere ganar el Premio Nobel como Marie Curie? Es mucho más interesante aprender a preparar un pollo asado.» Desde luego, cada cual puede seguir sus propios intereses, y tal vez haya mujeres que realmente sólo desean aprender recetas de pollo asado o principios de economía doméstica. Pero ¿por qué una mujer que haya estudiado química o geología ha de ser menos adecuada como compañera que una mujer que ha estudiado literatura? No soy una sufragista pero, cuando sale el asunto de las mujeres y la educación, me pongo furiosa.

ELSPETH

Chicago, Illinois, EE. UU.
4 de septiembre de 1913

Querida Sue:

¡Por fin tengo un trabajo remunerado! He encontrado por mi propia cuenta un puesto de profesor de biología y química en un colegio privado que está aquí mismo, en Chicago. Lara dice que, antes de terminar el trimestre, todas las chicas se habrán enamorado de mí y todos los chicos querrán ser mis amigos.

No tengo una explicación satisfactoria sobre el motivo por el cual ciertas áreas de estudio se consideran «femeninas». Tienes razón, estamos entrando en una época más progresista, pero todavía queda mucho por recorrer. Al haber más facultades mixtas, una mujer puede ir a la universidad y estudiar lo que le apetezca. Incluso puede seguir adelante y encontrar un empleo totalmente nuevo, trabajando como científica o académica. Pero aún se supone —e incluso se espera— que lo dejará todo cuando se convierta en madre. La pedagogía y la igualdad siempre se ven desbancadas por la maternidad.

Debo admitir que las mujeres parecen mucho mejor capacitadas que los hombres

para criar niños. Dios sabe que mi padre habría hecho un estropicio si se hubiera encargado de criarnos. Pero los niños crecen y se van. ¿Por qué no habría una mujer de proseguir su carrera más adelante en la vida?

Tienes razón en lo que dices, Sue. Yo espero encontrar una esposa que pueda hablar de cosas más interesantes que de las recetas de pollo asado. Alguien que lea lo mismo que yo y que se haga las mismas preguntas. O incluso alguien que piense exactamente lo contrario, pero que no esté en contra de discutir animadamente y que me quiera igual.

DAVID

Isla de Skye

30 de septiembre de 1913

David:

¿Qué es, mi querido muchacho, lo que te induce a pensar que las mujeres están mejor capacitadas para criar niños? Da la impresión de que tu sobrina te adora, lo que significa que debes de estar haciendo algo bien. ¿No confías en tu propia capacidad para criar niños, para cuidar de ellos más tiempo del que lleva contar un cuento de hadas?

ELSPETH

Chicago, Illinois, EE. UU.

17 de octubre de 1913

Querida Sue:

Vamos a ver, ¿no estás de acuerdo en que las mujeres poseen algo innato, algo que les permite ser madres? No sé muy bien qué es. Las mujeres son mucho más desinteresadas que los hombres. Tienen paciencia y un espíritu generoso. Una mujer puede sacar todos los títulos que quiera en economía doméstica pero, aun sin haber pasado por la universidad, puede llevar perfectamente una casa y convertirse en madre.

DAVID

Isla de Skye

David:

Tus cartas han dejado de ser meramente irritantes para volverse totalmente indignantes. No hay ninguna cualidad innata que nos convierta en esposas, madres o amas de casa. ¿Acaso nacemos con un mecanismo interno que nos capacita para cocinar o zurcir calcetines? ¿Crees que el Todopoderoso previó en su infinita sabiduría las cualidades que requeriría una ama de casa del siglo xx y reservó una parte especial del cerebro para la preparación de tartas caseras? Porque, te lo aseguro, yo no soy competente en ninguna de esas tareas. Ni para cocinar, ni para preparar tartas ni para zurcir calcetines. Tal vez nací sólo con medio cerebro, desprovista de algún componente vital. ¿Es eso lo que sostienes?

Dices que las mujeres, especialmente las madres, han de ser abnegadas. No nacen con esa virtud y, sin embargo, se espera que la ejerzan. Nadie le regatea a un hombre su pinta de cerveza tras una jornada de trabajo, ni la facultad de apoltronarse ante la chimenea o de sentarse a leer el periódico por las mañanas. Pero si una madre quiere pasar una hora dando un paseo, tomándose tranquilamente una taza de té o (¡Dios nos libre!) visitando a una amiga, se armará un escándalo. Se supone que las madres no desean separarse de sus hijos. Se supone que son totalmente abnegadas. Una buena madre jamás se comerá la última porción del pastel.

No estoy segura de querer tener hijos. No puedo ser tan abnegada. Si tuviera un crío aferrado a mis piernas, debería renunciar a mis excursiones por la montaña. No podría sentarme durante horas a contemplar las olas o a escribir poesía. No podría arreglármelas cocinando sólo salchichas y pudin navideño. No podría quedarme levantada hasta muy tarde, mirando cómo se mueven las estrellas por el cielo, ni levantarme temprano para caminar por las laderas hasta que el sol estalla en el horizonte. No me digas que podría hacer todo eso igualmente con varios niños a remolque. Y, desde luego, yo no podría renunciar jamás a la última porción del pastel.

La independencia te vuelve glotona.

ELSPETH

6

Margaret

Edimburgo
Viernes, 19 de julio de 1940

Querido Paul:

Se ha ido.

A la mañana siguiente de que cayera la bomba, volví a casa con intención de hacer las paces. No había pegado ojo en toda la noche. Me la había pasado recordando cómo habíamos discutido y cómo me había sacado mi madre del dormitorio al ver todas aquellas cartas que salían de la pared destrozada. Tenía un tremendo nudo en el estómago.

Pero cuando llegué, la casa estaba desierta. El panel seguía reventado, pero hasta la última carta había desaparecido. Y lo mismo mis dos maletas.

Mi madre, que nunca ha salido de casa más que unas horas, ha recogido sus cosas y se ha ido. Adónde, no tengo ni idea.

Fui a preguntar a los vecinos. Eché un vistazo en la biblioteca. Di la vuelta tres veces al parque Holyrood. Incluso me detuve en la catedral de Saint Mary, pensando que no quedaba fuera de lo posible que estuviera en su banco de siempre con las maletas llenas de cartas. Pero nadie la había visto. Fui a la estación de Waverley, convencida de que no se habría subido a ningún tren, de que estaría sentada en un banco tratando de armarse de valor para cogerlo. Pero no. No estaba allí.

De modo que aquí me tienes, de vuelta en la casa vacía, sin saber si he de preocuparme o no. Si lo que quiere es tomarse unas pequeñas vacaciones, por supuesto está en su derecho. Ya sabe cuidar de sí misma. Pero el aspecto que tenía anoche, Paul... Esos ojos obsesionados. Parecía como derrotada, allí sentada en el suelo. No sé dónde está, pero sí sé que no se ha ido de excursión a la costa. Allí donde vaya, anda buscando algo. Recuerdos, añoranzas, su pasado. No estoy segura.

Lo que sí sé, en todo caso, es que tiene que ver con la carta de un americano a una tal Sue. A mí siempre me ha seducido la idea de investigar un buen misterio. ¿Me lanzo?

Con cariño,

MARGARET

21 de julio de 1940

Querida Maisie:

Espero que esto te llegue antes de que salgas en busca de aventuras. Tú siempre quisiste ser detective. ¿Te acuerdas de aquella vez cuando nos arrastramos a gatas por todo el parque Meadows al anochecer, buscando al perro de los Baskerville? Qué críos éramos.

Ojalá yo tuviera un poco de aventura también. Continúo en tierra hasta que se me cure del todo la muñeca. Así que, en lugar de volar, estoy otra vez merodeando por el campo de aviación. ¿Puedo ser tu Watson?

Espero, eso sí, que tus proyectadas pesquisas te saquen de Edimburgo y te alejen del peligro. Mi abuela no me dijo una palabra de los ataques aéreos a la ciudad. Aunque, conociéndola, ella debió de quedarse de pie en la escalera, alzando un puño airado a los *boches* que pasaban volando. Ahora que sé que caen bombas de verdad allí donde solíamos jugar, prefiero que te vayas a otro sitio.

Quizá tu madre tuvo la misma idea. No te preocupes por ella, Maisie. Es tan dura como mi abuela. No le pasará nada.

No corras peligros, mi dulce muchacha.

Tuyo,

PAUL

Edimburgo
Miércoles, 24 de julio de 1940

Querido Paul:

Se me ocurrió que si alguien conocido podía arrojar luz sobre el «primer volumen» de la vida de mi madre, había de ser mi prima Emily. Ella la conoce desde hace muchos más años que yo. Fui a su casa con esa carta amarillenta y, entre montones de colada en el lavadero, me contó todo lo que sabía. Que no es mucho, la verdad.

Emily recuerda que pasó una temporada con mi madre durante la última guerra. La tía Chrissie decidió sacar a los niños de Edimburgo tras un ataque con zepelines. También entonces había evacuaciones de niños. Y, en su caso, nada menos que hasta la isla de Skye.

¡Todavía me cuesta creer que mi madre, que nunca ha salido de la ciudad, viviera en su día en las Hébridas Occidentales! No es que sea ningún secreto —me ha contado historias de su niñez, de cómo brincaba por las laderas buscando hadas—, aunque yo siempre la he considerado una edimburguesa de pies a cabeza. Pero lo

cierto es que pasó allí su juventud. No es de extrañar que tuviera una carta de Skye.

Por lo visto, hubo un pequeño escándalo entre una chica y nuestros dos tíos. ¿Tal vez se llamaba Sue la chica? Emily no lo recordaba. Y no puedo escribirle a mi abuela para preguntárselo, porque ella sólo lee y escribe en gaélico. Emily me ha sugerido que escriba a nuestro tío Finlay, que vive en Glasgow.

Yo ya sabía que mi madre tenía tres hermanos (dos, desde que murió el padre de Emily), pero ella nunca ha dicho gran cosa de ellos. Sólo que Alasdair era el listo, Willie el descarado, y Finlay el que sufrió una pérdida y no volvió más. Sobre esto último no entraba en detalles. Sólo decía que Finlay se fue llenando de rabia por dentro y, cuando no pudo más, se marchó.

Emily nunca habría averiguado dónde vivía Finlay —nadie sabía adónde había ido cuando se fue de Skye—, pero resulta que mientras hacía compras un día en Glasgow, ya hace años, se cruzó con un hombre idéntico a su padre, Alasdair. Ella era muy pequeña cuando murió, pero la tía Chrissie siempre había tenido la foto de boda junto a la cama. Emily siguió al hombre. Impulsivamente, soltó el nombre de su padre y descubrió estupefacta que el desconocido era el hermano menor de Alasdair. Sin embargo, no fue un encuentro entrañable. El tío Finlay le estrechó la mano con firmeza, le dio recuerdos para la familia, le dijo cuatro banalidades y siguió su camino. Si Emily no se hubiera apresurado a buscar una guía telefónica y no hubiera descubierto que estaba afincado en Glasgow, la fugaz reaparición del tío Finlay habría sido sólo una anécdota y la familia habría vuelto a perderle la pista.

Gracias sean dadas a la curiosidad; de no ser por ella, seguramente no tendría valor para escribirle a un tío del que nunca he sabido nada. Y un tío antipático, además, si hay que creer lo que dicen. ¡Deséame suerte!

Con cariño,

MARGARET

7

Elsbeth

Isla de Skye
5 de noviembre de 1913

Davey:

He releído la carta que te mandé la semana pasada y quería escribirte otra vez en seguida, antes de que puedas responder. Aunque sigo manteniendo todo lo que te decía allí, me gustaría haberte escrito con un poco más de delicadeza.

Creo que te equivocabas cuando decías que las mujeres tienen en su interior ese mítico e innato espíritu maternal. Pero tú todavía eres joven, Davey. Se me olvida continuamente. Nunca has estado casado ni has tenido tus propios hijos. Es posible que sigas pensando así durante el resto de tu vida, pero no puedo hacerte responsable de tus creencias en este momento. Perdona por exigirte más de la cuenta.

¡Bueno! Ya está. Has de saber que raramente me disculpo o retiro lo dicho en un acceso de furia. Y con «raramente» quiero decir «nunca». Espero que no estés muy enfadado conmigo.

ELSPETH

Chicago, Illinois, EE. UU.
22 de noviembre de 1913

Querida Sue:

No sabía bien qué responder, así que me alegro de que me escribieras otra vez. Realmente no pretendía ofenderte. La verdad es que hay pocas mujeres en mi vida. Están mi madre y mi hermana, Evie, dos de las mujeres más competentes que conozco. Evie se moría de ganas de que su primer hijo viniera al mundo y desde el principio sabía cómo sujetar y alimentar a Florence.

Y la otra mujer que hay en mi vida, Lara, está contando los días que faltan para poder gobernar su propia casa. Te aseguro que esa chica lleva soñando con ajuares y recetas desde la mismísima cuna.

¡Te interesará saber que estoy prometido formalmente! Bueno, tan formalmente como puede uno estarlo. Yo tenía ciertas ideas poéticamente románticas respecto a lo de hincar una rodilla en el suelo y ofrecer una perla engastada en oro, pero Lara le

echó un vistazo al anillo y otro a mí y me pidió educadamente un anillo de diamantes. Le encanta exhibirlo ante todo el mundo, como diciendo: «No es médico, pero nos las arreglaremos.»

Todavía no hay planes concretos de boda, aunque seguramente será un noviazgo bastante largo. A Lara le faltan dos años y medio para graduarse, y a mí no se me pasaría por la cabeza añadir la distracción de una boda a sus tareas académicas. Y cualquier cosa modesta o sutil está descartada, dado que son Lara y mi madre quienes se encargan de hacer los planes.

Supongo que debería aprovechar para viajar antes de la boda, si es que sólo me quedan unos años de soltero. Quizá debería ir a Oxford a ver a Harry, el solícito amigo que me ha ido enviando tus libros. Él está a punto de terminar sus estudios allí, y yo tengo vacaciones al final de este trimestre. Una vez con el anillo de casado, ¡tal vez se hayan acabado los viajes!

DAVID

Isla de Skye
13 de diciembre de 1913

David:

Me alegro mucho de que no te hayas enfadado conmigo. Tal vez te parecerá gracioso, pero no tengo muchos amigos, o por lo menos amigos que lean poesía, monten en vaca o lleven horribles chaquetas de cuadros. ¿Por qué sigues escribiéndole a una lunática mujer escocesa de una remota isla del Atlántico? A riesgo de sonar espantosamente sentimental, echaría mucho de menos tus cartas si llegaran a interrumpirse.

¿Prometido formalmente? Vaya, vaya, te estás haciendo mayor, mi querido muchacho. Aunque tal vez debería prestarte mi guía de rocas y minerales, ya que pareces haber confundido un diamante con una perla.

Supongo que habremos de añadir el compromiso a la lista de cosas que afrontas sin temor, mi intrépido amigo. ¿Hay algo que te intimide? No el decano de la universidad, desde luego. ¿Tal vez tu padre?

Mi único temor en este momento es que se me acabe la tinta antes de terminar la carta. ¡Esta vieja y horrorosa pluma!

Es probable que esta carta te llegue después de Navidades, pero te he preparado uno de mis famosos pudines navideños (en miniatura). Espero que lo comas rodeado de alegría y que pases unas maravillosas vacaciones.

ELSPETH

Chicago, Illinois, EE. UU.

12 de enero de 1914

¡Feliz Año Nuevo, Sue!

Es cierto, ¡haces un maravilloso pudin navideño! Es parecido al pastel de frutas que mi madre se empeña en prepararnos todas las Navidades. La buena mujer no pisa la cocina en todo el año, como no sea para introducir en el menú un cambio de última hora. Pero al acercarse la época navideña, se pone un delantal con ribetes de encaje, tan eficaz como una blonda de pastelería, y echa a todo el personal de la cocina. Horas más tarde emerge con el pelo enharinado, las mejillas manchadas de melaza y un brillo en los ojos que sólo puede obedecer a unos sorbos de brandy (para probarlo), pero, eso sí, exhibiendo triunfalmente el pastel de frutas. Por lo general, tiene el aspecto, la textura y el gusto de un adoquín, aunque todos nos hemos de comer un buen pedazo por Nochebuena.

Pero este año, Sue, tuvimos el placer de saborear tu delicioso pudin navideño. Tanto Evie como Hank se empeñaron en examinar la caja que enviaste para asegurarse de que no les ocultaba nada. Incluso mi padre suplicó que le sirvieran más. Cuando mi madre preguntó, con un aire de amante despechada, cómo iba a compararse ese pudin con su pastel de frutas, nos apresuramos a tranquilizarla. «Bueno, el pudin navideño está bien, pero es muy..., ya me entiendes..., *británico*.» Y dejamos que ella misma interpretara lo que eso significaba.

¿Has pasado unas vacaciones tranquilas? ¿Te han regalado otro hervidor? A mí Papá Noel no me trajo ninguno, lamento decirlo, pero sí una espléndida raqueta de tenis. No veo la hora de que se funda la nieve para salir a probarla. Evie me bordó un precioso punto de libro que dice: «Un libro es como un jardín metido en el bolsillo.» Y mi padre me regaló un reloj de oro con una gruesa cadena. Me contó que había pertenecido a su padre y, antes, a su abuelo. «Ahora que ya eres un hombre, David — va y me dice—, y que le has imprimido un rumbo a tu vida, necesitarás algo que te ayude a orientarte. Tú ya sabes adónde vas, pero ahora sabrás *cuándo*.» Todo el discurso resultó un poquito pesado, pero mi madre no paraba de secarse los ojos, e incluso Evie se sorbía la nariz. Es un reloj magnífico, pero me hace pensar en mi abuelo. Yo más bien esperaba un reloj de pulsera, en fin, algo moderno que puedas llevar mientras conduces, trepas o vas en bicicleta, sin dar la impresión de que acabas de trasladarte al siglo XIX.

Mi padre ha estado bastante agradable durante las vacaciones. Pero me parece que tienes razón: si hay algo que me inspire temor quizá sea mi padre. Al final le planté cara en lo referente a estudiar medicina, pero si no hubiese sacado las calificaciones tan bajas que saqué en los últimos semestres, no me habría resultado tan fácil. A pesar de toda esa monserga de que me he «convertido en un hombre», sigo bajo su techo como un niño y sometido a sus normas. Mi padre no aprueba nada de lo que hago ni tampoco a ninguna de las personas con las que me relaciono.

Siempre he encontrado gracioso que mi amigo Harry, siendo el que mi padre debería mirar con mejores ojos, es, de hecho, aquel que más desaprueba de todos. Harry debe de ser uno de mis amigos más antiguos. Fuimos juntos al colegio, de niños; nos asomamos juntos a los libros de anatomía de mi padre (o, más concretamente, a las páginas relativas a la anatomía femenina) y salimos juntos en nuestras primeras citas, de acuerdo con el sano principio de que «cuanta más gente, menos peligro». La familia de Harry frecuenta los mismos círculos sociales; él está terminando sus estudios de medicina, es un tipo absolutamente brillante y posee unos modales intachables. ¿Qué defecto habría de encontrarle mi padre?

Supongo que una aguda inteligencia puede usarse como una arma afilada, y lo cierto es que Harry puede llegar a ser muy cáustico con el esnobismo de muchas de las recepciones sociales a las que nos vemos obligados a asistir. Tiene la suerte de que la mayoría de la gente de la que se mofa no capta su sarcasmo ni su humor irónico, pues de lo contrario no volverían a invitarlo con tanta frecuencia. Han pasado unos años desde que Harry se fue a Oxford. Nos carteamos —no tan a menudo como nosotros dos, ni mucho menos—, pero la verdad es que tengo muchas ganas de verlo.

Te envió un regalo de Navidad, querida Sue. Una pluma jaspeada, para que puedas escribirme siempre.

Por un nuevo año,

DAVID

Isla de Skye
28 de enero de 1914

¡Ya estamos en 1914 y el mundo aún no se ha acabado!

¡Me diste una idea equivocada, Davey! No es una mera pluma jaspeada. Tiene vetas rojas y negras, como un pedazo pulido de jaspe. ¿Qué mejor pluma para una geóloga en ciernes?

A mí me regalaron por Navidades un nuevo juego de tizas de colores para dibujar, pero el resto de mis regalos fueron lamentablemente prácticos: calcetines, tres cucharas, una tina gigante para lavar. ¿Una raqueta, dices? Yo nunca he jugado al tenis, pero suena más excitante que una tina para lavar.

ELSPETH

Chicago, Illinois, EE. UU.
14 de febrero de 1914

Querida Sue:

Acabo de volver de un viaje de esquí a Ishpeming, Michigan, que he hecho con unos amigos. De ahí que te responda con un poco de retraso. No sólo me estaba esperando tu carta al llegar a casa, sino también una carta de Harry. Me propone que tome un barco a Inglaterra y haga con él una especie de tour de despedida por Gran Bretaña antes de embarcarnos juntos para Estados Unidos. Aún no conozco el itinerario exacto, pero Harry habla de subir hasta Edimburgo en nuestro peregrinaje. Seguramente te parecerá una locura pero, escucha, Sue, ¡deberías venir a reunirme conmigo! Ya sé, es un poquito peliagudo, pero tienes hasta el mes de junio para pensar un modo de subirte a ese ferry. ¿Qué tal una buena dosis de whisky?

¡Feliz Día de los Enamorados!

DAVID

Isla de Skye
10 de marzo de 1914

David:

¿Te has vuelto completamente loco? ¿Crees que vas a conseguir lo que toda mi familia y mis amigos no han conseguido? Nadie ha sido capaz en toda mi vida de hacer que me suba a un barco. ¿Y tú crees que vas a triunfar donde los demás han fracasado? ¿Crees que el poder de atracción de David es mayor que el de la universidad? Vaya. ¡Eres un engreído!

ELSPETH

Chicago, Illinois, EE. UU.
26 de marzo de 1914

Sue:

Olvidas que mi padre es médico. Tengo éter.

DAVID

Isla de Skye
11 de abril de 1914

Mi querido muchacho:
No basta ni muchísimo menos.

E.

Chicago, Illinois, EE. UU.
28 de abril de 1914

Querida Sue:

¡El plan está en marcha! Ya están decididos los itinerarios, comprados los billetes, reservadas las habitaciones en el hotel Langham de Londres, y yo estoy listo para subirme a ese barco. La cuestión es, mi querida Sue: ¿y tú?

Seguro que sientes tanta curiosidad como yo por ver quién se esconde al otro lado de la pluma y el papel. Tú tienes tanto de científica como de artista, tanto de realista como de soñadora. «Curiosidad» es tu segundo nombre.

DAVID

Isla de Skye
6 de mayo de 1914

Querido David:

Bueno, hace bastante que no veo a mis sobrinos de Edimburgo. A ellos les encantaría una visita de su tía, ¿no?

Espero que me envíes el éter junto con tu próxima carta. Litros y litros.

E.

Chicago, Illinois, EE. UU.
21 de mayo de 1914

Sue:

¡Serénate, corazón desbocado! ¿Es posible? ¿Sue va a desafiar el océano por mí?

Si todo va bien, llegaremos a Edimburgo el dieciséis. Sé que no podré esperar ni un minuto más. ¿El diecisiete a mediodía? ¿En la catedral de Saint Mary, en York Place?

Cruzando todos los dedos que tengo,

DAVID

OFICINA DE TELÉGRAFOS
SRP 5.55 EDIMBURGO 25
18 DE JUNIO DE 1914

E. DUNN ISLA DE SKYE
ESPERÉ EN CATEDRAL SEGÚN ACORDADO
DÓNDE ESTÁS POR FAVOR RESPONDE
DAVID HOTEL CALEDONIAN

Liverpool, Inglaterra, Reino Unido
22 de junio de 1914

¿Qué ocurrió, Sue? Pensaba que habíamos hecho un trato. ¿Ese ferry resultó demasiado para ti? Tienes suerte de que no sea rencoroso, pero al menos te darás cuenta de que me debes una explicación... Eso sí, una explicación que no incluya un caballo acuático devorador.

El viaje ha sido fantástico. Harry y yo teníamos varios años sobre los que ponernos al día. Él no ha sido un corresponsal ejemplar, que digamos, y yo —quizá te sorprenda saberlo— tampoco. Tú pareces inspirarme algo especial que hace que nunca se me agoten las cosas que contar.

Harry tiene una novia también: Minna, una tímida damita que escribe unos versos tremendamente empalagosos. La he conocido: muy educada, pero bastante coqueta. Se pasó la mitad del tiempo hablando del clima y del precio del té con un acento seco y preciso, y la otra mitad tratando de sorprender sólo a Harry en los muchos rincones de la enorme casa de sus padres. Solamente tiene dieciocho años, así que Harry, por mucho que el resto de su anatomía le pidiera otra cosa, ha mantenido la cabeza lo bastante fría y no se ha declarado aún. Él ahora vuelve a Estados Unidos para empezar en la Facultad de Medicina y abrir una cuenta de ahorro. Entretanto, espera (¡aunque no con excesivo ardor!) que ella desarrolle alguna otra habilidad o pasión que no sea la de intentar arrastrarlo al dormitorio a cada momento. Harry no tiene mucha fe en que Minna le sea fiel, pero los dos brindamos por que al menos lo intente.

Las ciudades que hemos visitado eran preciosas pero, para serte sincero, podría haber estado en Urbana y también lo habría encontrado estupendo, siempre y cuando hubiera tenido a Harry a mi lado. ¿Suena excesivamente sentimental? Él ha empezado a fumar en pipa y a escribir poesía (¿es que todo el mundo es poeta, hoy en

día?). Aparte de eso, sigue siendo el mismo viejo Harry de siempre, y los dos nos hemos sentido como unos críos. No me cabe duda de que a veces también nos hemos portado como tales.

Ya estamos haciendo preparativos para embarcar, pero quería escribirte para mandarte esto antes de dejar Gran Bretaña. Aún me quedan algunos recuerdos que comprar antes de irnos. Le pregunté a Florence qué quería que le llevara y ella solicitó con toda firmeza un poni inglés. No creo que entrara un poni en mi camarote (¡eso me pasa por navegar en segunda clase!), pero ¿cómo voy a negarle un deseo a mi niña favorita?

Harry va a enviarle otro telegrama a Minna y se ha ofrecido a llevarme esta carta a la oficina de correos, así que la cierro ya. ¡Estaré esperando una carta tuya llena de fervientes explicaciones y humildes disculpas! ¡Se acabaron los secretos, Sue!

DAVID

Isla de Skye
3 de julio de 1914

David:

Debo confesar que me quedé atónita al recibir una carta tuya tan de prisa; luego vi que la habías expedido desde Inglaterra y que no había viajado tanto como de costumbre.

Tienes todo el derecho del mundo a estar enfadado conmigo, Davey. Habíamos llegado a un acuerdo. Por Dios, cruzaste todo el océano para reunirme conmigo. Yo sólo tenía que cruzar el estrecho con el ferry.

¿Cuál es mi excusa, preguntarás con razón? Mis viejos temores serían un pretexto muy práctico, sin duda. Pero, ay, mis temores en este caso son más tontos, tal vez incluso más primitivos. Temo que, si nos conocemos, desaparecerá el misterio. Quizá no congeniemos tanto como con papel y pluma. ¿Y si nuestra conversación no fluye tan fácilmente en persona?

Tú esperabas reunirme en la catedral de Saint Mary con una Elspeth Dunn ideal. Yo no quise decepcionarte con la versión real. ¿Y si te parecía que soy demasiado baja? ¿O demasiado vieja? ¿O si no te gustaba el sonido de mi voz? Simplemente quiero mantener las cosas como están, de manera que yo siga siendo misteriosa y también, así lo espero, interesante.

Realmente tenía intención de acudir, de todos modos. Créeme, Davey, es cierto.

Mientras tú piensas que me guardo algunos secretos, resulta que yo tengo uno nuevo. Pero éste me lo voy a guardar un poco más, porque sé que no podrás parar de reír cuando te enteres.

Harry parece sencillamente un amigo espléndido. Diría que espero conocerlo

algún día, pero me temo que no sería posible sin encontrarme contigo..., ¡y eso ya lo hemos discutido!

ELSPETH

P. D. Espero sinceramente que no todo el mundo se haya convertido en poeta. ¡De lo contrario, voy a quedarme sin trabajo!

Chicago, Illinois, EE. UU.
15 de julio de 1914

Sue, Sue..., eres un caso. ¿No te has parado a pensar que tal vez a mí me inquietaban las mismas dudas? Evitar un encuentro cara a cara me favorecía. Así no verías lo grandes que tengo los pies o lo torpe que soy fuera de la pista de baile. Creo que ahora mismo tienes una buena opinión de mí (aparte de mi gusto para las chaquetas, me imagino). Al fin y al cabo, soy endemoniadamente apuesto. Rematadamente inteligente. Brillante, ingenioso. ¿Por qué iba a querer poner todo eso en peligro? Todas estas ilusiones podían desvanecerse en cuanto nos dijéramos «hola». Pero frente a la rara oportunidad de verte..., todos esos temores palidecen en comparación.

Llevamos carteándonos..., ¿cuánto?, ¿dos años ya? (Lo digo algo a la ligera, como si no hubiera conservado cada carta que me has enviado.) Realmente, ¿puede haber misterio aún después de todo ese tiempo? Yo te conozco, Sue, y creo que tú me conoces a mí. Si ahora mismo estuviera sentado frente a ti, diciéndote esto, quiero creer que mis palabras no tendrían menos peso sólo porque no te gustara el sonido de mi acento del Medio Oeste.

Piensa en la situación cuando ves a una persona por primera vez, Sue. Al principio has de pasar por todas esas tonterías superficiales, por las impresiones sobre acentos y chaquetas de cuadros. Todo un interrogatorio a las apariencias. Una vez aceptado por ambas partes que el otro merece la pena, puedes empezar de verdad a conocerte, iniciar esos primeros sondeos vacilantes. Averiguar qué cosas estimulan a la otra persona: qué le hace gritar, qué le hace reír, qué le hace temblar. Tú y yo tenemos suerte. Nunca hemos tenido que preocuparnos de la primera parte, de esa evaluación visual. Nosotros pudimos pasar directamente a lo interesante. O sea: a conocer las profundidades y extensiones del alma del otro.

No sé qué pensarás tú, pero yo lo encuentro refrescante. Estoy harto de tener que preocuparme por si la gente piensa que parezco lo bastante mayor, o lo bastante respetable, o lo que sea. Siempre con la obligación de ser cortés y de mostrarse interesado. Cuando te escribo, no tengo que pensar en ninguna de esas bobadas. No he de preocuparme por mis pies enormes. Puedo prescindir de la cáscara, si me perdonas una metáfora agrícola, y mostrar el grano reluciente de mis sueños, mis

pasiones y mis temores. ¡Son tuyos, Sue, y puedes roerlos tanto como quieras! Saben de maravilla con un poco de sal.

Bueno, y ahora *debes* contarme tu nuevo secreto. No puedo prometer que no vaya a reírme. Al menos, no será tan alto como para que puedas oírme desde Chicago...

Estoy empezando a dar cabezadas, así que he sacado mi reloj. No voy a decirte qué hora de la madrugada es, pero hace mucho que reina el silencio en las calles. ¡Espero que estés durmiendo más profundamente que yo ahora mismo!

DAVID

Isla de Skye
18 de agosto de 1914

Davey:

¿Adónde va a parar el mundo?

Hace ocho semanas estaba en el muelle, intentando reunir el valor necesario para subir a ese ferry. Mantenía los ojos en el horizonte, sabiendo que si iba a su encuentro, a tu encuentro, todo cambiaría. No necesariamente por ir, sino por salir. Las mujeres como yo no cruzan el mar para reunirse con americanos fascinantes. Esperan en casa a que los barcos de sus maridos regresen.

Así que volví a casa, para releer tus cartas y fingir que no me había subido por poco a ese ferry. Para aguardar a que volviera Iain de pescar arenques en las aguas del Minch. Para pensar en el modo de decirle que, después de tantos años, estaba embarazada.

El día que llegó a casa, yo estaba fuera tendiendo la colada en el jardín, con el barro hasta los tobillos. Él cruzó la cerca, dejó el petate y dijo con aire sombrío: «Estamos en guerra.»

Me entró un frío repentino, Davey; se me olvidó mi noticia. Le pregunté a quién se refería con «nosotros», pero él se limitó a tenderme un periódico.

Cuatro días antes, Gran Bretaña había declarado la guerra a Alemania. Mientras yo estaba sola en mi casa, releyendo viejas cartas y fortaleciendo mi corazón, el mundo había entrado en guerra.

Iain dijo que iba a alistarse en cuanto tuviera hecho el equipaje. Acababa de llegar a casa y ya se iba otra vez. Y ¿para qué? ¿Qué le hace pensar que esta guerra tiene algo que ver con él, con nuestra isla, con nosotros? «Nuestro mundo ya se ha desvanecido —dijo—. Yo no puedo recuperarlo, pero lo que sí te digo es que trataré de impedir que el resto se vaya al cuerno.»

Estaba tan *tranquilo*, Davey. Recuerdo que miré por encima de él mientras hablaba y me fijé en una gaviota, que parecía volar a cámara lenta. Hasta las ovejas estaban en silencio. Toda la isla se refrenaba para escuchar su declaración. ¡Como si

tuviera sentido! Y yo sentí un dolor dentro de mí. Eso era el clásico «corazón destrozado», estaba segura.

Ese mismo día descubrí que había perdido al niño. Un niño no buscado, aunque no por ello —sinceramente— no deseado. Ya había tenido tiempo de hacerme a la idea, pero ahora, al perderlo, sólo me dejaba una sensación de vacío. Quizá yo tenía razón desde el principio. Quizá el universo nunca había tenido previsto que me convirtiera en madre. Así como así, perdí a mi esposo y a mi hijo, y también el mundo pacífico que había conocido. A la semana siguiente, Iain se marchó con Finlay y los demás reservistas a empezar la instrucción.

Ay, Davey, necesito una carta tuya. Necesito una palabra amable, una observación divertida, una fotografía tuya con una absurda chaqueta de cuadros. Necesito olvidarme de que todo esto está ocurriendo.

ELSPETH

8

Margaret

Edimburgo
Miércoles, 24 de julio de 1940

Estimado señor:

Me disculpo en primer lugar por esta carta inesperada. Ni siquiera sé si estoy escribiendo al Finlay Macdonald correcto.

Tengo motivos para creer que podría ser usted mi tío. Mi madre se llama Elspeth Dunn, en tiempos estuvo afincada en Skye, actualmente vive en Edimburgo. Mi prima Emily Macdonald (la hija de Alasdair) me pasó esta dirección tras tropezarse con usted una vez en Glasgow. Nunca he conocido a ninguno de mis tíos y me gustaría que llegáramos a conocernos mejor.

¿Puedo escribirle?

Cordialmente,

MARGARET DUNN

Glasgow
25 de julio

Margaret:

¿Acaso no lo has hecho ya?

FINLAY MACDONALD

27 de julio de 1940

Querida Maisie:

¡Ya estoy volando otra vez! Y justo a tiempo, porque nos están machacando por todas partes aquí en el sur. Era realmente exasperante permanecer en tierra. ¿Cómo va en Edimburgo?

¿Le has enviado la carta a tu tío? ¿Te ha respondido ya?

Con mi amor,

PAUL

Edimburgo
Lunes, 29 de julio de 1940

Querido Paul:

Me respondió. En cierto modo. Y supongo que al no contradecirme ni mostrarse *totalmente* indiferente, me confirmó que es, en efecto, el Finlay Macdonald en cuestión. Yo le pregunté si podía escribirle y su única respuesta fue: «¿Acaso no lo has hecho ya?» Por fuerza ha de ser mi tío. Tiene el mismo ingenio huraño y erizado de mi madre.

No pienso volver a escribirle. Tendría que sopesar todas y cada una de mis palabras para estar completamente segura de que no iba a burlarse, lo cual es demasiado trabajo. ¿Por qué no podría tener yo un tío desaparecido que me declarase su única heredera o me donara su valiosísima colección de piezas exóticas de los mares del Sur, tal como sucede en las novelas? O, al menos, que viviera en un sanatorio mental. Recuerdo que leí una vez una historia similar. Un sanatorio mental podría soportarlo, creo. Pero una respuesta mordaz... creo que no.

MARGARET

P. D. No preguntes por Edimburgo. Una bomba de 500 kilos en el Albert Dock, bombas incendiarias a lo largo de las vías de ferrocarril y en Granton... Si madre estuviera aquí, tendría los nervios destrozados. Y ahora también tengo que preocuparme por ti. Ten cuidado, por favor.

31 de julio de 1940

Querida Maisie:

¿Dónde está ese espíritu aventurero que tanto adoro? ¿Dónde esa curiosidad por ver qué se oculta tras la siguiente cumbre, la determinación de lanzarte de cabeza hacia cualquier objetivo capaz de dejarte sin aliento aunque sea un instante? Siempre les digo a los chicos aquí que, si mi prometida fuese un hombre, les haría sudar de lo lindo en el aire.

No te preocupes ni un segundo por mí. Llevo una foto tuya en el bolsillo y, si contemplo tus preciosos ojos, me doy cuenta de que no me hace falta más suerte.

Ya eres consciente, ¿no?, de que su reticencia a responderte como es debido sugiere una historia incluso más buena de lo esperado. ¡Vamos, Watson! ¡La partida ha comenzado!

Con todo mi amor,

PAUL

Edimburgo
Viernes, 2 de agosto de 1940

Querido Paul:

Voy a hacerlo. Por ti. Pero sólo por ti.

MAISIE

Edimburgo
Viernes, 2 de agosto de 1940

Estimado señor:

¿O debería decir «tío Finlay»?

He de reconocer que su respuesta me dejó perpleja. ¿Era un gesto de rechazo? ¿Un modo de disuasión? ¿Un permiso tácito para volver a escribirle?

Por favor, tengo un montón de preguntas que hacerle sobre mi madre, cosas de su vida que ella nunca me ha contado. No es necesario que tome el té conmigo ni que asista a mi boda. Sólo que dedique unos minutos de su tiempo a escribirme y hablarme de mi madre. Ayúdeme a llenar las lagunas del «primer volumen» de su historia.

Con mi gratitud,

MARGARET DUNN

Glasgow
3 de agosto

Margaret:

¿Has pensado que tu madre ha mantenido cerrado ese libro por un buen motivo?
¿Has pensado, asimismo, que un hombre que vive solo y en paz tal vez sólo desea

que lo dejen en paz?

Realmente no tengo nada que decir sobre Elspeth que tú debas saber. A veces ni siquiera los años son capaces de borrar la decepción.

FINLAY MACDONALD

Edimburgo
Lunes, 5 de agosto de 1940

Querido tío Finlay:

No pretendo echar sal en las viejas heridas. De veras que no. No quiero curiosear en sus asuntos personales. Sólo deseo conocer mejor a mi madre. Y creo que usted siente tanta curiosidad por saber de ella *ahora* como yo por saber de ella *entonces*; de lo contrario, no me habría respondido. Dos veces.

Así pues, para compensar su futura amabilidad, yo le contaré algo de mi madre cada vez que usted me cuente algo. Toma y daca.

Cordialmente,

MARGARET DUNN

Glasgow
6 de agosto

Margaret:

Toma y daca. En las trincheras, decíamos «vive y deja vivir». Si los *boches* no disparaban, nosotros no disparábamos. Les dábamos unos momentos de respiro a veces, y ellos nos daban un poquito de respiro a cambio. Naturalmente, los mandos no estaban de acuerdo. Nos decían que disparásemos primero, que mantuviéramos al enemigo acogotado. Que los convenciéramos para que nos dejaran en paz.

Eres una chica testaruda, eso te lo reconozco. Igual que Elspeth. Ella era testaruda como la que más. Aunque en una casa con tres chicos, supongo que había de serlo.

Toma y daca. Yo nunca creí que los mandos tuvieran razón.

FINLAY MACDONALD

9

Elspeth

Chicago, Illinois, EE. UU.
10 de septiembre de 1914

Querida Sue:

Me encantaría saber algún chiste bueno o tener una historia divertida que contarte.

¿Has recibido noticias de tu marido? ¿Sabes ya si lo mandan al extranjero? Al menos tú tienes la plena seguridad de estar a salvo allá en Skye. Doy gracias por ello.

Y, aunque probablemente sea una indiscreción mencionarlo, me parte el corazón saber que has perdido un bebé, Sue. Ojalá encontrase las palabras adecuadas, pero quiero que sepas que las tengo en el fondo de mi alma.

Ya no me queda ninguna foto mía con la chaqueta de cuadros, pero te prometo que la próxima vez que me compre un abrigo de aspecto ridículo, serás la primera en recibir una fotografía. Casi estoy tentado de salir y comprarme uno ahora mismo, sólo para arrancarte una sonrisa.

¿Sabes?, nunca me habías mencionado a tu marido. Supongo que sabía que estabas casada, siendo «señora» y demás, pero nunca habías hablado de él. Curioso, teniendo en cuenta que hemos hablado prácticamente de todo.

Por favor, mantenme informado. Puedo leer las noticias en el periódico pero, desde la otra orilla del océano, es difícil saber qué está ocurriendo realmente.

Estoy a tu lado,

DAVID

Isla de Skye
4 de octubre de 1914

David:

Bueno, finalmente he tenido noticias de Iain. Su batallón está en un campamento de instrucción en Bedford. Él cree que los trasladarán al frente en cualquier momento, pero me figuro que todos piensan lo mismo. ¿Qué otra cosa tienen aparte de esa expectativa? Era una carta muy breve, dedicada a hablar jovialmente del adiestramiento y de las armas, del deseo que tienen todos de «cargarse a unos cuantos

boches». Ni una palabra sobre mí, sobre nuestro hogar, sobre el bebé que he perdido.

Mi hermano Finlay se alistó al mismo tiempo que Iain. Ellos dos eran inseparables de niños. No deja de ser lógico que se hayan ido juntos a la guerra. Mi madre se niega a permitir que mi hermano menor, Willie, se aliste también. Es su niño mimado y procurará retenerlo todo el tiempo que pueda. Willie ha estado como una alma en pena desde que Finlay se marchó. Creo que *màthair* cometió un error y dejó que se marchara el hijo menos indicado. Willie ha sido siempre su preferido, pero Finlay, una vez que haya conocido el mundo, quizá no quiera volver más. Él no está hecho para ser granjero o pescador. Me parece que lo único que puede hacerlo volver es Kate.

Yo he intentado escribir, salir de paseo sola, componer algún poema. Pero me salen todos embrollados, no como quiero. Necesito volver a la normalidad. Mantener la mente alejada de todo esto. No puedo pensar que Iain o Finlay o cualquiera de nuestros chicos se están preparando para combatir y morir.

No sé por qué no te había hablado de mi marido. Supongo que no encajaba en nuestras conversaciones. Pero ahora ya estoy cansada de no decirte siempre toda la verdad.

ELSPETH

Chicago, Illinois, EE. UU.
2 de noviembre de 1914

Querida Sue:

Comprendo cómo se siente tu hermano Willie. Tú me conoces, yo tampoco me sentiría bien si me dejaran en casa mientras todos los demás se iban a la guerra. Yo también querría participar en la aventura.

Sé que no son gran cosa, pero me he puesto a escribir los cuentos de hadas que le he ido contando a Florence. Te adjunto uno de ellos con esta carta: «El queso del Rey de los Ratones.» ¡A Florence le encanta el queso! He pensado que igual lo encuentras entretenido y te sirve para pasar el rato. No está terminado, de todas formas. No sé muy bien cómo terminarlo. Quizá a ti se te ocurra alguna idea.

Ha empezado otro trimestre y ahora me siento un poco más seguro, habiendo enseñado ya en todas estas clases. Acabamos de terminar de hablar de la historia de la química (empezando por los alquimistas, luego Lavoisier, Mendeléiev y demás). Mis alumnos me han entregado los trabajos más horribles que puedas imaginarte. ¡Pensar que ellos serán la nueva generación de políticos y abogados y que ni siquiera son capaces de construir una argumentación como es debido! En todo caso, mientras los leía y me decía que yo (¡espero!) escribía a esa edad un poco mejor, no pude evitar pensar en ti.

Sue, debes empezar a escribir de nuevo. No trates de forzarte, pero métete un lápiz y un cuaderno en el cinturón, de manera que cuando las musas vuelvan a visitarte, sea donde sea, puedas pararte y escribir en el acto. Emerson dijo: «El genio es la actividad que repara la decadencia de las cosas», y lo decía hablando de poesía. Volver a escribir, pienso yo, podría ayudarte a recuperar la normalidad que tanto ansías.

En todo caso, no dejes de escribirme a mí. Ocurra lo que ocurra. Quizá tú no las consideres poesía, pero a mí nunca me ha parecido que tus cartas sean menos inspiradas.

Ávido de poesía,

DAVID

Isla de Skye

29 de noviembre de 1914

Querido David:

¡Ah, creo que esa niña horrible debería quedar convertida en ratón para siempre! ¿Subirse encima de la mesa para alcanzar el pan del otro lado? Confío en que tu sobrina tenga mejores modales en la mesa.

Bueno, si no puedes dejar a Lottie convertida en ratón, ¿qué podrías hacer con ella? Es decir, aparte de permitir que la atrape la señora Búho y la convierta en mousse de ratón. De algún modo tiene que aprender la lección. ¿Tal vez algo relacionado con los pasteles que se están enfriando en la ventana de su madre? (Ah, qué tentación...) ¿O quizá rescata de algún modo al Rey de los Ratones y se gana así su eterna gratitud? ¿Tal vez incluso se enamora del Rey de los Ratones? No estoy del todo segura, pero creo que un personaje con unos zapatos en miniatura y una túnica de terciopelo recamada de oro debe de resultar bastante llamativo. Como si llevara una chaqueta de cuadros. No sería de extrañar que se enamorara de él.

Te complacerá saber que he escrito algunos poemas. Seguí tu consejo y empecé a llevar encima mi lápiz y mi cuaderno, y una mañana, mientras fregaba el suelo (¡qué prosaicas son estas cosas a veces!), me vino una idea. Me senté allí, en el suelo húmedo, mientras el agua del cubo se enfriaba, y escribí un poema. No está a la altura del «genio» de Emerson, pero creo que refleja mis pensamientos de ese preciso momento.

He tenido que asumir muchas de las tareas de Iain, ahora que él se ha ido. Ayer el viento arrancó una de las cuerdas que usamos para asegurar el tejado de paja. Se soltó una sección durante la noche y, por la mañana, me encontré un montón de nieve en la cocina. Deberías haberme visto en el tejado, sujetándome con una mano como uno de los monos de Kipling, mientras trataba de atar un haz de paja con otro. Cuando volví

a entrar tenía las cejas y las pestañas heladas, y tuve que chuparme los dedos para calentármelos y poder preparar un té. Me he habituado a ponerme pantalones casi todos los días, tal como exigen las tareas que estoy haciendo. Ya sé que Iain no pensó en todo esto cuando decidió marcharse sin previo aviso para seguir sus pueriles sueños de gloria.

Las noches son lo peor, ¿sabes? Me siento junto al fuego, tejiendo o sosteniendo un libro en el regazo, y no puedo impedir que mi mente se acelere, ni que mis oídos escuchen atentamente cada ruido y cada crujido. Procuero meterme pronto en la cama para no tener que pensar ni sentirme sola, pero no consigo conciliar el sueño. Te confieso que últimamente estoy sacando tus viejas cartas y releyéndolas, y que a veces me quedo dormida arropada con tus palabras. Me hace sentir que tú estás aquí realmente y que no estoy sola. Puedo imaginarme que estamos hablando. Absurdo, ya lo sé, puesto que nunca hemos hablado y no sé cómo suena tu voz. Por cierto, ¿sabes lo pretencioso que sonabas en tus primeras cartas? Realmente debías de tener muchas ganas de impresionarme.

Por fin me siento cansada. Voy a dejarlo aquí y apagar la vela. Si el tiempo aguanta mañana, podré enviarte esta carta, aunque creo que el correo tarda mucho más ahora.

ELSPETH

Terre Haute, Indiana, EE. UU.
23 de diciembre de 1914

Querida Sue:

Estoy aquí, en Terre Haute, pasando las Navidades con Evie, Hank y Florence. Recibí tu carta cuando ya salía para la estación y me alegré de contar con una lectura tan agradable para el viaje en tren. Una carta muy extensa, ya lo creo; las noches de invierno en Skye deben de ser largas de verdad.

Tus sugerencias me incitaron a terminar «El queso del Rey de los Ratones», así que ahora te adjunto el final del cuento para someterlo a tu examen (¿o tu aprobación?). Se lo leí entero a Florence y ella, al final, se levantó de un brinco, gritando: «¡Ota vez! ¡Léelo ota vez!» Si consigo provocar en ti una reacción similar, me daré por satisfecho.

Me sorprende oírte hablar de «pueriles sueños de gloria» a ti precisamente, que siempre tienes tanto cuidado en no poner etiquetas basadas en el género. Aquí, entre quienes critican al presidente Wilson por evitar que Estados Unidos se moje siquiera los pies en la vorágine europea, veo a tantas mujeres como hombres. Nuestro país no ha tenido ninguna guerra en bastante tiempo; tenemos ganas de pelear.

Justo la otra noche, durante la cena, Evie lanzó toda una diatriba contra Wilson.

Nuestro abuelo luchó durante las postrimerías de la guerra de Secesión y nosotros crecimos escuchando sus historias. ¡Ese hombre sí sabía contar un relato! No he conocido a nadie capaz de lograr que la guerra sonara tan poco parecida a una guerra. Incluso Evie quedaba cautivada, de niña, hasta el punto de que se pegaba un bigote postizo y jugaba conmigo al Primero de Caballería durante el verano.

Papá, en cambio, no tuvo ninguna guerra en plena juventud y no quiso entrar en el ejército, para eterno disgusto de su padre. No sé si el abuelo se lo perdonó nunca: para él, la milicia y la guerra eran un deber cívico; para papá, un suicidio. Si Estados Unidos decide intervenir, quizá me aliste sólo para fastidiar a papá.

Pero, en fin, conviene pensar en cosas más alegres. Evie ha estropeado las celebraciones con tanta charla sobre la guerra. Hank está a punto de mandarla a dormir al establo. Que pases unas fiestas muy, muy felices, Sue. Tal vez estés sola en tu pequeña casa de campo, pero debes saber que no se te olvida, que alguien está pensando en ti estas Navidades.

DAVID

Isla de Skye
21 de enero de 1915

Querido Davey:

He aquí un nuevo año y un regalo navideño atrasado para ti. ¡Mi último libro! Tu carta me llegó el mismo día que la caja con los libros recién impresos remitida por mi editor, así que recibirás uno de los primeros ejemplares. Resulta extraño leer ahora estos poemas, pues todos fueron escritos antes de la guerra. Son tan distintos de mi poesía más reciente... Nada de flores, nubes y días de verano; ahora escribo sobre temas y sentimientos más sombríos: la soledad, la rabia, los inhóspitos inviernos. No sé si eso será bueno, pero al menos me ayuda a «matar mis demonios», como dicen.

Recibo noticias de Iain tan esporádicamente que quizá acabe volviéndome loca. De veras, sé más de él a través de Finlay. Menos mal que mi hermano es un buen corresponsal. De hecho, tal vez ya esté loca, porque estoy sopesando la posibilidad de trasladarme a la casa de mis padres hasta que vuelva Iain. El otro día me resbalé con el hielo y me torcí el tobillo. Por fortuna, estaba en el pueblo de compras y una persona pudo llevarme al médico, pero ese incidente me inquietó. ¿Y si me hubiera ocurrido estando sola en casa? No tengo teléfono, y habría quedado abandonada a mi suerte a menos que alguien me hubiera hecho una visita inesperada.

Además, estoy harta de todas las tareas que hay que hacer aquí. Llevar una pequeña granja ya es bastante duro de por sí con toda una familia ayudando, pero... ¿con una sola persona? Parece como si todo se estuviera desmoronando sobre mí. Se rompió otra cuerda del tejado. Subí de nuevo y me di cuenta de que todas las cuerdas

están flojas. No sé si se han enmohecido, si las han picoteado los pájaros o si es que yo las entrelazo mal, pero el caso es que se deshilachan y caen a jirones. Dime, Davey, ¿qué hace una poeta publicada gateando por un techado de paja en lo más crudo del invierno, con un pedazo de cuerda de brezo entre los dientes? ¿No debería estar sentada en un sillón de cuero frente a la chimenea de una biblioteca? ¿Estarías tú también allí?

Me ha gustado el final de «El queso del Rey de los Ratones». Lottie se hace mayor, aprende a compartir y a decir «gracias». Todavía pienso que habría sido fantástico que se enamorara del Rey de los Ratones, con chaqueta de cuadros y todo. ¿Qué le ha parecido el cuento a Lara?

Cuídate,

ELSPETH

Chicago, Illinois, EE. UU.
16 de febrero de 1915

Querida Sue:

No lo vas a creer, pero... ¡envié uno de mis cuentos de hadas a una revista! No espero que me respondan en seguida, pero he pensado que te sentirías orgullosa al saber que me armé de valor y envié «El baile de hadas del crepúsculo». Sin tu estímulo, nunca habría puesto esas historias por escrito. ¿Qué fue lo que te decidió a enviar tu poesía la primera vez?

¡Tu nuevo libro es maravilloso! E incluso me has escrito una dedicatoria. ¿Ahora ya tengo categoría de «querido amigo»? Entiendo lo que quieres decir cuando hablas de la liviandad de los temas (claro que yo no he leído nada de lo que has escrito últimamente), pero en los tiempos que corren quizá todos necesitemos leer sobre las flores, las nubes y los días de verano.

Ya estoy dando clases de nuevo después de las vacaciones. Les llevo periódicos a mis alumnos para que lean un poco. He descubierto que están desinformados hasta extremos deplorables sobre lo que ocurre en Europa. Si Wilson permite que entremos en la guerra, algunos de mis alumnos de último curso podrían alistarse. Ahora al menos ya no creen que los Balcanes se encuentren cerca de Suecia.

Para responder a tu pregunta, no sé qué le parece a Lara «El queso del Rey de los Ratones». Ella no ha leído ninguno de mis cuentos. Si he de serte totalmente sincero, no sé qué lee. Le he prestado algunos de mis libros preferidos, pero me los devuelve aduciendo que son «para chicos». Lo único que yo le veo leer son revistas de moda y listas de invitados, ahora que empezamos a hacer planes de boda. Una vez casados, tendrá más tiempo para apoltronarse con un libro. ¿No?

Te deseo suerte en tu traslado a casa de tus padres. ¡Eres una mujer valiente!

Aquí, yo aguardo con ilusión justo lo contrario.

DAVID

Isla de Skye
8 de marzo de 1915

Querido David:

Poco después de escribirte recibí una carta de Iain anunciándome que por fin los enviaban al frente y que se pondrían el viernes en camino. Naturalmente, era viernes por la mañana cuando la recibí, así que ya habían salido.

¿Por qué no me mandó un telegrama? Yo quizá habría sido capaz de armarme de valor para subirme a ese ferry y ver a mi marido una vez más. No lo he visto desde poco después de que se declaró la guerra, hace ya más de medio año. Sé que ha tenido un permiso en este período, porque Finlay vino de visita a casa. Pero cuando le pregunté a Iain por qué no había venido, me dijo que no disponía de dinero suficiente para hacer todo el viaje desde Bedford. ¡Me saca de quicio! Yo tengo ahorrada una modesta suma de las ventas de mis libros, pero Iain se niega tercamente a tocar un solo penique. Lo único que tenía que hacer era guardarse esa obstinación y dejar que le sacara un billete para venir a despedirse. Ahora ya está en el frente, y quién sabe si volveré a verlo.

Estoy bien, aparte de eso. Aquí en Skye no sufrimos tanto las consecuencias de la guerra como en las grandes ciudades. La viuda de mi hermano, Chrissie, vive en Edimburgo, y nos habla en sus cartas de la carestía de alimentos que hay allí. Al menos, nosotros tenemos nuestra propia cosecha y toda la leche que dan nuestras vacas. Esta época del año es siempre algo más dura; echamos en falta la verdura y la fruta fresca. Pero aún me queda una buena reserva de nabos, colinabos, patatas y pescado ahumado, así que no puedo quejarme. Se me está acabando el té, sin embargo, y reutilizo las hojas cuando puedo. El azúcar se ha encarecido mucho, aunque tampoco es que me dedique a preparar pasteles de mazapán o galletas de azúcar en estos tiempos.

En fin, ahora ya sé que Iain está en Francia, pero no sé qué más está pasando. Rezo para que él y Finlay se cuiden el uno al otro, como siempre han hecho. Rezo para que sigan bien.

ELSPETH

Chicago, Illinois, EE. UU.

29 de marzo de 1915

Apenas sé qué decir. Intento meterme en tu piel, adoptar tu perspectiva para poder identificarme contigo, además de compadecerte. Pero sencillamente no puedo. Lo lamento.

Debería estar cepillando mi chaqué y practicando mi discurso, pues la boda ya no está muy lejos. ¿Y qué hago, en cambio? Sentarme ante mi mesa y escribirte, Sue. Ya sé que debería estar más emocionado ante mis inminentes nupcias, pero supongo que es natural sentir cierto temor. No es que dude de mi decisión... pero toda la celebración en conjunto me pone un poco nervioso. Ya está Lara bastante excitada por los dos. Ella parece completamente enfrascada en pruebas de vestuario y en conversaciones susurradas con sus amigas.

No estoy al corriente de todos los planes que están fraguando; sólo sé que todas las personas que hemos conocido o podríamos llegar a conocer estarán allí. Seguramente serviremos bandejas de entremeses que volverán en gran parte intactas a la cocina, y después una cantidad de carne asada que doblará con creces la que podrían comerse nuestros invitados. Las mujeres irán vestidas con tanta elegancia y estarán tan encorsetadas que no pasarán de picotear la comida. Todo ello regado con suficiente champán como para llenar varias bañeras —la única parte del banquete que los invitados consumirán con entusiasmo— y rematado por unos postres a base de pasteles y hojaldres tan dulces que harían llorar a un dentista. Después de lo cual, aún me quedará la luna de miel.

Y yo no puedo evitar pensar en ti, Sue, sentada sola junto al fuego, apañándotelas con pescado en salazón, con patatas, té aguado y pasteles sin azúcar. Reconozco que siento una punzada de culpa; toda esta vida de ocio y este derroche en banquetes cuando las personas como tú y como los chicos que han ido al frente estáis haciendo tanto y recibiendo tan poco a cambio. Si alguien me preguntara dónde preferiría estar el día de mi boda: en un salón lleno de desconocidos, atiborrándome con mi parte del festín, o en una casita de campo contigo, Sue, tomándome un té aguado, sé muy bien qué escogería.

DAVID

Isla de Skye
17 de abril de 1915

David:

Bueno, ya me he trasladado a la casa de mis padres. Vivir por mi cuenta se me estaba haciendo demasiado duro, en más de un sentido. Me pasaba el tiempo en la

oficina de correos, esperando noticias, pero me di cuenta de lo patético que era. Las malas noticias te acaban llegando, por mucho que te aísles.

Además, era demasiado difícil para mí sola mantener la casa. He tomado una decisión audaz, no obstante: hacerme construir una nueva. Un edificio moderno de piedra, con tejado de pizarra y chimenea. Tengo la pensión familiar de Iain, y él no está aquí para prohibírmelo. Ya he contratado a los obreros y todo. Aquí tienes un pequeño esquema de lo que estoy planeando. Conservaré la vieja casa para el ganado. ¡Se acabó lo de compartir mi hogar con las gallinas!

No he sabido nada de Iain desde hace bastante. Si la situación no fuera tan penosa debería reírme, pues recibo más cartas de un hombre al que nunca he visto que de mi propio marido. Pero, tal como dicen, la falta de noticias es buena señal.

No te lo dije en mi última carta, lo sé, pero claro que me siento orgullosa de que hayas enviado tus cuentos de hadas a una revista. ¿Has recibido respuesta? Por favor, tenme al corriente.

Me preguntas cómo tuve el valor de mandar mis poesías. Fue Finlay. Nosotros, de jóvenes, nos sentíamos insatisfechos. Nos sentábamos en la playa, él tallando madera, yo dibujando o escribiendo. Ambos con la vista en el horizonte; no nos hacía falta hablar. Pero luego él se hizo lo bastante mayor como para que papá se lo llevara en el bote. Se iba a pescar y me dejaba a mí en la orilla. Siempre me traía las piedras que encontraba para que yo sintiera que iba con él. En realidad, aunque se fuera a navegar la mayor parte de los días, yo sabía que eso no era una vía de escape. Estaba bien claro: salir con los botes lo ataba a la isla. Nunca podría marcharse. Así que él me hizo prometer que enviaría mis poemas, para intentar que una parte de mí llegase al mundo exterior. Porque él... él estaba atrapado. En cambio, si yo quería, el mundo se hallaba a mi alcance.

Durante una semana, me colé cada noche en el edificio de la escuela para usar la preciada máquina de escribir de la directora y fui tecleando con dos dedos hasta tener un montón de poemas mecanografiados y listos para enviar. En este caso, el delito sí obtuvo recompensa. ¡Y el resto, como dicen, ya es historia! Sólo tenía diecisiete años..., ¿puedes creerlo?

Mi editor ha sido asombrosamente paciente conmigo y con mi reclusión, pero la semana pasada me mandó una carta curiosísima. Hace mucho me había pedido una fotografía mía para incluirla en el frontispicio de uno de los libros. Y finalmente me dice que, ya que no tengo ninguna foto que enviarle, ¡él me enviará a mí un fotógrafo! Estoy esperando la confirmación definitiva, pero creo que vendrá dentro de un par de semanas. ¡No puedo explicarte lo nerviosa que estoy, Davey! Nunca me han sacado una foto; nunca me he visto a través de los ojos de otro (o de una lente, digamos). No tengo ni idea de qué ponerme. No podemos permitir que el mundo se lleve una decepción ante la única fotografía de Elspeth Dunn.

En algún momento tendrás que tomar una decisión sobre la boda en uno u otro sentido, querido Davey. Has de decidir si quieres estar a bordo del ferry cuando zarpe

o si eres más feliz quedándote en el muelle. Ya sé que tú no eres de los que se contentan con esperar y mirar cómo se aleja el ferry resoplando, pero tal vez ése no sea tu barco. Tal vez no se dirige a donde tú quieres. Seguro que tomarás la decisión acertada. Yo creo que ya sabes cuál es.

E.

Chicago, Illinois, EE. UU.
9 de mayo de 1915

Querida Sue:

Da la impresión de que estás bien, pese a no saber lo que ocurre en el frente. Quién sabe, quizá pueda darte noticias de primera mano si Wilson cede finalmente. Después del hundimiento del *Lusitania*, aquí se ha elevado un clamor contra los alemanes y todo el mundo quiere sangre. En ese barco murieron mil doscientas personas inocentes que no tenían nada que ver con la guerra. ¿Qué fue lo que dijiste en tu primera carta? Que en Estados Unidos todos somos cowboys y forajidos, ¿verdad? Si vamos para allá, ¡que se prepare el káiser!

El trimestre está tocando a su fin, y espero que mis alumnos salgan de mi clase un poco mejor informados. Muchos todavía consideran la guerra un mero problema europeo, pero un buen número de ellos ya ven que es mucho más importante. Ya se han acabado los tiempos en que los países permanecían aislados. Estamos en el siglo xx. Lo que afecta a un país nos afecta a todos. Ahora mis alumnos entienden que vale la pena luchar por el mundo.

¿De veras te armaste de valor para enviar tu poesía con sólo diecisiete años? ¡Eres asombrosa, Sue! Y más joven de lo que creía, si no te importa que saque el cálculo, para ser una autora tan distinguida. Diecisiete cuando empezaste y, según la fecha que figura al frente de tu primer libro, sólo veintisiete ahora. Te divierte hacerte la «mayor», pero sólo hay cuatro años de diferencia entre nosotros.

Espero que la sesión fotográfica saliera bien, si se ha producido ya, y que no te resignaras a posar con tus viejos pantalones o rodeada de ovejas. Me encantaría ver el resultado.

DAVID

Isla de Skye
29 de mayo de 1915

¡Ay, Davey, esta guerra estúpida e insensata!

Hubo una gran batalla en Festubert. El batallón donde están la mayoría de nuestros chicos de Skye se encontraba en primera línea. Casi cada familia que conozco ha perdido un hijo, un marido o un padre en esa sola batalla.

Mi hermano Finlay resultó gravemente herido. Le cayó una bomba justo delante, por suerte no le dio de lleno, pero las esquirlas le desgarraron la pierna izquierda. Estuvo literalmente a un paso del desastre. *Màthair* ha ido a verlo, pues se ha ganado un traslado a casa y está en un hospital de Londres. Yo bajé con ella al muelle y estuve a punto de tomar ese ferry. Pero no pude. Ni siquiera por Finlay. Lloré por ser tan cobarde y le escribí un poema en mi pañuelo. Espero que esos versos digan lo que yo no he podido. Espero que vea cuánto le quiero. Estoy esperando aquí en Skye a que *màthair* escriba una carta, y rezo para que la situación no sea tan complicada como imagino.

Iain también sufrió algunas heridas, pero no de gravedad, por lo que sólo pasó fuera de las trincheras unos días. Ni siquiera me escribió; se limitó a enviar una de esas postales preimpresas del ejército donde tachas las líneas que no corresponden, para transmitir un mensaje telegráfico: «Me han ingresado en el hospital / herido / y me estoy recuperando.» Luego llegó una carta suya, una breve nota donde decía que estaba bien —sólo un rasguño en el hombro, nada de que preocuparse—, pero... ¿podría mandarle cigarrillos?

Y ¿sabes qué es lo más extraño, Davey? Que no estoy realmente preocupada, al menos por Iain. Me siento un poco vacía. Me siento sola, pero ése no es un sentimiento insólito en estos tiempos. Me siento algo melancólica, aunque no sé bien por qué. Pero no me siento triste, ni furiosa, asustada o inquieta. Al menos, ahora mismo.

Rezo para que Estados Unidos no se involucre en la guerra. Quédate donde estás, Davey. No te dejes arrastrar por las pullas de un matón. No quiero un motivo para empezar a preocuparme.

Rezando,

ELSPETH

Chicago, Illinois, EE. UU.
15 de junio de 1915

Querida Sue:

¿Por qué será que nunca encuentro las palabras cuando tú más las necesitas? Si pudiera plasmar tan fácilmente mis pensamientos sobre ti en este momento, recibirías por carta el más estrecho de los abrazos. ¿Cómo está Finlay?

El caos en Europa parece reflejar el caos en mi propia vida. Por lo pronto, el

marido de Evie está enfermo. No parecía nada serio en principio, pero ha necesitado mucho tiempo para recuperarse. Florence está viviendo ahora en casa de mis padres. Ya te imaginarás lo aprensiva que se pone Evie respecto de la salud de la niña. En cuanto Hank empezó a tener unas décimas de fiebre, mandó a Florence para aquí.

He postergado la boda. Lara está furiosa. Le dije que no era apropiado seguir adelante con las celebraciones mientras Hank estuviera tan enfermo. Pero me temo que ella no se creyó que ésa fuese la única razón. A decir verdad, yo tampoco. Tal vez tengas razón. Tal vez no sea éste mi ferry. Aunque no puedo esperar que ella se lo tome bien.

¿No dicen que las malas noticias vienen de tres en tres? Si la enfermedad de Hank es la primera y mi boda anulada, la segunda, entonces la tercera tiene que ser que me han solicitado que no vuelva a ocupar mi puesto de profesor el próximo año. Me lo comunicaron con mucha cortesía pero, en definitiva, me despidieron. Al parecer, a los padres no les parecía bien que llevara periódicos a las clases y les hablara a mis alumnos del *Lusitania* y de otras atrocidades. Mamá y papá no querían que sus preciosos retoños descubrieran lo horrible que es el mundo en realidad. Así que aquí me tienes, tratando de educar y acabando en la calle por hacerlo demasiado bien. «Aténgase a la tabla periódica», me dijeron.

Y tampoco ha habido suerte con «El baile de hadas del crepúsculo». La revista me lo devolvió con una nota impersonal diciendo que la historia no respondía a lo que buscaban y que lamentaban «declinar mi propuesta». Un rechazo es un rechazo. Ya lo ves, estoy fracasando en todos los ámbitos.

En fin, supongo que nada se ha conseguido nunca sin un poco de perseverancia. Volveré a programar la boda, me pondré otra vez a mirar las ofertas de trabajo, enviaré mi cuento a otra revista. No me llamarían «Mort» si me arrugara a la primera dificultad. Me caí de la tubería y me rompí una pierna pero, ¿sabes?, a los pocos meses de aquel pequeño incidente volví a trepar por la misma tubería.

Una de las cosas buenas que puedo decir en mi favor es que por fin he dejado la casa de mis padres. Harry alquiló un apartamento al volver a Estados Unidos y me he ido a vivir con él. Es como estar otra vez juntos en Inglaterra.

La otra cosa buena que hay en mi vida eres tú.

Espero que la situación haya mejorado, querida Sue.

Pensando en ti,

DAVID

Isla de Skye
2 de julio de 1915

Querido David:

Finlay ha perdido la pierna. Sólo por debajo de la rodilla, pero ya es más de lo que cualquiera desearía. No tuvo valor para decírselo a *màthair* en su carta. A ella no le importa, claro; da gracias a Dios de que esté vivo. Como todos nosotros. Ahora lo han trasladado a un hospital de Edimburgo para recobrase y someterse a terapia; volverá a Skye en cuanto pueda llevar una prótesis. Ya no podremos salir de excursión como solíamos, pero al menos tendré otra vez a mi hermano a mi lado.

Me fui inquietando a medida que leía tu carta, pues parecías muy serio. Te han pasado muchas cosas; más que suficientes para que incluso la persona más animosa se viniera abajo. Me produjo un gran alivio oírte decir que seguías siendo el mismo «Mort» de siempre, el muchacho capaz de trepar por una tubería con un saco lleno de ardillas y un corazón pletórico de regocijo. Creo que si mi Davey no se mostrara alegre y risueño en las fauces del peligro, ya no quedaría nada en pie en este mundo. ¿Cómo crees que he sido capaz de conservar el ánimo durante todo este tiempo? ¿Cómo crees que me he mantenido a flote en medio de este mar caótico?

La sesión de fotos fue muy bien. Antes de que *màthair* volviera de Londres, le envié un giro postal y le rogué que me comprara un vestido, algo bonito y moderno. Debí de enviarle demasiado, pues ella me trajo una blusa y un cómodo traje marrón de lana, un conjunto muy práctico gris (como los cielos de Escocia en invierno) y un vestido largo totalmente frívolo de color rosa. El vestido es ondeante y ligero; parece tremendamente descocado en comparación con las recias prendas que usaba últimamente, pero produce la impresión de que llevo un arco iris encima y me rejuvenece varios años, como si nunca hubiera tenido nada de que preocuparme.

El fotógrafo me convenció para me pusiera el vestido rosa, diciendo que me daba más aspecto de poeta: un aspecto más «etéreo» fue la palabra que empleó. Naturalmente, quiso sacar la fotografía fuera, con el telón de fondo sobre el cual escribo, así que me hizo posar junto al jardín, en la playa, y sí, Davey, incluso con las ovejas. Me sentí bastante idiota, porque, vamos a ver, ¿qué chica de las Highlands se pone un vestido vaporoso como una pluma para llevar a las ovejas a pastar o caminar por la montaña? Sin embargo, no debería quejarme porque las fotos salieron bastante bien. Ni siquiera se ve que llevo mis viejas botas negras debajo. Mi madre cultiva un pequeño jardín de flores, y creo que las fotografías sacadas allí fueron las que mejor quedaron. Me resultó curioso ver mi propia cara en una foto. Nunca me había visto de una manera tan distanciada. El fotógrafo me envió varias copias, así que ahí tienes. Ahora ya puedes ver qué aspecto tengo realmente. Espero que no te lleses una decepción.

Anoche me senté fuera y contemplé cómo se elevaba la luna, con el lápiz y el cuaderno en el regazo. El jardín olía a dedalera y madreselva, con el añadido, naturalmente, del intenso aroma del mar. Hacía un poco de fresco, el suficiente para que no me molestaran los mosquitos. *Màthair* me trajo un termo de té antes de acostarse. Me quedé allí toda la noche. Con té calentito y mi cuaderno..., ¿qué más podía pedir? La noche parecía tan cargada de sentido, tan conmovedora... Una de

esas noches escocesas que te permiten comprender por qué algunos todavía creen en espíritus y criaturas mágicas. Yo permanecía expectante, esperando algo que no sé si llegué a descubrir. Por la mañana, cuando salió a ordeñar las vacas, mi padre me encontró profundamente dormida en el banco que hay junto a la casa, «toda cubierta de rocío, igual que una hada», dijo. ¡Ahora ya sabes de dónde saco mi poesía!

¿Sabes?, estoy contenta ahora mismo, pero con un contento tan frágil como un huevo. Yo lo protejo, procuro preservarlo de los estampidos que resuenan al otro lado del canal. Tengo mucho miedo de que vaya a estallar algo con tal fuerza que el estruendo llegue con toda claridad a mi isleta.

E.

Chicago, Illinois, EE. UU.
21 de julio de 1915

Querida Sue:

Tengo tu fotografía sobre mi escritorio mientras escribo esto, y trato de imaginarte leyéndolo cuando la carta te haya llegado. Tu descripción no te hacía justicia. No creo que necesite decirte lo preciosa que me pareces.

Pero ahora, después de haber visto tu retrato, entiendo por qué tu padre pensó que parecías una hada dormida en el jardín. Si no estuviera seguro de que eres más grande que mi pulgar, habría creído que tu vestido estaba hecho de hilo de telaraña y pétalos de rosa. Ahí, entre las flores, tienes un aire mágico. Y tu expresión es tan melancólica... ¿En qué estabas pensando justo en ese momento, cuando te sacaron la foto?

No sabía que el relato de mis travesuras y mis necias hazañas fuera tan importante para ti, hasta el punto de mantenerte «a flote en medio de este mar caótico». Nunca creí que pudiera conseguir más que una risa cordial o una salva de aplausos por mis números acrobáticos. Siento que habré de estar a gran altura a partir de ahora pero, como siempre, estoy dispuesto a aceptar el desafío. Si pudieras creer...

Después de escribir las líneas precedentes ha sucedido algo. Harry ha dejado que Lara entrara en mi habitación para darme una sorpresa y ella ha visto la carta sobre mi escritorio. La ha cogido y la ha leído antes de que yo pudiera reaccionar. Lara ha anulado el compromiso definitivamente; de hecho, ha arrojado el anillo de pedida a mi papelería. Dice que intuye que estoy enamorado de ti y que no puede competir con alguien que ya había vencido desde el principio.

¿Sabes?, para ser una chica que no terminó los estudios, es bastante lista.

DAVID

Isla de Skye
4 de agosto de 1915

Davey, ¡oh, Davey! No deberías haber escrito lo que escribiste. Si no lo hubieras hecho, no me vería ahora en este dilema. Podría seguir como hasta ahora, con mis secretos a cuestas. Contemplando la perspectiva de convertirme en viuda, mirando los periódicos para revisar la última lista de bajas. Tú seguirías siendo mi alegre corresponsal, un admirador de mi poesía, un amigo interesante. Pero ahora lo has estropeado con tu última carta. Ya no puedes ser simplemente mi «amigo interesante».

¿Qué *debería* decir? Debería decir que ha sido terriblemente presuntuoso de tu parte escribirle a una mujer casada y afirmar que estás enamorado de ella. Pero ¿qué *desearía* decir? Desearía decir que no creo que lo hubieras escrito si en cierto modo no estuvieras seguro de lo que yo siento.

¿En qué estaba pensando cuando me tomaron la fotografía? Creía que ya lo sabías, Davey. Estaba pensando en ti.

SUE

Chicago, Illinois, EE. UU.
20 de agosto de 1915

Mi querida Sue:

¿Te imaginas lo nervioso que he estado mientras aguardaba tu respuesta? Si fuera aficionado a apostar, me habría jugado una gran suma a que no ibas a responder siquiera. Pero esa pequeña parte de mí que atisbaba señales y presagios en cada carta que enviabas, la parte de mí que no sólo leía entre líneas, sino también por encima y por debajo de ellas, esa parte habría apostado a que contestarías y sabrías muy bien de qué te estaba hablando. Me alegro de que esa parte haya ganado la apuesta, pues el premio es muchísimo mayor.

¿Y ahora, qué? Si vivieras al final de la calle, en Chicago, te propondría que saliéramos a cenar. O tal vez no. ¿Qué se hace con una mujer casada, aparte de dejarla en paz?

¿Lo ves?, voy a acabar enredando todo esto, sea lo que sea. Ya has visto cómo he fracasado en todas las cosas que me he propuesto últimamente. Un tipo que no tiene nada a su favor, salvo agallas. ¿Por qué habrías de querer a alguien como yo?

Intrigado,

DAVID

Isla de Skye
6 de septiembre de 1915

Davey, Davey, Davey:

Tú no eres del género aprensivo. ¿Por qué te preocupas tanto? Durante tres años hemos dejado que las cosas fluyeran libremente y el amor ha acabado surgiendo. ¿Hemos de planear lo que hay que hacer ahora? ¿Necesitamos saberlo siquiera?

Espero que seas consciente de que nunca te he considerado «un tipo que no tiene nada a su favor, salvo agallas». Si supieras cómo me mantienes en pie, cómo me ayudas a levantarme cada día, simplemente porque sé que piensas en mí. Me impulsaste a escribir de nuevo cuando ya creía que las musas me habían abandonado. Me recordaste que no soy solamente una reclusa solitaria. Ahora tengo algo más: te tengo a ti.

¿De veras crees que has de demostrarme tu valía? ¿Que tienes que hacer algo más que seguir estando ahí? Es lo único que pido. Que sigas ahí.

Pensando en ti,

SUE

Chicago, Illinois, EE. UU.
28 de septiembre de 1915

Sue:

Han pasado muchas cosas aquí. Ni te lo imaginarías: ¡me voy al frente! Harry vio un anuncio del American Field Service donde buscaban voluntarios para conducir ambulancias al servicio del ejército francés. Wilson va a quedarse de brazos cruzados sin dejarnos entrar en la guerra a los americanos, así que tendremos que espabilarnos por nuestra propia cuenta.

¡Imagínatelo! Conducir un vehículo a toda velocidad mientras las bombas silban sobre tu cabeza, y que las vidas de muchos hombres dependan de que yo conduzca tan temeraria e intrépidamente como pueda. ¿Se te ocurre algo más perfecto para mí? No pude arreglármelas como profesor, pero esto..., esto sí puedo hacerlo.

No recibimos ninguna paga, pero tengo un pequeño fondo fiduciario que constituyó mi abuelo. Harry me ha dicho que juntaremos nuestros recursos una vez

en Francia y, si hemos de comer alubias de lata o pan negro o lo que sea a diario, que así sea. ¡De mi padre no saldrá ni un centavo!

Harry y yo fuimos a cenar allí anoche para darles la noticia. Mi madre abandonó bruscamente la mesa, secándose los ojos; mi padre preguntó: «¿Por qué demonios vais a ir a Francia?» Harry se arrellanó en su silla y le dijo: «Que me aspen si lo sé, pero va a ser una aventura fantástica», y le hizo un brindis con su copa de Madeira. Mi padre se puso como la grana. Creí que iba a darle una apoplejía.

Ahora hemos de hacer varias cosas. Tenemos que recibir la inoculación tifoidea, lo que lleva un par de semanas, y debemos esperar a que la oficina central del American Field Service envíe una carta oficial al Departamento de Estado. Necesitaremos cartas de crédito de nuestros bancos. Hemos de comprarnos accesorios (botas, suéteres, guantes para conducir), pero los uniformes nos los darán en París. ¡Y fotografías! Necesito una docena de copias de mi foto de pasaporte para los permisos y las tarjetas de identificación. Tenemos mucho que hacer y queremos terminarlo todo cuanto antes.

Oficialmente, nos hemos alistado por un período de seis meses de servicio y, después, podemos reengancharnos por períodos de tres meses cada vez. Tanto Harry como yo les dijimos que cuenten con nosotros por lo menos durante un año. No somos de los que hacen las cosas a medias.

Por fin tengo la sensación de haberle encontrado un propósito a mi vida, Sue, ¡y me muero de ganas de llegar allí!

Eufórico,

DAVEY

Isla de Skye

15 de octubre de 1915

¡Estúpido, insensato muchacho! ¿Acaso esperabas que me llenara de felicidad ese plan tuyo? Con un marido en el frente y un hermano tullido a causa de esta maldita guerra, ¿qué demonios creías que iba a decirte?

Ni siquiera comprendo por qué vas a hacerlo. ¿Qué le debes tú a Francia? ¿O a cualquier otro país, ya puestos? ¿Por qué te crees en el deber de involucrarte en la locura desatada en este lado del océano? ¿Qué te hace creer que esta guerra tiene algo que ver contigo?

¿Te has parado por un momento a pensar en mí en todo este proceso? ¿En que te ofrecí mi corazón, hace muy poco, indecisa, tímidamente, sin fiarme de mis propios sentimientos pero confiando implícitamente en ti? Y tú ahora lo has pisoteado todo con tus prisas por salir corriendo.

Lo único que yo quería era que siguieras ahí. ¿Por qué te vas?

Chicago, Illinois, EE. UU.

31 de octubre de 1915

Querida Sue:

Ya sé que estás enfadada; por favor, no lo estés. Dejando aparte la palabrería sobre el «deber» y el «patriotismo», ¿cómo podías esperar que desperdiciara una oportunidad como ésta: nada menos que la aventura suprema?

Mi madre lleva días deslizándose por la casa como una alma en pena, con los ojos enrojecidos y la nariz goteante. Mi padre sigue sin hablarme. Y, sin embargo, yo tengo la sensación de estar haciendo algo bien. La pifié en la universidad. La pifié en el trabajo. Demonios, incluso la pifié con Lara. Ya empezaba a creer que no había lugar en el mundo para un tipo entre cuyos mayores logros figuraba un saco lleno de ardillas. Nadie parecía interesado hasta ahora en mis bravatas y mi carácter impulsivo. Tú sabes que esto es lo más indicado para mí, Sue. Tú más que nadie, pues siempre parece saberlo todo sobre mí, incluso antes de que yo lo sepa. Tú sabes que está bien.

Salgo mañana para Nueva York y he de confiarle esta carta a mi madre para que se ocupe de despacharla. Cuando la leas, estaré en un barco en algún punto del Atlántico. Aunque tenemos un descuento en la tarifa si navegamos con la Línea Francesa, Harry y yo nos dirigimos primero a Inglaterra. Él tiene allí a Minna esperándolo. Y yo... te tengo a ti. Como los caballeros antiguos, ninguno de los dos puede marchar al frente sin una prenda de nuestro amor en la manga.

Desembarcaré en Southampton a mediados de noviembre y me dirigiré a Londres. Sue, dime que esta vez te reunirás conmigo. Ya sé que para mí es fácil pedirlo, mucho más fácil de lo que es para ti salir de tu retiro en Skye. No dejes que me vaya al frente sin haberte tocado por primera vez, sin haber oído tu voz pronunciando mi nombre. No dejes que me vaya al frente sin un recuerdo tuyo en el corazón.

Tuyo..., siempre y eternamente,

DAVEY

OFICINA DE TELÉGRAFOS
S 8.25 SOUTHAMPTON
15 DE NOVIEMBRE DE 1915

E. DUNN ISLA DE SKYE
CAMINO DE LONDRES ESTARÉ OTRA VEZ EN EL LANGHAM
MANDARÉ CABLE AL LLEGAR
D.

OFICINA DE TELÉGRAFOS
S 15.07 PORTREE
15 DE NOVIEMBRE DE 1915

D. GRAHAM HOTEL LANGHAM
JUEVES SEIS Y MEDIA ESTACIÓN KINGS CROSS EXPRESO ESPECIAL
ESCOCIA
ESPÉrame MI AMOR
SUE

10

Margaret

Edimburgo
Miércoles, 7 de agosto de 1940

Querido tío Finlay:

Mi madre es una persona muy reservada. No sé cómo sería antes, pero la que yo conozco se lo guarda todo dentro herméticamente. Nunca habla del pasado, salvo de su infancia. Del resto, ni una palabra. Nada sobre amistades, nada sobre anhelos, nada sobre amores o pérdidas. Ella se limita a deslizarse por el presente.

Tiene sus propias rutinas, las cosas que hace todos los días. Por las mañanas sale a caminar. Junto al Water of Leith. Por el parque Holyrood. A lo largo de las playas y los muelles (antes de que los fortificaran). Hasta los mismos confines de la ciudad y vuelta. Haga el tiempo que haga, en cualquier estación, sale a caminar. Al volver, se trae una ramita de tojo para perfumar la almohada; o el primer copo de nieve invernal, para recordar la promesa de la primavera.

Después del paseo, va a la catedral de Saint Mary y se sienta. No a oír misa; ella entra cuando el templo está vacío y totalmente en silencio. Todos los curas la conocen. Es la mujer que va sólo a sentarse y a disfrutar de la paz de la catedral.

Pero esta guerra la ha perturbado hasta extremos que yo nunca había visto. Antes de desaparecer, mi madre había empezado a llevar su Biblia marrón en el bolso. Ya no paseaba hasta tan lejos ni tanto tiempo. Comenzaba a desmoronarse.

Sé que la guerra es aterradora, en especial cuando ya has pasado por una, pero... ¿mi madre? ¿Por qué precisamente ahora?

MARGARET DUNN

Glasgow
8 de agosto

Margaret:

Tal vez la pregunta correcta sea: «Y ¿por qué no todos los demás?» ¿Por qué no todos aquellos que pasan de los veinticinco se quedan helados ante la simple mención de la guerra?

Elsbeth nunca fue de los que viven en el pasado. Incluso de muchacha, ella

siempre mantenía la cabeza vuelta hacia el sol. Pero nunca supo dominar sus sentimientos. Nuestro hermano Alasdair decía que ansiaba demasiado que todos la quisieran. Y en aquel entonces, así era: todos la queríamos.

Ése era su problema. Elspeth ansiaba demasiado. Cuando la guerra empezó a amenazar a los que la rodeaban, trató de aferrarse a lo que tenía a mano, intentó atrapar aunque fuera una migaja de felicidad. Como si la vida funcionara así. Se expuso a acabar destrozada, y eso fue lo que ocurrió. Ninguno de nosotros pudo impedir que tomara las decisiones que tomó. No me sorprende que esta guerra le traiga recuerdos de la otra guerra. De cuando rompió nuestra familia en pedazos.

FINLAY MACDONALD

Edimburgo
Viernes, 9 de agosto de 1940

Querido tío Finlay:

¿Es eso? ¿Ésa es la razón de que mi madre nunca me haya hablado de su vida en Skye, dejando aparte su juventud? ¿Por eso nunca me ha dicho que tengo un tío que vive en Glasgow, a sólo un corto trayecto en tren? ¿Qué fue lo que hizo madre, tan asidua de la catedral, tan amante de la naturaleza, para romper una familia en pedazos?

¿Fue por culpa de Sue?

MARGARET

Glasgow
10 de agosto

Margaret:

Esas preguntas deberías hacérselas a ella. Yo no puedo ayudarte. No conozco a ninguna Sue.

FINLAY MACDONALD

Edimburgo
Lunes, 12 de agosto de 1940

Querido tío Finlay:

No puedo preguntarle a ella. Se ha ido. Se marchó.

El mes pasado cayó una bomba en nuestra calle. No sufrimos grandes daños, sólo algunas ventanas rotas y poco más, pero, en medio del desbarajuste, aparecieron unas cartas que yo nunca había visto. Montones de cartas. La que yo recogí iba dirigida a una tal «Sue», y procedía de un americano llamado Davey. No sé quiénes son ni tampoco cuál era el contenido de las demás porque, a la mañana siguiente, mi madre y las cartas habían desaparecido.

Así que no puedo preguntarle a ella. Ni siquiera consigo encontrarla. Si no estuviera completamente desesperada, ¿andaría recurriendo a tíos misteriosos?

MARGARET

Glasgow
13 de agosto

¿El americano? ¿De eso estamos hablando? Después de todos estos años, ¿todavía el americano?

Yo no pude impedir entonces que ella tomara el rumbo que tomó, y menos puedo ahora. Por favor, no vuelvas a escribirme.

FINLAY MACDONALD

Edimburgo
Miércoles, 14 de agosto de 1940

Querido Paul:

Estaba funcionando. Tío Finlay había empezado a contarme cosas de mi madre con cuentagotas. Dijo algo así como que «rompió nuestra familia en pedazos». Y entonces yo le hablé de la carta y del americano y él dejó de escribirme. ¡No sé qué habré dicho! ¿Cómo encaja ese americano en la historia de mi madre? ¿Qué fue lo que sucedió hace ya tantos años?

MARGARET

Londres
10 de agosto de 1940

Mi querida Margaret:

Debo de haber intentado escribirte docenas de veces para explicarte adónde me fui. Pero después revisé las cartas que me había llevado y me pregunté si todavía estarías en Edimburgo. Quizá ya hayas salido en busca de respuestas.

Me falta una de mis cartas: la que recogiste del suelo aquella tarde. Sé muy bien cuál es. Una carta donde un joven maravilloso y estúpido se marcha a la guerra para demostrarse que es un hombre. Donde le suplica a la mujer que ama que emprenda un viaje a lo Desconocido, llámese Londres o sus brazos: ambas cosas igual de intimidantes. Donde la apremia a confiar en él. Parece absurdo que a ese joven no lo intimidara nada en el mundo y que a ella, en cambio, a la mujer que recibía sus cartas, la aterrorizara acercarse siquiera al borde del agua. Que la aterrorizara reunirse con quien empuñaba esa pluma. Que la aterrorizara volver a abrir su corazón.

Así que cuando la guerra desgarró las paredes, haciendo que todos los recuerdos salieran a borbotones, ¿adónde podía ir, sino a Londres? Tenía que comprobar si los fantasmas todavía flotaban aquí tal como siempre han flotado en Edimburgo.

Una vez, hace ya mucho, me enamoré. Fue un amor inesperado, embriagador. No quería dejarlo escapar. Él se llamaba David y su alma florecía llena de belleza. A mí me apodaba «Sue» y me escribía cartas en las cuales la emoción parecía prendida de la página con cada trazo de su pluma. Cuando me escribía, yo no me sentía tan sola en mi pequeña isla.

Pero la guerra arreciaba entonces, y no era el momento ni el lugar para un nuevo amor. En una guerra las emociones pueden confundirse, la gente puede desaparecer, los sentimientos pueden cambiar. Tal vez me equivoqué al enamorarme tan de repente. Lo que ocurrió hace tantos años, lo que ocurrió con David, me costó perder a mi hermano. Me costó muy caro.

Si todavía pudiera rectificar, ¿lo haría? ¿Tomaría otras decisiones para mantener unida a mi familia? ¿Seguiría un camino distinto para no pasarme sola el resto de mi vida?

He estado formulándome estas preguntas durante los últimos veinte años. Pero en el tren a Londres, rodeada de las cartas de Davey, comprendí que no, que no habría cambiado absolutamente nada. Desde luego, desearía que Finlay no se hubiera ido. Pero aquellos pocos años relucientes de dicha, pese a la ofuscada soledad que vino después, no los cambiaría por nada del mundo. Las decisiones que tomé entonces te trajeron a mí. Y ya sólo eso hace que todo lo anterior mereciera la pena.

Espero que me perdones por no contártelo todo, pero el pasado, pasado está. Yo amo el presente, contigo. No he querido que nada lo enturbiara.

Feliz cumpleaños, querida Margaret. Cuando encuentre las respuestas que busco, volveré a casa contigo.

Con todo mi amor,

TU MADRE

11

Elspeth

The Langham, Londres
27 de noviembre de 1915

Davey:

Acabas de marcharte, seguramente aún estás acomodándote en tu asiento, escuchando el traqueteo del tren que se aleja de Londres. Siento no haber ido a despedirte, de veras. No me fiaba de mí. Estaba segura de que, si te hubiera acompañado a la estación, me habría aferrado a tu brazo y no te habría soltado. Ahora, sin embargo, me arrepiento de no haber ido, de haberme perdido una oportunidad más de ver tu querido rostro.

Una vez enjugadas las lágrimas, debo reconocer que estaba muy enfadada contigo. Supongo que creía que podría convencerte de algún modo de que te quedaras; que si te lo daba todo no serías capaz de marcharte. Claro que tampoco te habría dado menos de mí misma, de lo contrario. ¿Cómo podría haberlo hecho? Todo en estos últimos nueve días ha sido perfecto.

En el tren que me trajo a Londres, sin embargo, estaba aterrorizada, mucho más aterrorizada de lo que me había sentido ante la idea de subirme a ese ferry, cosa que tuve que hacer con los ojos cerrados y conteniendo el aliento. A cada cabezada que daba el barco, habría deseado estar tranquilamente en casa, donde la tierra no se movía bajo mis pies. Pero el tren fue todavía peor. No sólo me alejaba de mi casa hacia lo desconocido, sino que me llevaba hacia ti.

Sé que estás enamorado de mí. Eso nunca lo dudé, querido. Tenía pruebas sobradas: tres años de palabras escogidas con toda deliberación, de giros perfectamente medidos, el «Sue» del sobre escrito siempre con sumo cuidado. Sé que no tenía motivos para inquietarme por nuestro encuentro. Y, sin embargo, me inquietaba. Todo aquello tú lo hacías por una Elspeth de tinta y papel, una mujer ingeniosa y mundana que mandaba cartas a la ligera a los desconocidos, que hablaba de libros y escribía poesías con cualquier pretexto.

Pero esos poemas los escribía a la luz vacilante de una vela, mientras los pájaros dormían posados en el techo de paja. Me secaba los ojos escocidos para leer tus cartas, acurrucada junto al humeante fuego de turba. No hay ninguno de mis vecinos que no me vea como el Bicho Raro de Elspeth, la que siempre va al pueblo con un libro, y no con un huso, en la mano. A medida que el tren se acercaba resoplando a Londres, no dejaba de preguntarme si tú no pensarías lo mismo.

Pero cuando me bajé en la estación de King's Cross y divisé tus ojos entre la multitud, todos mis temores se derritieron. Tú viste más allá de mi elegante vestido rosa, del pelo que había estado una hora alisándome, de mis pretensiones de parecer la clase de mujer que atraviesa el país para reunirse con americanos fascinantes. Tú viste a la Elspeth real. Me viste a mí.

¿De verdad creías que no iba a reconocerte sin ese absurdo clavel rojo en la solapa? ¿Creías que no te identificaría con la imagen romántica que me había hecho de ti? Había sacado y contemplado tu fotografía tantas veces que diría que la tenía grabada a fuego en el interior de mis párpados. Ahora sé que mis sueños están hechos de algo más que de imaginaciones.

Pero verte en carne y hueso, en color, era más de lo que jamás podría haber esperado. ¿Sabías que tus ojos son exactamente del mismo tono que las montañas de Escocia en invierno? Y eres mucho más alto de lo que había supuesto por tus fotos. Has perdido aquel bigote que tanto te había costado dejarte y llevas el pelo más corto que antes, pero aun así es una tentación recorrer esos rizos rubios con los dedos.

Parecías tan tímido cuando nos encontramos en la estación, casi como si no me conocieras. Y no podía creer que mi Davey, el muchacho capaz de charlar durante páginas y páginas sobre libros y guerras de árboles y cuentos de hadas para su sobrina, ¡no lograra articular más de diez palabras durante toda la cena! Supongo que yo cotorreé por los dos. Estaba nerviosa, sin embargo, mientras cenaba por primera vez en un restaurante. Tanta gente, tantos cubiertos... ¡y ni una torta de avena a la vista! Pero cuando volvimos caminando al Langham, cuando interrumpiste mis palabras con un beso que me dejó sin aliento, entonces reconocí al Davey que amo. Entonces vi al intrépido muchacho que me había robado el corazón.

¡Ah, el Langham! Me sentí como una princesa ya sólo al cruzar la puerta. Todo mármol y cristal y luces eléctricas, como un palacio. ¿No te esperabas que subiera contigo a tu habitación? Desde luego lo pareció, porque se te abrieron los ojos de par en par y te temblaron las manos cuando lo propuse. La llave de la habitación se te cayó cinco veces; las conté. Y al final no había ningún motivo para ponerse nervioso.

Ojalá hubiéramos podido quedarnos allí todo el tiempo. Nueve días perfectos. Despertarme y encontrar esa graciosa expresión sobresaltada en tus ojos todas las mañanas, al verme todavía allí. Quedarme dormida en tus brazos en medio de una conversación soñolienta en la oscuridad. Recogí cada una de tus palabras como si fueran cuentas de colores, para ensartarlas juntas en mis noches solitarias, cuando vuelva a Skye. El tuyo es el primer acento americano que he oído en mi vida. Me gusta sobre todo cómo suena al decir: «Te quiero.»

Ya sé que debías partir. Aun después de todo esto, aun después de *mí*, debías partir. Y me odio a mí misma por no poder soportarlo. Me odio por desperdiciar un solo segundo de nuestro precioso tiempo deseando que las cosas fueran distintas.

Naturalmente, no podía decirte todo esto en persona. No podía decir gran cosa, en realidad. El sonido mismo de nuestras voces resultaba tan... extraño. Tan banal. Te

confieso que me moría de ganas de retomar mi papel de carta y mi pluma para contarte cómo me sentía. Y para explicarte cómo se ha confabulado mi mente con mi corazón y todo mi cuerpo para echarte de menos de un modo increíble, más de lo que me esperaba.

Te quiero. Cuídate. Hazlo por mí.

SUE

The Langham, Londres
29 de noviembre de 1915

Mi querido muchacho:

Seguramente no has recibido todavía mi carta anterior, pero he pensado que nunca sería demasiado pronto para decirte otra vez cuánto te añoro. El hotel parece tan enorme y solitario sin ti (¿hay eco en la habitación o son imaginaciones mías?). El aroma a naranjas todavía persiste en el aire, y juro que todavía distingo la forma de tu cuerpo en el colchón. Por precioso que sea el Langham, no me apenará mucho marcharme. Ya no es tan precioso si tú no estás aquí.

Hoy he salido de compras. Davey, ¿por qué no me hablaste de todos esos libros? Mientras paseaba, he doblado una esquina y me he encontrado con una calle plagada de librerías. Te reirás de mí, pero ni siquiera dando rienda suelta a toda mi fantasía habría concebido jamás la imagen de una tienda entera llena *nada más que de libros*. Me temo que debía de tener todo el aspecto de una «pueblerina» allí, en el umbral del primer establecimiento, mirando en derredor con unos ojos como platos las hileras e hileras de anaqueles. Era Foyles, así que, claro, ha transcurrido bastante tiempo antes de que saliera, parpadeante, a la luz del sol. Te juro que me he perdido una docena de veces allí dentro. El resto del día lo he pasado recorriendo Charing Cross Road de punta a punta, zambulléndome en cada librería, y no salía de ninguna sin comprar al menos un libro. Me he habituado a decir con aire displicente: «Envíelo al Langham», y luego, al caer la tarde, me he quedado patidifusa al ver los montones de paquetes que me esperaban en el hotel.

Me he devanado los sesos para decidir qué te compraba a ti, Davey, porque ya sé que dispones de un espacio limitado en tu petate. Todo lo que uno necesita de verdad para arrostrar los azares de la vida está en la Biblia y en W. S. (los dos). He supuesto que ya tenías una Biblia, así que te envío *La dama del lago* de Scott y la edición más compacta que he encontrado de las obras de Shakespeare. Y un rinconcito que quedaba en el paquete lo he llenado con un Dryden. Al fin y al cabo, «las palabras no son sino imágenes de nuestros pensamientos».

Pero lo más gracioso de todo es que en una librería he sido recibida en la entrada por un expositor de mis propios libros. Debía de tener una expresión divertida

mientras cogía un ejemplar de *Adiós a Peinchorran* porque una dependienta se ha apresurado a acercarse. «Versitos más bien cursis —me ha dicho, muy seria—. La autora vive allá en las Highlands de Escocia. Te transmite la sensación encantadora de sus supersticiones y su estilo de vida casi primitivo.» Yo he asentido con aire sabihondo; luego he llevado el libro al mostrador y firmado en la guarda con un «Elspeth Dunn» bien legible. Le he devuelto el libro a la atónita dependienta y he dicho con lo que espero fuese un tono ligero: «Somos salvajes de verdad, pero no siempre nos comemos a nuestras propias crías.»

He abierto los grifos para darme otro baño de lujo, es decir, sin tener que acarrear y calentar el agua yo misma. Ya solamente sumergirse en el agua humeante con aceite de rosas es como estar en el cielo. Mañana por la mañana tengo una cita con mi editor, Cecil Court (¡que me ha prometido llevarme todavía a más librerías!), y después me dirigiré otra vez a la estación para tomar mi tren hacia el norte. Te volveré a escribir en cuanto llegue, pero cruzo los dedos, también los de los pies y quizá incluso los ojos (cuando nadie mira), para que encuentre allí esperándome una carta tuya.

Con cada milímetro de mi ser,

SUE

París, Francia
5 de diciembre de 1915

Mi Sue:

¡Qué grata sorpresa llegar y encontrarme no una, sino dos cartas tuyas aguardándome!

He estado muy atareado, corriendo de una punta a otra de París, como quien dice, resolviendo el papeleo imprescindible, comprándome el uniforme y los últimos accesorios, pasando el examen de conducir. ¿Te conté que durante la travesía por el Atlántico sentí el impulso infantil de ir primero a París y luego a Londres para poder recibirte todo equipado con mi uniforme? Creo que quedo bastante elegante. ¡Muy bien vestido, aunque no tenga dónde lucirlo!

Hasta que salgamos para el frente, hemos estado tratando de disfrutar del poco tiempo libre que nos queda antes de que nos pongan de verdad a trabajar. Nuestros uniformes nos proporcionan toda clase de privilegios: entradas de teatro a mitad de precio, bebida rebajada. Ha sido divertido, pero aun así esto no se parece al «alegre París» que recordaba. Muchos locales y teatros de variedades están cerrados o funcionan con horario restringido. Los cafés cierran más temprano, las luces en las calles se atenúan por la noche. Incluso a tanta distancia de las trincheras, se nota que es una ciudad en guerra.

Los libros se agradecen muchísimo, como sin duda sabías en el momento de comprarlos. Estás decidida a convertirme en un lector de poesía, ¿verdad? ¿No te he dicho que el único poeta que existe para mí es Elspeth Dunn? En mi bolsa de lona sólo me queda sitio para el Shakespeare, pero Harry se va a leer el Dryden y el W. S. y luego los intercambiaremos.

Mi Biblia es la que tengo desde la primera comunión: un pequeño y delgado volumen encuadernado en cuero flexible de color marrón, con unas páginas finas como alas de libélula. Es del tamaño perfecto para mi equipaje. En el frontispicio figura mi nombre con una letra redonda e infantil, y tengo un mechón de Evie metido entre las páginas del Libro de Ruth, así que inevitablemente me trae recuerdos de casa.

También me traje mi sobado ejemplar de *Huckleberry Finn*. Más para reconfortarme que para leerlo, pues probablemente sería capaz de recitar el libro entero al pie de la letra. Pero este ejemplar hecho polvo ha sido siempre lo primero que he metido en la maleta cuando he salido a enfrentarme con algo inquietante o turbador: las visitas al hospital (más de una, como bien sabes), la primera travesía por el océano, la estancia en la universidad, la mudanza al apartamento. Saco ese libro, me pongo a leer y siento en el acto que estoy otra vez acurrucado en el sillón verde de la biblioteca de mis padres. Parece de lo más lógico que me lo haya traído aquí.

Tal vez sea una idea supersticiosa, pero también considero este libro una especie de amuleto de la suerte. Lo compró mi madre para leérmelo en voz alta a Evie y a mí cuando teníamos el sarampión. Terminamos de leer el libro y, al día siguiente, la fiebre de Evie remitió. Así que siempre he asociado ese suspiro de alivio general con *Huckleberry Finn*.

Te preguntarás con razón: ¿por qué el invencible Mort necesita un amuleto? Verás, Sue, tengo miedo. Por primera vez en mi vida, realmente tengo miedo de algo tangible. Me sentía muy bien durante la travesía, incluso contemplaba con impaciencia lo que me esperaba en Francia. Lo que no tuve en cuenta fue lo que iba a encontrarme en Londres. Allí encontré algo por lo que vale la pena regresar. Te encontré a ti, Sue.

Ya ves, el chico que no se arredraba ante ninguna osadía, puesto de rodillas por una mujer a la que acaba de conocer. ¡Ah, pero qué mujer! Nada más bajarte del tren, un rayo de sol atravesó el vidrio del techo y te iluminó con un halo resplandeciente. Hasta un ateo habría visto en ello el dedo de Dios.

Incluso después de adentrarte en la penumbra, seguiste radiante durante el resto del día. Abriste la boca y yo oí un coro de serafines. Apoyaste la mano en mi brazo cuando salíamos, pero lo que yo sentí fue un roce de alas. Un poquito florido, lo reconozco, pero ésa era mi disposición de ánimo. Te puse los ojos encima, nimbada como estabas por ese rayo de sol, y me sentí súbitamente aterrorizado. Me daba terror que desaparecieras entre una nube de burbujas, que me arrollara un autobús un segundo después, que el mundo llegara a su fin antes de que nuestro mundo hubiera

comenzado siquiera.

Sólo más tarde, en el taxi, cuando tú prácticamente te caíste sobre mi regazo mientras doblábamos una esquina, cobré verdadera conciencia de que eras de carne y hueso. Mi piel conservó la memoria de cada punto que tú habías tocado, y esa sensación no se atenuó durante el resto de la tarde. No sé si ese pequeño incidente te produjo a ti una impresión tan intensa. A mí me recordó vivamente con quién estaba: no con un ángel inalcanzable, sino con una mujer que ya conocía mejor que la palma de mi propia mano.

Seguía aterrorizado, de todos modos. No quería dar un paso equivocado. Esa primera velada fue perfecta. Cena, baile, paseo por Regent's Park. No quería arruinarlo todo proponiendo nada indecoroso. Lo deseaba —¡oh, Dios, vaya si lo deseaba!—, pero jamás habría reunido el valor necesario para pedírtelo.

Debo hacerte una pequeña confesión. O tal vez ya lo hayas adivinado tú sola. Ésa fue la primera vez que yo estaba con una mujer. Que estaba de ese modo, quiero decir. ¿Recuerdas cuando me echaste la sábana sobre los hombros? No temblaba de frío, no; estaba muerto de miedo. Desde luego, tenía una idea de lo que debía hacer —todos los chicos hablan de eso—, pero no un manual de instrucciones preciso. No quería hacer las cosas mal. Y entonces tú te reíste y me besaste otra vez, y yo entreví en esa risa que tú estabas igual de nerviosa. ¿Cómo iba a saber que en realidad no existía manual de instrucciones? ¿Cómo iba a saber que aquello podía ser... así?

Tienes razón, de todos modos: fue una lástima que tuviéramos que salir y no pudiéramos pasarnos todo el tiempo encerrados en la habitación durante esos nueve maravillosos días; pero supongo que no había más remedio. Yo no me habría perdido por nada del mundo la oportunidad de ser el padrino, y a Minna le encantó contar con otra mujer, aparte de su madre, como testigo. Harry tuvo que despegarse de ella casi a la fuerza en la estación. Minna se echó el pelo hacia atrás y le lanzó un beso provocativo cuando él ya subía al vagón. Yo me volví casualmente y advertí que toda la firmeza de la chica se desmoronaba. Por un instante me pareció una niña pequeña. Con todos sus coqueteos, a veces se me olvida lo joven que es.

Mientras esperábamos en la oficina del registro a que llegasen Minna y Harry, no pude por menos que pensar en nuestro futuro, Sue. Cuando haya servido un año y vuelva del frente, ¿qué haremos? ¿Qué opciones tenemos?

Harry está rezongando para que apague la luz y me acueste. Ahora me ha lanzado una bota, el muy cascarrabias. Nos quedan sólo unas horas para levantarnos, o sea que tal vez vaya a complacerlo. Siempre que deje de utilizarme como blanco.

¿Sabes?, escribirte todo esto ha contribuido en cierta medida a aplacar mis temores. Mientras siga contando con tus cartas, una cuerda salvavidas que recorre todo el camino hasta Escocia, me sentiré bien. Antes te he dicho que me traje el libro como si fuera un amuleto, pero tú, Sue, tú eres mi verdadero amuleto de la suerte.

Con todo mi amor,

DAVID

Edimburgo
12 de diciembre de 1915

Mi amor:

Tu carta llegó antes que yo a Edimburgo, y Chrissie me recibió muy desconcertada en la puerta de su piso. Me había tomado con mucha calma el trayecto de vuelta a Escocia, deteniéndome unos días en York y otros más haciendo la ruta de las abadías en los Borders. Por una vez que salía de mi isla, estaba decidida a ver todo lo que pudiera. Pensé que sería una buena sorpresa presentarme en la puerta de Chrissie. Si te digo que se quedó pasmada al verme, me quedo corta.

Resulta bastante abrumador pasar de vivir sola en una casita aislada a verme en un piso diminuto lleno de niños, dentro de un bloque donde siempre hay ruido y ajeteo. Al menos Chrissie me ha cedido una habitación para mí sola, una salita de estar donde duermo en el sofá. Me siento aturdida la mayor parte del tiempo y he sufrido un dolor de cabeza permanente a causa del alboroto, pero aun así ha sido una experiencia encantadora. ¡Los niños de Chrissie y Alasdair han crecido muchísimo! Deben de haber pasado seis o siete años desde que se mudaron de Skye, así que tampoco es de extrañar. No podía esperar que hubieran encogido. Mi sobrina, Emily, cumple ahora los once años y es toda una señorita. Los chicos, Allie y Robbie, tienen ocho y seis, y son bastante traviesos. La última vez que había visto a Robbie ni siquiera caminaba, y ahora ahí está, correteando, contando chistes y haciendo sumas de memoria. Se los ve a todos tan llenos de vida que casi parece escandaloso en estos tiempos de guerra.

Por cierto, Davey, dime si necesitas alguna cosa. Los precios podrán ser astronómicos aquí en Edimburgo, pero me imagino que todavía son más bajos de lo que tú te estás encontrando en Francia. Compré libros de sobra en Londres, así que puedo reservarte algunos y enviártelos cuando tengas espacio en tu petate. Tira una taza o alguna pieza de armamento. ¡Haz sitio para las cosas verdaderamente importantes, querido!

Te entiendo a la perfección cuando dices que tu entrañable ejemplar de *Huckleberry Finn* te reconforta e incluso te trae suerte. Como yo rara vez salgo de casa, no creo que haya pasado tantas situaciones angustiosas como tú, pero ciertamente pasé una muy seria cuando soborné a Willie para que me vendara los ojos y me metiera en aquel ferry. Mi amuleto es un pedazo de ámbar del color claro de la miel. Me lo trajo Finlay la primera vez que salió a navegar con papá. Fue esa piedra la que desató mi pasión por la geología. La llevé en el bolsillo durante muchísimo tiempo y, cuando estaba triste, la sacaba y la examinaba con la esperanza de descubrir

la magia que encerraba. Cuando leía en voz alta en el colegio o tenía un examen, me metía la mano en el bolsillo y la palpaba para tranquilizarme. La superficie se ha desgastado y pulido, y ahora tiene una pequeña estría donde encaja mi pulgar. Así que es lógico que fuera la primera cosa que metí en la maleta al salir de Skye.

Me divierte ver cómo sigues hablando de ese rayo de sol que cayó sobre mí cuando me bajé del tren. Ya sé a qué te refieres, pero me temo que yo no lo contemplé de un modo tan poético. Justamente estaba recorriendo la estación con la vista para localizarte cuando ese absurdo rayo de sol se coló por la ventana y me dio directamente en los ojos. Y ¿qué te voy a decir de ese bandazo accidental en el taxi? Tal vez yo habría sentido la misma corriente eléctrica si no hubiera estado tan sumamente avergonzada por haber aterrizado como un fardo en tu regazo.

No es que pretenda quitar importancia a tus impresiones románticas, querido. Soy poeta, al fin y al cabo, y muy capaz de ponerme sentimental exactamente en la misma medida.

Sin duda me ponía nerviosa encontrarme contigo pero, a decir verdad, nunca habría soñado que tú también lo estuvieras. Y ¿aterrorizado, encima? No creía que conocieras esa palabra. Me habría aventurado a decir que tú ya habías hecho estas cosas antes: declararle tu adoración eterna a una mujer a la que no habías visto en tu vida, enrolarte en el ejército francés como simple pretexto para cruzar el Atlántico y luego engatusarla para que te acompañara a un lujoso hotel de Londres.

Sí detecté una leve fisura en tu aplomo cuando subimos a tu habitación. No sabía con certeza si era tu primera vez, pero se me pasó por la cabeza. Tienes razón, sin embargo: yo también estaba muy asustada. Creo que ni siquiera toda la experiencia del mundo podría preparar a alguien para la primera vez que está con una persona amada. ¿Había realmente algo de que preocuparse? Es evidente que todo funcionó muy bien..., ¡o no lo habríamos repetido tantas veces!

No sé cuáles serán las opciones que tendremos en el futuro. Pero ¿hace falta que nos preocupemos de eso ahora? El mundo ofrece ya bastantes preocupaciones sin necesidad de que añadamos otra nueva. Tú concéntrate en mantenerte alejado de las balas y las bombas, y yo me concentraré en escribirte y en quererte más y más cada día que pasa.

Tuya,

SUE

12

Margaret

Edimburgo
Miércoles, 14 de agosto de 1940

Querido tío Finlay:

Ya sé que me pidió que no volviera a escribirle, pero tengo la suficiente edad para no hacer siempre lo que me dicen.

Me ha escrito mi madre. Está en Londres. Si me lo hubiesen dicho hace un mes, no lo habría creído. Desde que tengo uso de razón, no ha salido de Edimburgo. Pero desde que sé más sobre su vida en Skye, estoy dispuesta a creerme cualquier cosa.

Me ha hablado de David, «el americano», y me ha contado que estuvo enamorada de él durante años. Ella no lo había previsto, pero no pudo evitarlo. Y, a juzgar por su cara mientras recogía aquellas cartas del suelo, creo que aún no puede. Sin embargo, tal vez le complazca saber que, de todos modos, lo hizo. Que lo ha hecho: mi madre se ha pasado sola (sin contarme a mí) las dos últimas décadas. Si no la hubiera visto de aquel modo la noche en que cayó la bomba, la noche en que la guerra le desgarró el corazón, yo nunca lo habría sabido. Nunca habría visto como lo vi en ese instante hasta qué punto estaba sola. Nunca habría descubierto todo cuanto perdió.

Jamás me ha contado que se hubiera enamorado o la hubieran abandonado. Jamás me ha hablado de mi padre. ¿Qué pasó con David? ¿Qué sucedió hace ya tantos años?

MARGARET

Edimburgo
Miércoles, 14 de agosto de 1940

Querido Paul:

Aunque no te lo creas, mi madre está en Londres. En busca de sus recuerdos. Y yo aquí, tratando de plantearle las preguntas adecuadas a mi antipático tío: también rastreando recuerdos.

Mi madre me escribió finalmente y me ofreció algo parecido a una explicación. Paul: mi madre era «Sue». Todas esas cartas iban dirigidas a ella. Un maravilloso romance en mitad de la última guerra. ¡Con un americano! No sé cómo pudo conocer

a un americano allá en la isla de Skye, ni qué pasó exactamente con él. Pero pasara lo que pasase, aquello provocó la marcha de su hermano.

Cuando ya tomaba la pluma para contestarle a mi madre y hacerle todas las preguntas que se agitan en mi cabeza, caí en la cuenta de que no me había dejado su dirección. Sólo «Londres». Aunque enviara una carta a cada hotel de la ciudad, no la encontraría. No obstante, sigo pensando que, si descubro dónde ha estado, acabaré averiguando dónde está ahora.

Paul, ¿crees que hago bien en hurgar en su vida? ¿Debería dejar en paz el pasado, como ella quiere? ¿Como quiere mi tío? ¿Como todos parecen querer que haga?

MARGARET

16 de agosto de 1940

Querida Maisie:

Todas estas salidas nocturnas me sirven para darme cuenta de que el pasado no nos ayuda cuando estamos en una situación apurada. Los recuerdos están muy bien para aferrarse a ellos, pero es la promesa de llegar a tener otros nuevos lo que ayuda a seguir adelante.

No te lo había contado, pero me abatieron sobre territorio francés justo antes de las evacuaciones. Sabía que si te lo contaba en Plymouth, te preocuparías tanto que no me dejarías subir otra vez al tren. Tampoco fue tan grave: salté antes de estrellarme y, como ya viste, no quedé muy malparado. Me uní a todos los que huían hacia las playas de Dunkerque. Y allí no vi a ninguno de nuestros aviones. Sólo a la maldita Luftwaffe, que trataba de impedir que los nuestros llegaran a los barcos.

A pesar de lo que dijo todo el mundo, nosotros, o sea la RAF, estuvimos allí en Francia, aunque no precisamente en las playas. Nos adentramos en territorio francés para impedir que los *boches* llegaran a la costa. Pero los que esperaban a ser evacuados, todos esos hombres que se veían ametrallados sobre la arena, no lo sabían. Yo aguardé junto a ellos en la playa, con mi uniforme, procurando no hacer caso de las miradas furiosas y de esta pregunta repetida entre dientes: «¿Dónde está la RAF?»

Si me detuviera a recordar cómo te sientes cuando te agazapas bajo el fuego de las ametralladoras, sin nada que se interponga frente a las balas salvo tu casco y tus manos entrelazadas en la nuca; si me detuviera a recordar la cantidad de kilómetros que recorrimos penosamente sólo para ver cómo los chicos de delante pisaban una mina; si me detuviera a recordar cómo me agachaba en la oscuridad, sin saber si el silbido de la siguiente bomba llevaría mi nombre; si me detuviera a recordar los comentarios en voz baja de los muchachos de alrededor, que no sabían que yo había estado allí arriba, haciendo mi trabajo..., la verdad es que no conseguiría seguir

adelante. Tengo que repetirme a mí mismo que volveré a estar contigo en un abrir y cerrar de ojos. No puedo hacer más.

Pero mientras que yo procuro dejar de lado los recuerdos para poder seguir adelante, a ti no hay nada que te frene de la misma manera. Tú tienes más preguntas que recuerdos, más misterio que claridad. Tú sí que debes mirar atrás. El presente y el futuro se construyen sobre el pasado. Entiendo que quieras averiguar de dónde vienes antes de decidir adónde vas.

Mi querida muchacha, no te des por vencida. Ningún tío antipático podrá contigo.
Con todo mi amor,

PAUL

Edimburgo
Lunes, 19 de agosto de 1940

Querido tío Finlay:

Ella lo mencionaba a usted en la carta que envió desde Londres.

Me dijo que se sentía increíblemente feliz con David, que estaba perdidamente enamorada, pero que eso le costó perder a su hermano. Que usted se fue de Skye y que ella desearía que no lo hubiera hecho.

No me explicaba los motivos, y yo no se los voy a preguntar. Desde luego, siento curiosidad —¿y quién no la sentiría sobre un cisma familiar sólo comentado entre cuchicheos?—, pero ya comprendo que no es asunto mío. ¿No le caían bien los americanos? ¿Tal vez un romance de guerra? Confío solamente en que el motivo fuera lo bastante importante, lo bastante grave y duradero, para que haya valido la pena mantenerse alejado de su familia durante décadas.

En todo caso, tanto si ella se arrepiente de algo como si no, quiero que sepa que sí lamenta haberlo perdido a usted. Si mi madre hubiera conocido su paradero en estos últimos veinte años, se lo habría dicho ella misma. Ya había perdido a un hermano. ¿Cómo iba a soportar perder a otro?

MARGARET

Glasgow
20 de agosto

Margaret:

Te ha contado la verdad. Estaba enamorada del americano. Más que enamorada.

De la manera que ella lo contaba, parecía un cuento de hadas. Una carta casual que provocó una larga correspondencia, salpicada de alusiones, de guiños amorosos entre cada una de las palabras. Años y años más pendiente del correo que de las mareas o de la luna. Ni siquiera la guerra pudo detener lo que había florecido entre ellos.

No mintió sobre el americano ni sobre lo que ella sentía, pero no era el momento adecuado para todo eso. No era el momento de enamorarse.

Cuando Elspeth empezó a cartearse con el americano ya estaba casada.

FINLAY MACDONALD

Edimburgo
Miércoles, 21 de agosto de 1940

Querido tío Finlay:

Hay muchas mujeres por aquí con el título de «señora», pero sin un hombre a su lado. La foto orlada de negro de un hombre uniformado, en la repisa de la chimenea, insinúa en tales casos una historia que es mejor olvidar. Como mi madre se ha negado siempre a responder a mis preguntas, había dado por supuesto que su historia era la misma: un matrimonio precoz y desgraciado que halló su fin en algún campo de batalla. Últimamente he empezado a preguntarme si no podría haber sido el propio David. Pero ahora resulta... ¿que ya estaba casada?

¿Quién es mi padre? Por favor, tío Finlay, ¡tengo que saberlo! ¿Cuál es mi verdadera historia?

MARGARET

Londres, Inglaterra
6 de agosto de 1940

Apreciado señor o señora:

Hace muchos años, una familia de apellido Graham vivió en esta dirección. No sé si aún siguen residiendo ahí o si abandonaron Chicago, pero le agradecería cualquier información que pueda proporcionarme. He perdido el contacto con la familia y me encantaría localizarla.

Si dispone de cualquier dato sobre su paradero, o si incluso es usted un miembro de la familia Graham, ¿podría ponerse en contacto conmigo, por favor? Puede escribirme al hotel Langham de Londres. Muchas gracias por anticipado.

Cordialmente,

SRA. ELSPETH DUNN

13

Elspeth

París, Francia
7 de diciembre de 1915

Mi Sue:

Parece cada vez más seguro que pasaremos las Navidades a la sombra de la torre Eiffel. Ni que decir tiene que yo prefería pasarlas en Edimburgo, en Skye o dondequiera que estés. Harry es un magnífico compañero, pero no exactamente la persona a la que desearía pillar desprevenida bajo una rama de muérdago^[5].

Estamos viviendo con los demás voluntarios americanos en la residencia que hay encima del hospital. Después de los primeros días tratando de aclararnos con las bruscas inflexiones del francés, fue reconfortante oír de nuevo el entrañable deje nasal americano. Dormimos en una sala enorme con camas alineadas a ambos lados. Sólo hay una ducha para todos, y encima fría. Ninguna luz de noche, salvo una única lámpara en el centro de la habitación (estoy redactando esta carta a ratos robados durante el día). En fin, no es que sea mucho, pero al menos por ahora es nuestro hogar.

Me parece que tanto Harry como yo teníamos la fantasía de que nos pondríamos al volante de una ambulancia en cuanto bajáramos del barco y nos dirigiríamos sin más a primera línea. No obstante, aunque no nos han enviado todavía al frente, no hemos estado de brazos cruzados. A mí me han asignado una pequeña ambulancia con otro tipo que se llama McGee. Cuando llegan los trenes hospital del frente, tenemos que salir zumbando hacia la estación de mercancías que hay al final de la rue de la Chapelle para recoger a sus andrajosos pasajeros. Algunos están bastante graves, pero son solamente los que se encontraban en condiciones de viajar en tren. Supongo que los casos más serios ni siquiera llegan a subirse. Los metemos en la ambulancia y cruzamos las calles oscuras a toda velocidad para llevarlos a los hospitales improvisados que hay por toda la ciudad. A mí me divierte imaginar que la Parca corre a mi lado con su carruaje, echándome una carrera a ver quién se queda con los hombres que van en la parte trasera. Mi pequeña furgoneta es rápida y ligera, así que la Parca siempre acaba a una calle de distancia y con un palmo de narices.

El trabajo aquí es bastante escaso, de todos modos. Los trenes parecen llegar casi siempre de noche. También tenemos que pasar un rato en el garaje para mantener a punto nuestros vehículos. Pero, aun así, nos queda mucho tiempo libre durante el día para explorar París. Harry y yo paseamos como turistas, vamos a ver películas a

mitad de precio al Gaumont Palace. Hemos recorrido las librerías con el mismo placer con que tú lo hiciste en Londres. Estacionados en nuestro café favorito, avanzamos penosamente por las páginas de Dumas y Bousсенard (sin traducir), en un intento por desempolvar nuestro abandonado francés de secundaria.

Aún no estamos propiamente en Navidad, pero te voy a incluir tus regalos. Ojalá pudiera estar ahí para dártelos en persona. Voy a pedirte una cosa. Cuando la Nochebuena se convierta en el día de Navidad, justo al dar las doce, sal fuera y alza la mirada hacia la luna. Saborea en tus labios los copos de nieve e imagina que son mis labios tocando los tuyos. Yo saldré exactamente a la misma hora. Te lo prometo. Tanto si todavía me encuentro en París como si estoy en otra parte de Francia, cerraré los ojos e imaginaré lo mismo. Quizá podría volverse realidad, aunque sólo fuera por un instante. Si un milagro como el nacimiento de Nuestro Señor pudo producirse en una noche idéntica, entonces no será una gran proeza que nuestros espíritus puedan reunirse.

Con todo mi amor,

DAVEY

Edimburgo
Nochebuena, madrugada del día de Navidad de 1915

Mi amor:

Es Nochebuena, de madrugada; los niños están todos acurrucados y tapaditos en sus camas, y yo soy la única que sigue despierta esperando a san Nicolás.

Chrissie y yo nos hemos quedado hasta muy tarde, bebiendo más tazas de ponche de la cuenta. Ha sido la primera vez que hemos podido sentarnos y ponernos al día sobre los últimos seis años, sin niños corriendo a nuestro alrededor. Yo no tenía mucho que contar. Aparte de la historia de marido-que-se-va-mientras-apuesto-americano-seduca, los últimos seis años se han reducido para mí a escribir y trabajar en la granja. Se me ha escapado tu nombre una vez, pero algo en mi expresión la ha impulsado a besarme en la frente, en lugar de hacerme más preguntas, y luego ha ido a acostarse.

Me he servido otra taza de ponche y, a través de la puerta entreabierta, he mirado cómo se metía en la cama —esa cama que ella ha mantenido vacía desde la muerte de Alasdair— y me he dado cuenta de que Chrissie no lo entendería aunque yo me decidiera a hablarle de ti. Siempre sola, ella seguirá casada con Alasdair el resto de su vida. Así pues, me he retirado a la salita con mi vela, mi cuaderno, mi ponche y mis secretos.

He abierto la ventana y me he sentado en el alféizar con las piernas fuera para abrir tu regalo. Ah..., ¡un frasco de auténtico perfume francés! Y el collar, Davey, ¡es

precioso! Una perla tan perfecta, como una gota de luz de luna. Gracias.

El reloj de la repisa —dos minutos adelantado— está tocando ahora las doce, así que sigo asomada a la ventana. ¿Lo has notado, mi amor? No, no era un copo de nieve en tu mejilla, sino mis labios saboreándote. No un rumor del viento en tu oído, sino mi voz susurrando: «Te quiero.» ¿Has captado en el aire esa leve fragancia de Ambre Antique? Yo estaba ahí, a tu lado.

Me temo que los niños se levantarán temprano y saldrán en estampida hacia la cocina para ver qué les ha traído san Nicolás, así que debería acostarme ya, aunque preferiría quedarme despierta contigo y con esta carta. Tal vez estemos muy lejos pero esta noche, al menos por un momento, hemos tratado de borrar esa distancia.

Felices, muy felices Navidades, Davey querido,

ELSPETH

París, Francia
1 de enero de 1916

Querida Sue:

¡Estaba cada vez más impaciente esperando tu carta! No se me había ocurrido pensar que el correo se retrasa durante las fiestas. Y pensarlo tampoco alivió mi impaciencia. Al menos ahora ya sé que me ha llegado con retraso porque esperaste hasta el día de Navidad para escribirme..., no porque te hubieras buscado a otro presuntuoso cowboy americano.

¡El reloj de pulsera es perfecto! Te has acordado de que hace tiempo que quería uno para reemplazar mi reloj de bolsillo. Éste me resultará mucho más práctico aquí. El otro lo llevo dentro de la chaqueta, en un bolsillo interior con botón y todo, y no es nada fácil sacarlo cada vez que quiero saber la hora (muy a menudo, actualmente).

Tu carta y tu regalo fueron un rayo de luz en una semana por lo demás negra y tormentosa. No me refiero al tiempo, tampoco tan malo; era más bien mi humor lo negro y tormentoso. Ya estaba bastante alicaído por pasar la Navidad lejos de mi familia (¡sí, hasta añoraba el pastel de frutas de mi madre!), y entonces, por si fuera poco, Harry recibió la orden de traslado.

Durante todo este proceso, él y yo habíamos sido inseparables, y justamente entonces van y lo envían a la boca del lobo, dejándome aquí con el llorón de McGee. Y todo porque Harry estaba delante de mí en la cola cuando fuimos a inscribirnos. Sin mi familia, sin ti siquiera, Sue, yo confiaba al menos en pasar las Navidades con Harry. Pues no. Me vi en la disyuntiva de salir a explorar con Johnson y demás degenerados el barrio rojo de París o quedarme sentado en la residencia escuchando a McGee leer en voz alta las viejas cartas de su madre. Acabé metiéndome en la cama con Dryden (ya bastante sobado a estas alturas) hasta que apagaron las luces.

Aun cuando Harry no tenía nada que ver con la decisión, yo estaba bastante enfadado con él mientras lo veía preparar el equipaje. Rezongué y lo cubrí de vituperios, muchos de ellos tomados del volumen de Shakespeare que tengo junto a mi cama. Me gustan sobre todo «monstruoso maleante» y «engendro informe». Él se limitó a reírse de mí, me dio un golpe en el hombro —la versión viril de un tierno abrazo— y arrojó sobre mi cama un par de calcetines que le sobraban.

Es una vieja broma entre nosotros. Cuando nos acabábamos de conocer, Harry y yo hicimos alguna travesura en el camino de vuelta del colegio. No recuerdo exactamente cuál, pero el resultado fue que él se quedó sin su gorra y yo sin mis botas o mis calcetines. Como llegamos primero a casa de Harry, le pedí que me prestara algo para calzarme, pues sabía que le esperaban los peores castigos imaginables a quien cruzara descalzo la puerta de mi casa justo el día de la semana en que mi madre «recibía». Harry se mostraba reacio —nuestra amistad era aún muy reciente—, pero finalmente cedió, obligándome primero, eso sí, a poner los ojos bizcos y escupir por encima del hombro para jurar que le devolvería las botas y los calcetines. Más tarde me confesó que no creía que volviera a verlos más. A mí, sin embargo, Harry me caía bien, quería hacerme amigo suyo, así que le devolví los calcetines sin falta al día siguiente.

Después, la cosa se convirtió en una especie de contraseña entre nosotros. Un par de calcetines eran una promesa de volver a vernos. Yo me fui a la universidad con sus elegantes calcetines blancos doblados en mi maleta, y él se embarcó para cruzar el Atlántico con unos gruesos calcetines de lana míos en su equipaje. Así pues, ya que tengo sus calcetines, supongo que me veré obligado a verlo de nuevo. Por mucho que sea un «engendro informe».

En Nochebuena, tal como te prometí, salí afuera a hurtadillas a las doce en punto. Cerré los ojos y me quedé lo más inmóvil que pude, tratando de recordar cómo se aferraban tus dedos a mis hombros, cómo me cosquilleaba tu pelo en la barbilla, cómo todo tu cuerpo se adaptaba al mío. Capté un leve aroma a flores y tuve la idea loca de que tal vez había funcionado, de que, por un breve instante, nuestros espíritus habían cubierto de algún modo la distancia entre ambos.

Pero casi de inmediato me llegó un tufo a cigarrillo y una salva de risas roncadas. Johnson, Pate y Diggins aparecieron dando tumbos en el patio con una *cocotte* en cada brazo. Las chicas, con faldas casi a la altura de la rodilla, llenaron el ambiente de un hedor a colonia barata. Pate ya tenía la mano metida bajo una de aquellas faldas tan cortas. «*Attendre un moment, m'petites*», farfulló Diggins con su espantoso francés, y desapareció en el interior de la residencia. No sé si para ir a buscar sus «cartas francesas»^[6] o para hacer pis. Tal vez ambas cosas. ¿Hace falta decir que me habían arruinado el momento?

Johnson me vio entre las sombras y me preguntó por qué me había quedado merodeando allí fuera como un «mariquita» en lugar de salir a buscar plan con ellos. Yo no le hice caso (¡con gran dominio de mí mismo!) y me alejé hacia el fondo del

patio, pero él me siguió entre pullas e insultos. Por algún motivo, encuentra antinatural que yo no visite los burdeles. En realidad, no sé qué será lo que lo enfurece tanto de mí, porque no veo, en cambio, que se meta nunca con McGee, y McGee sí que es el prototipo del «mariquita».

Johnson estaba borracho y decidido a buscar pelea; no paraba de soltar insultos de todo tipo, la mayoría relacionados con mi dudosa virilidad y mi supuesta afición a las aves de corral. En cuanto a mí, no se me ocurría ninguna respuesta que no fuese «engendro informe» o «bigotudo y amoratado trasegador de cerveza», ninguno de los cuales, creo yo, fue concebido por el gran Bill S. para una situación semejante. Entonces Johnson lanzó una granada verbal (no la voy a repetir) que estuvo a punto de dar en el blanco, y yo me fui a por él. Creo que me habría metido en una pelea si la puerta del pabellón del hospital no se hubiera abierto en ese momento. Distinguí la silueta de la enfermera de noche en el rectángulo de luz y me escabullí a toda prisa, subiendo a la residencia. Cuando me asomé por la ventana, Johnson, Pate y las chicas habían desaparecido y un Diggins totalmente aturdido recibía en el patio una buena regañina de la enfermera.

Créeme, Sue: ni metiéndome en una pelea ni quedándome solo era como esperaba pasar las Navidades este año. Lo único que contribuyó a hacerlas soportables fue la posibilidad de que, al menos aunque fuera por un instante, al dar las doce en punto, nuestras manos se tocaran salvando todas las distancias.

Bueno, Sue, la mujer que regenta el café está secando tazas y acribillándome con la mirada. Un vistazo rápido a mi nuevo reloj de pulsera me indica que llevo aquí mucho más tiempo del que creía. Termino de escribirte por ahora, pero estaré pendiente del correo todos los días, aguardando tu próxima carta.

Te quiero,

DAVEY

Edimburgo
7 de enero de 1916

Davey:

¿Qué fue lo que te dijo Johnson que «estuvo a punto de dar en el blanco»? No puedes contar una historia tan emocionante y saltarte la frase crucial.

Acabo de recibir una carta de mi madre. Al final, va a dejar que Willie se aliste. Él no ha parado de darle la lata durante el último año y medio. Finlay no va a volver al frente, así que mi madre tiene garantizado al menos que uno de sus hijos sobrevivirá a la guerra.

¿Quién sabe lo que pensó cuando desaparecí? Yo no le dije a nadie que me iba; a nadie, salvo a Willie, claro, y él no conocía el motivo. Nos escabullimos de casa

mientras papá iba a revisar las trampas de langostas y *màthair* bajaba a la playa a recoger algas para el jardín. Les dejé una breve nota diciendo que tenía algo que hacer y que escribiría, pero que tardaría al menos quince días en regresar. Sabía que les costaría lo suyo descifrar mis garabatos (no sé cómo te las arreglas tú, Davey).

Y estaba segura de que a ninguno de los dos se le ocurriría ir a buscarme al muelle. Cuando se les pasara por la cabeza preguntarle al hombre del ferry, ya me encontraría a medio camino de Londres. A Willie le encantan las aventuras, y me constaba que no hablaría antes de la cuenta, por muchas ganas que tuviera de contarle. Ahora me volveré directamente a casa desde Edimburgo y tendré todo el viaje en tren para urdir una historia convincente: algo que me haya dado el valor necesario para cruzar el estrecho sola... ¿Alguna sugerencia?

Así pues, Willie va a alistarse finalmente, y ha de pasar por Edimburgo. Se suponía que llegaba esta mañana, pero el tren debe de haber sufrido un retraso. Tendré unos días para mostrarle la ciudad antes de que entre oficialmente en el ejército y se le acabe toda la diversión. Aunque el cuadro que tú me pintas parece muy diferente: peleas, andanzas con prostitutas francesas... ¡Quizá sea más entretenido de lo que creía!

¿Te lo estás pasando bien, mi querido Davey? Aparte del lado más serio y lúgubre de la situación, ¿encuentras cosas que te alegren el ánimo? Pareces contento en tus cartas. Días ociosos leyendo en los cafés de París, salpicados de esos repentinos estallidos de excitación y aventura que tanto amas, cuando te pones a conducir a lo loco por bulevares y callejones. Y una mujer que te escribe cartas apasionadas desde Escocia...

¿Qué libros debería enviarte ahora? A ver, déjame mirar entre toda la colección que he reunido en mis viajes... Tengo un delgado volumen de Yeats (¿qué «alma peregrina» puede resistirse a Yeats?), un libro de poesía de George Darley. ¿Qué más hay por aquí que pudiera gustarte? Ajá, perfecto: *Las cartas de Abelardo y Eloísa*. Pero prométeme que lo nuestro no acabará de un modo tan trágico. No soportaría un convento.

Edimburgo me ha resultado encantador, aunque ya empiezo a añorar mi preciosa isla. Echo de menos el humo de turba, el olor acre a mirto, la cálida fragancia del heno en el establo.

Acaba de llegar Willie. Terminó aquí y voy a expedir la carta mientras salimos de paseo. Te quiero,

E.

París, Francia
12 de enero de 1916

Querida Sue:

¡Al fin! ¡Al fin nos vamos al frente! Nos han llamado a un tal Quinn y a mí. Todavía no nos han dicho adónde vamos exactamente, pero nos han asignado a la famosa Sección Uno. No sé si es la misma sección de ambulancias de Harry pero, por si acaso, me llevo los calcetines por si tengo ocasión de devolvérselos.

No, por favor, Sue, no me preguntes qué dijo Johnson. No sólo empleó un lenguaje indigno incluso de los oídos de un pirata, sino que el sentido de sus palabras era extremadamente ofensivo, tanto más cuanto que es cierto. Pero hasta las cosas verdaderas pueden resultar envilecidas y distorsionadas cuando las dice alguien como Johnson. Créeme.

Hum..., ¿se me ocurre algo que pudieras decirles a tus padres? ¿Un ardiente deseo de comprobar si las ovejas de tierra firme son tan lanudas como las de Skye? ¿Un antojo voraz de probar el pudín inglés? ¿La necesidad urgente de comprarte un sombrero nuevo? ¿Un innombrable anhelo de acompañar a desconocidos americanos a sus habitaciones de hotel?

Salgo por la mañana. Quería enviarte una carta más antes de abandonar París, pues no sé muy bien cuándo podré mandarte la siguiente. Aunque es éste el motivo por el que he cruzado el océano, no puedo evitar sentir cierto nerviosismo. ¡Ya veremos qué nos depara el mañana!

TU DAVEY

Isla de Skye
22 de enero de 1916

Mi querido Davey:

Aquí estoy, de vuelta en mi islita. Chrissie tuvo que reenviarme tu carta, de ahí el retraso.

Willie ya va de camino para unirse al resto de vosotros y sumarse a vuestras estúpidas batallas. Deberías haber visto cómo se pavoneaba con el uniforme. Un auténtico gallito. Las damas parecen encontrar casi irresistible la falda escocesa, pero Willie se preguntaba perplejo cómo se supone que han de combatir los hombres con esa prenda absurda.

Mientras tomábamos el té, me confesó que tiene una chica. ¡No nos había dicho ni una palabra! Aunque no me explicó por qué, ha mantenido todo el asunto en secreto. Yo dejé escapar que también tenía un secreto. No dije más, pero Willie dedujo el resto. Me dijo que llevo meses sonriendo sola. Ay, Davey, no sabía lo poco preparada que estaba para responder preguntas sobre nosotros, así que le solté de buenas a primeras: «¡No podemos evitar amar a quien amamos!» Él sonrió de oreja a oreja y me dijo que tenía toda la razón. No lo había visto tan feliz desde que empezó

la guerra.

Es extraño estar otra vez aquí, por muchas razones. La casa de mis padres me parece mal iluminada y llena de humo. Y las noches mucho más oscuras y silenciosas de lo que solían, y la gente más mugrienta. Aunque en Londres y Edimburgo no faltaba la mugre (¿cómo puede haber tantos caballos en una ciudad sin que se acumule la suciedad?), quedaba en gran parte eclipsada por todas las sofisticaciones urbanas. *Màthair* me dio el balde de ordeñar en cuanto llegué, y yo me cambié de mala gana mi traje elegante por una blusa de lana y unas faldas holgadas, me despojé de mis medias de seda y mis botines y me calcé unas medias tejidas a mano y unas toscas botas. Es como si hubiera dos Elspeth: una que luce ropas caras, viaja en taxi, come pato y cruza impulsivamente todo el país para reunirse con jóvenes y apuestos americanos, y otra que lleva prendas caseras hechas jirones, que viaja en el coche de san Fernando, cena gachas y cruza impulsivamente todo el país para reunirse con jóvenes y apuestos americanos.

¿Te acuerdas de todas las historias que ideaste para justificar mi desaparición ante mis padres? Pues no hizo falta ninguna. Por asombroso que parezca, Davey, ¡mi madre lo sabía todo desde el principio! Crucé la puerta con una docena de excusas preparadas. *Màthair* alzó la vista de la tela que estaba hilando y dijo: «¿Así que finalmente fuiste a ver a tu americano?» Por poco me desmayo.

¿Recuerdas que te conté que, después de marcharse Iain, mientras aún vivía sola, sacaba tus cartas antiguas y las releía por las noches? En ocasiones me quedaba dormida literalmente cubierta por tus palabras. Vivía como un fantasma, a veces sin salir durante días, salvo para ordeñar y traer bloques de turba.

Una mañana me desperté al oír que mi madre entraba por la puerta, avivaba el fuego y ponía el hervidor. Se había traído una cazuela grande de estofado de cordero para que me lo calentara para comer y separó un poco en un cuenco para que se lo llevara al viejo Curstag Mór, que vivía cerca. Cuando regresé, el suelo estaba barrido, las sábanas fuera, oreándose, y el estofado borboteaba en el fuego. Yo me había dejado tus cartas esparcidas sobre la cama y me las encontré pulcramente recogidas. Entonces no le di mayor importancia. ¡Estaba demasiado impresionada con aquella cazuela de comida de verdad en el fuego para preocuparme de esos detalles!

Obviamente, *màthair* se había leído el montón entero de cartas. No sé bien cuánto sabrá —al fin y al cabo, en aquel entonces no éramos más que amigos por correspondencia—, pero ella no me recriminó nada cuando llegué. Fue sólo la palabra «finalmente» la que me hizo preguntarme cuánto habría adivinado leyendo aquellas primeras cartas.

Naturalmente, a base de insistir en que Johnson no dijo nada que valga la pena reproducir, has conseguido picar mi curiosidad aún más. ¿Me estás diciendo que realmente tenemos secretos el uno para el otro, Davey? ¿Acaso los hemos tenido jamás? Desde el primer momento nos hemos contado cosas que ni siquiera nuestros padres o hermanos sabían. No debes tratar de protegerme de determinado lenguaje o

de ciertos sentimientos. Vivimos tiempos de guerra, no lo olvides. Las mujeres estamos hechas de un material más duro en esta época.

E.

P. D. Minna me ha enviado una fotografía que nos sacó frente a la oficina del registro. ¿La has visto?

14

Margaret

Glasgow
22 de agosto

Querida Margaret:

No era un matrimonio impulsivo de los tiempos de la guerra. Elspeth estaba casada con mi mejor amigo, Iain. Los tres nos habíamos criado en las montañas de Skye. Corríamos en pantalones cortos por las laderas, chapoteábamos por la playa en busca de piedras raras. A decir verdad, Iain siempre le tuvo un poco de miedo a Elspeth. Ella, con todo el pelo alborotado, gritaba poemas a las olas. Estaba tan hechizada como la propia isla. Un día, cuando estábamos sentados en el Puente de las Hadas, Iain pidió su mano. Elspeth me miró, luego sonrió y dijo que sí. Yo creía que los tres seguiríamos siempre juntos.

Nunca se me ocurrió que un día ella pudiera llegar a engañarlo.

Por más que me gustaría ayudarte, yo no tengo las respuestas que buscas. Me fui de Skye como un año antes de que tú nacieras. Pero mi *màthair* estaba allí. Escríbele una carta a la isla. Estoy seguro de que tu abuela sabe más que yo.

FINLAY

En el tren a Fort William
Sábado, 24 de agosto de 1940

Querido Paul:

Ya no pienso escribir más cartas. ¡Voy de camino a la isla de Skye!

El tío Finlay, desde luego, no me dio una dirección para localizar a mi abuela, y a mí no me pareció muy práctico andar por la isla preguntando por la casa de la «abuela Macdonald». Me imagino que la mitad de la gente de Skye se llama Macdonald. Así que husmeé por la casa buscando (de nuevo) algún sobre olvidado, una vieja agenda de direcciones, el certificado de nacimiento de mi madre. Pero no encontré nada. Ni siquiera una de las cartas que la abuela enviaba cada mes, llenas de garabatos en gaélico. Las cartas de David deben de ser las únicas que mi madre guardaba.

Entonces me acordé de una cosa: desde que aprendí a leer, mi madre me recalcó

siempre que escribiera mi nombre y mi dirección en la portadilla de mis libros, por si se me olvidaba en un descuido un preciado Stevenson o un Scott en el banco de un parque. Fui de inmediato a su librería y saqué el volumen más viejo y estropeado que vi en los estantes, un ejemplar destartado de *Huckleberry Finn* con una desvaída amapola aplastada entre sus páginas. Y, en efecto, en la portadilla había escrito: «Elsbeth Dunn, Seo a-nis, Skye, Reino Unido.» Como si incluso en esa época y en esa isla hubiera habido ladrones merodeando por los bancos de los parques.

Estuve indagando hasta que encontré una familia que quería evacuar a un niño hacia el norte. Una vecina de Emily, la señora Calder, se ha quedado aterrorizada con los últimos bombardeos y me ha encargado que acompañe a su hija Dorothy a una granja de las afueras de Fort William. Así ya tengo pagado el billete hasta allí, y el trayecto de Fort William a Skye es muy corto. Le pedí a Emily una maleta... ¡y me puse en camino!

Te lo aseguro, Paul, todo esto resulta bastante emocionante. Claro que no es la primera vez que salgo de Edimburgo pero, aparte del viaje que hice a Plymouth para verte, nunca lo había hecho por mis propios asuntos. Incluso cuando tú y yo íbamos de excursión o de escalada a la montaña, nunca nos alejábamos mucho de la ciudad. También podría argumentarse, desde luego, que no voy a Skye por mí, sino por mi madre. ¡Y por la abuela que nunca he conocido! Pero si me sirve para saber más del «primer volumen» de mi madre, sobre esa parte de su vida anterior a mi nacimiento, entonces el viaje habrá valido la pena en más de un sentido. Ella no está aquí y no puede impedirme que haga averiguaciones sobre mi padre.

*En el tren a Mallaig
Más tarde*

Querido Paul:

Dorothy ya está instalada. Una mujer con el pelo plateado y la complexión de un acorazado nos recibió en la estación y se hizo cargo de ella y del sobre con el dinero de la señora Calder.

Antes de irse, Dorothy me puso una nota en la mano, escrita en el dorso de su billete, y me pidió que se la diera a su madre cuando vuelva a la ciudad. Apenas puede leerse, entre los borrones y rastros de lágrimas y la caligrafía abominable, pero lo que dice es «Te quiero» una y otra vez. Lo había doblado media docena de veces y había anotado la dirección encima. Le prometí que lo primero que haré al volver a Edimburgo es entregárselo en seguida a su destinataria.

La verdad, empiezo a sentirme preocupada por mi madre, y algo culpable también, he de reconocerlo. Tal vez no fueron las cartas ni la bomba el motivo de que se marchara. Tal vez fue por nuestra discusión. Aunque ya la había presionado en

otras ocasiones para averiguar quién es mi padre, nunca habíamos discutido propiamente. Siempre había dejado que se desentendiera del asunto. Fui demasiado lejos, pregunté demasiado, y no dejo de pensar que algo se rompió en ese momento.

¿Crees que ella tenía razón, Paul? ¿Nos estamos precipitando? No hace tanto, tú y yo éramos sólo amigos. No habíamos pasado nunca de compartir un sándwich o echarnos una mano en una escalada. Cuando te alistaste en el ejército y me preguntaste si te escribiría, estuve a punto de echarme a reír. No creía que tú y yo tuviéramos tanto que decirnos como para cartearnos. Luego me dijiste que te habías enamorado de mí, y yo pensé que quizá lo estábamos, que quizá podría funcionar. Pero tal como dijo mi madre, las emociones están muy exaltadas en tiempos de guerra. Yo no dudo de las tuyas —de veras que no—, pero no sé si puedo fiarme de las mías.

Tal vez este viaje sea lo que ahora necesito. Un poco de independencia, una cierta distancia. Una oportunidad para descubrir si esto es realmente lo que quiero.

Tal vez esta expedición sirva para resolver más de un misterio.

Con cariño,

MARGARET

Londres, Inglaterra
10 de agosto de 1940

Apreciado señor o señora:

Hace muchos años, dos hombres llamados David Graham y Harry Vance vivieron en esta dirección. No sé si todavía siguen residiendo ahí o si abandonaron Chicago, pero le agradecería cualquier información que pueda proporcionarme. He perdido el contacto con ellos y me encantaría localizarlos.

Si dispone usted de cualquier dato sobre su paradero, ¿podría ponerse, por favor, en contacto conmigo? Puede escribirme al hotel Langham de Londres. Muchas gracias por anticipado.

Cordialmente,

SRA. ELSPETH DUNN

15

Elsbeth

—————, Francia
2 de febrero de 1916

Estoy ahora en —————, de camino a —————. No creía que se tardara tanto en llegar aquí desde París. Vinimos en un tren de carga y perdí la cuenta de las veces que tuvimos que parar. Recuerdo haber hecho casi el mismo trayecto hace años durante unas vacaciones en Francia, pero en un lujoso vagón de primera clase, bebiendo vino y contemplando el paisaje. Esta vez iba en cuclillas en un vagón de carga, apretujado junto a mi petate y bebiendo el brandy abominable de una petaca que pasaba de mano en mano. Atisbando entre las tablas del vagón, reconocí algunas de las estaciones que pasamos, aunque ninguno de los pueblos se veía tal como lo recordaba.

La estación de aquí es tranquila; las calles están atestadas de hombres vestidos de caqui y azul, y no de los turistas vistosamente vestidos de aquel entonces. Nos quedaremos en el pueblo unos cuantos días más antes de seguir nuestro camino. La sección a la que nos vamos a incorporar ha estado *en repos* en —————, limpiando y reparando las ambulancias, y se ha desplazado hacia —————. Un tal Pliny, un conductor de ambulancia veterano que ha pasado unos días de permiso, está esperando para dirigirse conmigo y con Quinn al frente. Nos ha dicho que disfrutemos de los pasteles y los baños calientes mientras podamos, porque pasará una buena temporada antes de que volvamos a verlos.

¿Así que te empeñas en saber qué me dijo Johnson? Bueno, primero ensayó todos los chistes habituales para explicar por qué no salía a buscar plan con ellos. Siguió probando hasta que notó que yo apretaba la mandíbula. Entonces comprendió que había dado en el blanco. «Así que es eso. Jodiendo con la esposa de otro..., ¿no? El tipo, en una trinchera, en el quinto infierno, y tú aquí en la retaguardia...» En fin, no repito el resto, no es adecuado para que lo lea una dama. Digamos sólo que los comentarios fueron subiendo de tono a partir de ahí.

Ahora ya sabes por qué me lancé a por él. Sus palabras me hirieron no sólo por su sentido, sino por el tono que empleó. Lo que hemos hecho, Sue, lo que hay entre nosotros, nunca me ha parecido algo malo. Quizá me conviene verlo así. No soy yo el que está casado. No conozco a tu marido. Para mí es más fácil olvidar que existe siquiera.

¿El hecho de que estuvieras casada me hizo vacilar al principio? Mentiría si dijera

que no. Titubeé, Sue. ¿Por qué crees que tardé tanto en decirte que te amaba, incluso cuando ya podría haber jurado, por los indicios que salpicaban tus cartas, que tú sentías exactamente lo mismo? No olvides que fui educado como un buen chico católico. Pese a mi rebeldía juvenil, no me tomo los Diez Mandamientos a la ligera.

Pero tú me dijiste que me amabas también. Yo confié en que supieras lo que estabas haciendo al corresponderme. Mis vacilaciones se disiparon. Luego nos encontramos, hablamos, nos tocamos. Cualquier duda que subsistiera se había desvanecido ya. ¿Cómo podía ser malo algo que sabía tan bien? Todo era perfecto. Todo es perfecto. He guardado esos recuerdos —esos delicados y preciosos recuerdos— junto a mi corazón. Y no he dedicado muchos pensamientos a tu marido ni al complicado embrollo que constituye nuestro futuro.

Hasta la pasada Nochebuena, cuando Johnson dijo lo que dijo, rebajándonos a los dos, Sue. Es imposible oír comentarios despectivos semejantes y no empezar a creértelos con el tiempo, sobre todo cuando sabes que se basan en la verdad. Yo estoy «jodiendo con la esposa de otro». Fue una manera brutal de recordarme quién era y qué estaba haciendo.

Y eso hizo que me preguntara cómo te sentías tú realmente. En ningún momento me hablaste de dudas o de sentimientos de culpa. No quería contarte lo que Johnson me había dicho porque..., bueno, porque no quería que te sintieras culpable. No quería que lo reconsiderases todo.

La decisión ha estado siempre en tu mano, Sue, y sigue estándolo. Tú decides si quieres continuar con esta relación. Tú decides adónde quieres dirigirte a partir de aquí.

Decidas lo que decidas, has de saber que yo seré siempre...

TU DAVEY

Isla de Skye
9 de febrero de 1916

Mi amor:

Tu carta tenía más agujeros que un tejado de paja en primavera. O bien pensaste que tu misiva necesitaba un poco de ventilación en su largo trayecto hasta Skye, o bien es que alguien no quería que me contaras adónde te dirigías o cómo habías llegado allí. Con la excepción de «Francia», todos los demás nombres de lugar habían sido extirpados.

¿Me ofende lo que dijo Johnson? Quién no se ofendería ante semejante lenguaje. ¿Me sorprende, sin embargo? La verdad es que no. Cuando te negaste a contármelo, ya me imaginé algo de esa naturaleza.

No, no ha sido fácil para mí, aunque he procurado no demostrar lo duro que ha

sido. Tú estás en el frente y has de vértelas a diario con las enmarañadas y sangrientas secuelas de la guerra. Ésta es mi propia guerra, Davey, y no creí que tú tuvieras que vértelas con mi enmarañada y sangrienta conciencia.

Cuando me enviaste aquella carta en la que me decías abiertamente lo que sentías, no pude dormir. Me pasé noches despierta debatiéndome con mi corazón. Lo que siento por ti es tan intenso y tan nuevo... Pero, aunque mis sentimientos por Iain hayan cambiado, siguen presentes todavía. Él es mi esposo. No puedo deshacerme tan fácilmente de lo que sentía ni de las promesas que nos hicimos.

Iain es el mejor amigo de Finlay. De chicos, eran inseparables. Yo me crié con la presencia constante de Iain a mi lado. Cuando llegó el momento de casarse, él parecía la única opción lógica. Finlay estaba loco de contento cuando le dije a Iain que sí. Pero las cosas cambiaron. Nuestros caminos se alejaron. A mí me publicaron mi poesía, y yo anhelaba un estilo de vida literario. Deseaba viajar, estudiar, conocer a alguien que hubiese leído y comprendido a Lewis Carroll. Iain sólo quería seguir viviendo como había vivido siempre. Yo bajaba a la playa y contemplaba el mar, deseando estar en cualquier otra parte salvo allí. Él salía en su bote con Finlay, con la seguridad de que, a la vuelta, yo seguiría ahí.

Algo no funcionaba, Davey, incluso antes de que recibiera tu primera carta. Flotábamos a la deriva en distintas direcciones, impulsados por ambiciones y expectativas distintas. Yo encontré en ti un espíritu afín. Tú escuchabas lo que decía; Iain no parecía oírme. Luego empezó la guerra e Iain desapareció del todo de mi vida.

En realidad, no lo entiendo, Davey. Él nunca fue tan distante cuando estaba aquí; ahora que se ha ido al frente, en cambio, raramente tengo noticias tuyas. Me entero de lo que sucede por los periódicos, por Finlay, por las cartas que envían a casa los demás muchachos de Skye. Pero no me llega nada a través del propio Iain. No sé si será por algo que yo he hecho, pero se ha cerrado totalmente a mí. Es una reacción típica suya: encerrarse en sí mismo, en lugar de afrontar los problemas.

Yo no me propuse enamorarme de otro. Tampoco decidí que mi marido me dejara prácticamente sin ninguna explicación. No planeé nada de todo esto, pero ha ocurrido, y no puedo decir que me haga infeliz.

Te quiero, Davey. Y sé que esta decisión es mía. Llámame fantasiosa, si lo deseas, pero no puedo por menos que pensar que las cosas suceden por una razón. Tú llegaste a mi vida al mismo tiempo que Iain salía de ella. Estuviste junto a mí cuando él no lo estaba. Eso tiene que significar algo.

Te lo aseguro, estar de vuelta en casa de mis padres, en esta diminuta isla, es duro por muchos motivos. *Màthair* sabe lo que hay entre nosotros, y no sé si lo sabrá alguien más. Muchas noches querría estar sola con mis recuerdos y mis pensamientos, echarme en la cama y tener esos sueños estremecidos y sudorosos contigo. En cuanto empiezo a recordar y se me acelera el pulso, oigo roncar a mi padre, o gritar a Finlay en sueños, y el hechizo se desvanece. La casa no es lo bastante grande para ellos tres y para mí con todos mis sueños.

Lugar Uno
16 de febrero de 1916

Sue:

¡Pues sí, los censores me pillaron! Dieron curso a la carta y la enviaron igualmente (tras practicar numerosos cortes), pero me echaron una reprimenda y me recordaron las normas vigentes, con la amenaza de no permitir que te escribiera más. Por si la carta cayera en manos enemigas, no desean que figure por escrito dónde nos encontramos, adónde nos dirigimos, o cuándo estaremos en tal o cual lugar. Como si los *boches* no supieran perfectamente dónde estamos ahora mismo. Mientras te estoy escribiendo esto, ¡atisban al ejército francés por encima de los sacos terreros!

Finalmente me he instalado aquí, en el «Lugar Uno» (seré un buen chico y lo mantendré en una vaguedad misteriosa). Llegamos los tres unos días más tarde que el resto de la sección. Era de noche, casi todos los demás estaban de servicio. Algunos, en el puesto de guardia de un pueblecito situado apenas a un kilómetro de las trincheras: una guardia de veinticuatro horas. Nos llevaron a un edificio alargado, donde nos apropiamos de un hueco en el centro y nos derrumbamos en nuestros sacos de dormir. Yo me quedé tan profundamente dormido que no oí nada cuando entró, durante la noche, la primera oleada de tipos que volvían al terminar su servicio. No noté nada hasta la mañana siguiente, cuando me tiraron a la cabeza una bola de calcetines. Entonces me desperté y vi a Harry sonriéndome. Se había pasado toda la noche en el puesto de guardia y acababa de ser relevado y, al entrar en el barracón, me había encontrado hecho un ovillo en su sitio.

A mí me han asignado una ambulancia con un tal Riggles, un tipo callado, antiguo jugador de fútbol, con un cigarrillo colgado siempre de los labios. No dice una palabra, salvo cuando cambia la colilla apagada por uno nuevo encendido. Riggles lleva aquí casi desde el principio del American Field Service, o sea que supongo que no podrían haberme emparejado con nadie más adecuado para enseñarme cómo funciona todo.

Me pusieron a trabajar nada más llegar. Hemos estado recorriendo rutas de evacuación, transportando heridos (llamados, encantadoramente, *blessés*) desde los puestos de socorro hasta los hospitales situados lejos de las líneas. La mayoría de los puestos de socorro se hallan a unos kilómetros del frente, así que no vemos gran cosa, salvo las columnas de humo de las bombas a lo lejos.

Hace unas noches hubo tremendos combates por aquí cerca. Uno de los *blessés* que recogí estaba en un estado deplorable. Se había parapetado tras un muro cuando estalló una bomba y había quedado casi aplastado por los escombros al desmoronarse

la pared. Tuve que conducir con mucho tiento hasta llegar al puesto de guardia, pero, una vez que lo dejé atrás y accedí a carreteras con menos baches en comparación, corrí como alma que lleva el diablo hasta el hospital. Un médico dijo que cinco minutos más y seguramente habríamos perdido al paciente. No es que fuera mucho, pero no dejó de ser un reconocimiento tácito de lo que estoy haciendo aquí en Francia.

De acuerdo, Sue, si prometes dejar de preocuparte por mí, yo haré lo mismo. Entiendo por qué hiciste lo que hiciste. Tu amor es demasiado precioso para mí como para desecharlo cuando tú necesitas más que nunca a alguien que lo acepte.

Hace rato que espero que sirvan el rancho y veo que ya empieza a formarse la cola, así que voy a tener que interrumpir esta carta en seco. Creo que aún podré conseguir que salga hoy.

Por cansado que esté, Sue, siempre sueño contigo.

Con amor,

TU DAVEY

Isla de Skye
23 de febrero de 1916

Mi querido muchacho:

Perdona por haber dudado de ti y de los motivos por los que te uniste al Field Service. Tienes razón, Davey, esto es algo adecuado para ti y en la quincena que llevas ahí has demostrado que puedes hacerlo bien. No es lo mismo arremeter con una bayoneta, dispuesto a mutilar y matar, que canalizar toda esa temeraria energía en la salvación de vidas. Te dije en alguna ocasión que todavía eras un muchacho, pero creo que en unos pocos meses has demostrado ser todo un hombre.

Por favor, sigue animado y contento y, como siempre, cuídate.

E.

Lugar Uno
2 de marzo de 1916

Sue:

He salido de expedición para buscar víveres, lo que significa que puedo darme un baño y disfrutar de una comida de verdad aprovechando que he venido al pueblo. Seguramente me estoy entreteniendo más de la cuenta con mi tortilla, porque eso me

brinda la oportunidad de escribirte antes de tener que regresar con mi viejo cacharro.

El otro día Harry y yo logramos estar *en repos* los dos, cosa que no suele ocurrir porque, a la hora de la verdad, acabamos trabajando casi a diario, aun cuando esté previsto que libremos. Nos llevamos unos libros y un picnic bastante lastimoso: latas de «carne», galletitas saladas y un diminuto pastel de pasas que Minna había enviado; todo regado con una botella de una bazofia etiquetada por error como «vino». Estoy convencido de que Pliny rellenó la botella con agua de fregar, porque sabía exactamente a eso. En fin, pese al vino abominable y la carne de buey enlatada igualmente abominable (¿o sería de gato?), pasamos una tarde agradable. Casi me terminé *Tarzán de los monos*. ¡Ojalá hubiera devorado las viandas con el mismo entusiasmo!

De hecho, disfrutamos de todo un festín hace unos días. Uno de los hombres recibió la Croix de Guerre y ofreció un banquete para celebrar tan señalada ocasión. No escatimó en gastos y se trajo un chef de París. Auténtica comida, vino que merecía el título de vino francés, y todo con mantelería fina y vajilla de porcelana. Te juro, Sue, que me sentía demasiado mugriento para acercarme siquiera a un banquetazo tan elegante, pero vaya si me acerqué, y todos nos pusimos a zampar en un abrir y cerrar de ojos. De veras, Sue, fue una comilona digna de un Ranhofer o un Escoffier.

Se me hace otra vez la boca agua sólo de recordarlo, así que disculpa los goterones y los borrones de tinta. ¡Y pensar que acabo de comer! Ah..., el recuerdo de esa comida nos mantendrá psicológicamente alimentados durante semanas y semanas de carne hervida y sopa de nabo.

Te quiero,

DAVID

Isla de Skye
14 de marzo de 1916

Ay, Davey:

Ya no sé cómo sentirme.

Iain ha desaparecido.

Acabo de recibir la carta del Ministerio de Guerra, y no estoy segura siquiera de haberla asimilado. La leí, solté un grito, pero no he dicho nada desde entonces. Como si pudiera borrarla con mi silencio. Desaparecido. ¿Cómo es posible?

Finlay está totalmente destrozado. No paraba de repetir: «Yo no estaba a su lado. No he podido ayudarlo», y luego salió de casa. Volvió ya entrada la noche, cubierto de mugre, cojeando, sin su bastón, y durmió dos días seguidos. Tuve que meterlo en la cama, remendar sus pantalones desgarrados, buscar un palo que le sirviera de

bastón. Sin él, es un completo inútil.

Me gustaría saber lo siguiente: ¿por qué Finlay puede venirse abajo?, ¿por qué tengo que ser yo la que mantenga la fortaleza y recoja los pedazos rotos? Nadie más lo ha hecho. Iain es *mi* marido. Soy yo más que nadie la que debería acusar el golpe. La que debería estar destrozada y sin aliento.

Ya sabes que no soy muy devota. No voy habitualmente a la iglesia. Me siento más cerca de Dios cuando estoy yo sola en las montañas. Es una sensación casi pagana, sin embargo, totalmente alejada de los himnos y los sermones. Ahora empiezo a pensar que he descuidado algo vital. No le di a Dios lo que le corresponde y después lo desafié con mis infidelidades, y ahora Iain se ve castigado por mis pecados.

Tal vez tomé una decisión equivocada. Ya no sé qué pensar. ¿Que yo rectificara serviría para que él volviera?

ELSPETH

Lugar Tres
21 de marzo de 1916

Sue:

¿Has tenido noticias?

«Desaparecido» puede significar muchas cosas. A lo mejor no significa nada. Hasta que sepas más, no te entregues a especulaciones, por favor.

He oído hablar de ello demasiadas veces a los tipos que llevo en la trasera de mi viejo cacharro. Estás agazapado tranquilamente compartiendo un cigarrillo y, en un abrir y cerrar de ojos, te encuentras fuera de la trinchera, en tierra de nadie, con treinta kilos a la espalda, corriendo con la bayoneta calada, sorteando los socavones de las bombas, los escombros, los cadáveres de tus compañeros... Cubierto de barro hasta tal punto que podrías tropezarte con tu propio hermano y no lo reconocerías. Ni siquiera puedes detenerte a echar otra mirada, mucho menos para arrastrar a alguien y ponerlo a salvo. Iain podría estar herido por ahí, aguardando a que los camilleros lo recojan. Podría haberse extraviado al salir en tromba de la trinchera. No pienses sólo en lo peor.

Sue, bastante tienes de que preocuparte ahora sin añadir al asunto sentimientos de culpa y, peor todavía, castigos divinos. Yo creo en Dios, sí. Siempre he asistido a misa, incluso durante mis fogosos años universitarios; simplemente entonces tenía más cosas de las que confesarme.

De pequeños, Evie y yo teníamos un libro de historias bíblicas, un precioso volumen ilustrado en cuyas páginas nos enfrascábamos durante las lánguidas tardes de domingo. Recuerdo una imagen de Dios que aparecía en aquel libro. Lo mostraban

como un personaje sereno de barba blanca y mofletes rosados (no tan distinto de Papá Noel, ahora que lo pienso), que observaba desde lo alto con orgullo el mundo recién creado. A mí me hacía pensar en la expresión con la que un padre contemplaría a su hijo recién nacido. Siempre he conservado esa imagen en mi recuerdo, y tal vez por eso nunca he podido creer en un Dios vengativo. Aquella figura bondadosa y paternal nunca me condenaría por dejarme llevar por el mal camino, nunca me daría la espalda por mis pecadillos menores.

Piensa por un momento, Sue. Con todas las atrocidades que el káiser ha cometido, con todos los combates y las matanzas que se están produciendo aquí, ¿realmente crees que Dios está mirando desde lo alto y concentrando su ira en una mujer cuyo único pecado es tener demasiado amor que dar?

Estoy muy cansado. Acabo de terminar una guardia de veinticuatro horas y apenas he podido robar unas horitas de sueño. Sin embargo, no quería postergar la respuesta a tu carta. Si yo no puedo estar a tu lado (al menos, epistolarmente) cuando me necesitas, ¿qué sentido tiene que esté contigo?

Habrás advertido tal vez por el encabezamiento que hemos vuelto a trasladarnos. Hubo un Lugar Dos entre éste y el anterior, pero no nos quedamos allí más que unos días. Ahora estamos un poco más cerca de las líneas, aunque no lo bastante para inquietarnos por si caen bombas mientras dormimos, lo que está bien porque, con la cantidad de horas que llegamos a trabajar, necesitamos dormir todo lo que podamos.

Hablando de lo cual, Sue, me voy a la cama. Apenas puedo sostener la pluma. Mantenme informado, por favor. Pese a las circunstancias, me importa de verdad. Desearía estar ahí contigo para abrazarte, pero esto es lo máximo que puedo hacer.

Te quiero, muchachita.

DAVID

Isla de Skye
28 de marzo de 1916

David:

¿Cómo no iba a preocuparme? ¿Cómo no iba a ponerme en lo peor?

He recibido una carta de un soldado del batallón de Iain, un tal Wallace. Me dice que él salió de la trinchera con Iain aquel día. Lo perdió de vista durante el combate. Cuando sonó el toque de retreta, el soldado Wallace se retiró corriendo y se encontró por el camino a Iain, «gravemente herido». Estaba tan mal que no pudo regresar a las trincheras británicas, ni siquiera cuando el soldado Wallace le ofreció el hombro para que se apoyara. Pasó bastante tiempo antes de que los camilleros llegaran al lugar. A pesar de las indicaciones aproximadas del soldado Wallace, los camilleros dijeron que no habían encontrado a nadie. Es decir, a nadie que necesitara un médico.

Finlay está fuera de sí. Iain y él debían cuidarse mutuamente. Ahora se culpa a sí mismo por no haber estado allí, vigilando a su amigo. Se culpa por no haberse traído a Iain a casa.

Es muy fácil para ti decir que Dios no me está castigando, pero tú no has de sufrir el infierno que yo estoy pasando. No sientes la angustia, la culpa que yo siento. ¿Cómo sabes que no estoy recibiendo en cierto modo un castigo? Lo único que Iain me pedía era mi amor, pero ni siquiera eso pude dárselo sin reservas. Quizá sea ése mi pecado. Quizá sea por eso por lo que estoy siendo castigada.

Sí, ya sé que te importa de veras cómo me siento pero, reconócelo, tú también estás protegiendo tus propios intereses. No quieres verme como una alma en pena, obsesionada con mi esposo desaparecido. Pero apenarme es tal vez lo que debería hacer. Demostraría que estoy buscando cierta redención.

ELSPETH

Isla de Skye
12 de abril de 1916

David:

No pretendía que dejaras de escribirme.

Tus cartas son todavía una de las pocas cosas que me mantienen a flote. ¿Recuerdas aquel «mar caótico» del que te hablaba?

Tal vez sonaba enojada en mi última carta. Ya sé que te preocupas de verdad. Estoy confusa, Davey, simplemente. Estoy confusa y tengo que vérmelas con estos sentimientos de culpa. Y me siento culpable asimismo por no haberme sentido culpable antes. ¿Te parece un disparate?

Además, estoy preocupada. Más allá de lo que yo sienta por ti, Iain es mi marido y siempre lo querré. No puedo soportar la idea de que sufra dolor o angustia.

Y me siento indecisa. No sé cómo quiero que acabe todo esto. Claro que deseo que Iain esté sano y salvo. Pero hay una parte maligna mía, una parte que trato de ignorar, que mira todo esto con cierto alivio: por no tener que tomar ninguna decisión finalmente, por no tener que sufrir dudas por más tiempo. Y entonces vuelvo a sentirme culpable por estar indecisa.

Contéstame, por favor. Te echo de menos.

E.

Isla de Skye

22 de abril de 1916

Davey:

¿Dónde estás? ¿Por qué no me has escrito? No sé qué puedo haber dicho para que te alejes así. Estés donde estés, vuelve a mí, por favor. No sé qué haría sin ti.

¿Dónde estás, Davey?

SUE

Isla de Skye
25 de abril de 1916

¡No me hagas esto! Por el amor de Dios, ¡no puedo perderte también a ti! ¿Es que todos aquellos a los que amo están destinados a desaparecer?

No soy lo bastante fuerte para resistirlo, Davey. No puedo hacerlo todo yo sola sin saber que tú existes en este mundo. Te necesito tanto como el aire que respiro.

Rezaré al dios que haga falta con tal que te devuelva a mí. Rezaré a las hadas y a los duendes que habitan en mi isla. Te rezaré a ti, en el Templo de mi Corazón.

¡Oh, amor mío! Amor mío.

16

Margaret

Portree, Skye
Martes, 27 de agosto de 1940

Querido Paul:

Está lloviendo en Skye. Ha llovido desde que llegó el ferry. Le dije al capitán que soy de Edimburgo, que estoy acostumbrada a las precipitaciones. Él se limitó a reírse mientras mordisqueaba la boquilla de su pipa.

Portree se acurruca, borroso y difuminado, en torno al puerto, como un dibujo de tiza olvidado bajo la lluvia. Por supuesto, no me traje paraguas —¿quién lleva paraguas en Edimburgo?—, así que tuve que correr bajo la llovizna con la maleta sobre la cabeza hasta que encontré un pub donde refugiarme. Ahora estoy arrebujada junto a un fuego, medio borracha y soñolienta, con un ponche caliente y ese viejo libro destartalado. Mirando esa dirección que no es realmente una dirección. Ni calle ni número. Elspeth Dunn, Seo a-nis, Skye, Reino Unido.

Sé que debería levantarme y salir a buscar una oficina de correos para preguntar por la dirección, pero estoy muy calentita aquí, junto al fuego. La lluvia sigue repiqueteando en el cristal. Quizá pida otro ponche y me quede un rato más.

Hace un momento me contentaba con quedarme aquí sentada todo el día, esperando a que amainara la lluvia, pero ahora he pasado a la acción. Mientras te escribía lo cómoda que me sentía junto al fuego de turba, he oído al hosco encargado del local charlando con las matronas de la mesa de al lado en un idioma que conozco por las canciones de cuna de mi madre.

—¿Es gaélico lo que hablan? —les he preguntado. Cuando han asentido, les he mostrado el libro—. Por favor, ¿qué significa Seo a-nis? —Prefiero no contarte cómo lo he pronunciado. Te sentirías profundamente decepcionado de mí. No me cabe duda de que ambas mujeres lo estaban.

Pero en lugar de corregirme, la más alta de las dos ha señalado las letras y ha exclamado:

—¡Elspeth Dunn! Hace tiempo que no oía ese nombre.

La otra ha asentido.

—Se marchó hace años.

—Seo a-nis es su casa. Todavía es suya, ¿no?

—Es de la familia.

En realidad, yo no sabía muy bien qué esperaba encontrar en la antigua casa de mi madre. ¿Restos y reliquias del pasado? Lo único que sabía era que tenía que ir allí.

—¿Dónde queda?

Ellas, imagínate, me han mirado de arriba abajo. El encargado ha sonreído con sorna:

—No es un simple paseo, señorita.

¿Señorita? Como lo oyes.

—Ya sé lo que es andar —me temo que he dicho, con cierta frialdad—. Si puede hacer el favor de indicarme la dirección.

—Está fuera del pueblo, hacia Peinchorran. —Se ha inclinado sobre la mesa—. Si quiere, puedo venderle un mapa y una brújula. Y también un paraguas.

Le he aceptado el mapa —con la casa marcada con lápiz— y la brújula. Ahora estoy encorvada en el umbral de la oficina de correos, terminando esta carta para ti y arrepintiéndome de no haberle comprado también el paraguas. La lluvia sigue cayendo a rachas, y no hay ningún coche que pueda llevarme a la casa. Unos trece kilómetros. ¡Tú y yo hemos recorrido distancias no muy inferiores! Me he puesto los zapatos de suela plana y pretendo intentarlo. Mi madre tiene una casa en la isla de Skye. Con lluvia o sin ella, ¡estoy decidida a encontrarla!

MARGARET

27 de agosto de 1940

Querida Maisie:

Cruzo los dedos y te envío esto a la antigua dirección de tu madre en Skye, pues es la única que tengo. Con un poco de suerte, acabará llegando a tus manos.

Desde que nos conocemos, has vivido preguntándote por tus orígenes. Por los dónde, los cómo y los porqués de Margaret Dunn. Ten cautela. No es que todo padre haya de ser un gandul como el mío, pero no quiero que te lleves un chasco. Te he oído a veces especular sobre quién podría ser tu padre. ¿Un conde? ¿Un general? ¿Basil Rathbone?^[7] No incluiste a ningún «granjero isleño» en tu lista.

Aunque, ¿acaso no consiste en eso hurgar en el pasado? Algo sorprendente, chocante, tal vez incluso un poquito espeluznante: no sabemos lo que vamos a encontrarnos. Entiendo que necesites echar al menos un vistazo. No sabrás si estás tomando el camino correcto en tu propia vida hasta que sepas qué caminos te han llevado a donde te encuentras ahora.

Te planteabas hace poco si nos estábamos precipitando, si podíamos fiarnos de lo que sentíamos. Mi dulce muchacha, yo no te empujaría a nada de lo que no estuvieras

segura. Piénsalo tanto como quieras, por supuesto. Pero dime solamente una cosa: cuando me dijiste «sí» y cogiste mi mano, ¿qué sentías?

En cuanto a mí, yo me sentí como si el corazón fuera a salirseme del pecho y me he aferrado a esa sensación. Cada vez que me vienen los recuerdos de Dunkerque, cuando avanzaba con el agua a la altura del pecho sin saber si los aviones iban a darme o no, sin saber si conseguiría llegar a aquel barco, pienso en el cálido contacto de tu mano en la mía y todos los temores se disipan. Entre todas las cosas del mundo, de lo único que me fío ahora mismo es de lo que siento por ti.

Cuídate y escíbeme cuanto antes.

Con mi amor,

PAUL

Beagan Mhíltean, Skye
Viernes, 30 de agosto de 1940

Querido Paul:

En efecto, me puse en camino hacia Seo a-nis aquel mismo día lluvioso de mi llegada. Lo cual, retrospectivamente, fue un pequeño error. Gran parte del trayecto que hice fue a campo traviesa (aunque, debo reconocerlo, eso se debió más que nada a mi torpeza para descifrar un mapa). Y aquello no era como los caminos sembrados de flores de Borders. Subí y bajé empinadas laderas, recorrí trechos desolados con la única compañía de las ovejas. Llevaba mis zapatos de suela plana, pero no me servían de mucho frente al barro de Skye. No sé cuántas veces tuve que volver atrás a la pata coja para arrancar un zapato del lodo. Me había llevado la maleta (pese a que cualquier persona sensata la habría dejado en el pueblo), porque pensaba cambiarme y ponerme ropa seca cuando llegara, pero en seguida me di cuenta de que era una idea absurda. La maleta estaba totalmente empapada y decidí dejarla arrimada junto a una cerca de piedra medio derruida para recogerla más tarde. Todavía no la he encontrado.

Finalmente, me crucé con un viejo que paseaba con un perro en dirección a Portree (o eso creo yo; juraría que la brújula no funciona bien). El hombre me aseguró que estaba en Peinchorran y me señaló el camino a Seo a-nis. Me dijo que era lo único que había junto a esa orilla del estrecho y que no tenía pérdida. Era cierto.

No parecía que nadie hubiera vivido allí desde hacía décadas. Es una de esas casas encaladas de dos pisos que se ven por aquí, con dos habitaciones arriba y otras dos abajo, y una chimenea en cada extremo. El techo era de pizarra auténtica, aunque muchas tejas se habían caído con los años. Los postigos estaban claveteados y reforzados con tablones. Tanteé la puerta, pero se había alabeado y no se movía ni un

milímetro.

Junto a la casita había otra mucho más antigua, un edificio bajo de piedra con el techo de paja podrido. Más allá, una cerca caída delimitaba un jardín lleno de malas hierbas donde no se veían ya más que cardos. Todo estaba en completo silencio, dejando aparte el rumor de las olas sobre los guijarros de la orilla y los balidos lejanos de las ovejas.

La lluvia había amainado para convertirse en un calabobos neblinoso. Pensé en bajar a la playa, a ver si encontraba algún otro signo de vida. Al rodear la casa por el lado espanté a una bandada de aves, que salieron volando del techado de paja en ruinas. Doblé la esquina y, ah, Paul, me quedé de piedra.

Toda la parte trasera de la casita, el lado que miraba al mar, resplandecía de color. Era como un fresco italiano en mitad de las Hébridas. La pared encalada estaba cubierta con los trazos curvados y ondulantes de una serie de dibujos, algunos extraídos directamente de las leyendas gaélicas y de las nanas infantiles con las que mi madre me acunaba para dormirme. Mujeres mitológicas desprendiéndose en la playa de su piel de foca. Un corro de hadas danzando alrededor de una trémula llama verde. Una mujer encaramada en un risco y vestida con pétalos de rosa, cuyas lágrimas fluían hasta el mar. Los dibujos se fundían y se solapaban unos con otros. Una pareja bailando el vals. Un cuenco de naranjas. Una reluciente perla rosa en el interior de una ostra abierta. Y luego imágenes que sólo podían proceder, obviamente, de la última guerra. Una ambulancia pasando junto a una explosión a toda velocidad, mientras desfilaban hileras e hileras de soldados. El conductor de la ambulancia se asomaba por la ventanilla, con el rostro vuelto hacia el mar, y te juro que había un brillo en sus ojos castaños.

—Ella pintó todo esto —dijo una voz a mi espalda—. Durante la Gran Guerra, mientras esperaba.

Era una mujer pulcra y menuda, con unos ojos negros tan avispados como los de un cuervo. Detrás de ella ronroneaba un camión viejísimo.

—He oído que alguien andaba preguntando en Portree por Elspeth Dunn.

No pude más que asentir.

—Y esos idiotas te han mandado aquí. —Se ciñó un chal sobre los hombros—. Será mejor que vengas conmigo.

Hizo ademán de cogerme del brazo y yo me puse en guardia. Había sido un día agotador.

—Vaya, tienes el espíritu de Elspeth. De chica, ella siempre estaba dispuesta a replicar. Veo lo mismo en ti, Margaret Dunn. —Debí de mostrar sorpresa, porque de repente se suavizaron sus ojos y sonrió—. Soy tu abuela. Te he estado esperando.

Y yo que creía que no hablaba una palabra de inglés y que no sabía leer ni escribir. De hecho, nunca la había tenido muy presente; era sólo mi abuela de Skye, una mujer demasiado ocupada en su granja como para ir a vernos a Edimburgo. Pero eso no quería decir que no le importáramos. Ya te expliqué que, desde que tengo

memoria, le enviaba cartas en gaélico a mi madre todos los meses. Pero, escucha, Paul: madre le escribía a la abuela cada *semana* unas cartas de letra apretadísima donde le contaba cada paso que yo daba, cada sueño que tenía, cada deseo expresado antes de acostarme. ¡Y fotografías! Mi primer día de colegio, mi sonrisa sin paletas, mi décimo cumpleaños, mi confirmación... Todas tomadas con la vieja cámara plegable Challenge de madre. La abuela ha conservado todas las cartas en un baúl al pie de su cama, con todas las fotografías pegadas en la parte interior de la tapa. Aunque ella estuviera lejos de Edimburgo, nunca estuvo lejos de nosotras.

Me he pasado la semana en casa de mi abuela, conociendo a una familia que no sabía que tenía y recorriendo los arroyos y los riscos mientras pensaba en ti. No dejo de imaginar las excursiones que podríamos hacer por aquí. Tú me ayudarías a aclarar todo este lío; después, me cogerías de la mano y yo me sentiría tan a salvo como cuando te dije «sí» en Plymouth. No sé lo que haría sin ti.

Con mi amor,

MAISIE

Londres, Inglaterra
16 de agosto de 1940

Apreciado señor o señora:

Hace muchos años, una mujer llamada Eve Hale, Graham de soltera, vivió en esta dirección con su marido y su hija. No sé si todavía siguen residiendo ahí o si abandonaron Terre Haute, pero le agradecería cualquier información que pudiera proporcionarme. He perdido el contacto con la familia durante unos años y me encantaría localizarla. Eve es la hermana de un viejo amigo mío.

Si dispone de cualquier dato sobre su paradero, ¿podría ponerse en contacto conmigo, por favor? Puede usted escribirme al hotel Langham de Londres. Muchas gracias por anticipado.

Cordialmente,

SRA. ELSPETH DUNN

17

Elsbeth

Sainte Geneviève, París, Francia
28 de abril de 1916

Mi querida Sue:

¡Un millón de disculpas por no escribirte antes! Seguramente te quedaste preocupadísima cuando recibiste sólo esa postal del hospital que te mandé, pero no estaba en condiciones de escribir. Ahora me siento mucho mejor, y he pensado que merecías una explicación más detallada.

Estaba trabajando en una carretera que iba a un puesto de socorro situado cerca de la trinchera trasera, lo bastante para «husmear el infierno», tal como dicen. Debido al intenso bombardeo, los *blessés* no habían sido trasladados aún a ese *poste* en particular, así que esperé en el refugio subterráneo. Pronto vi a los *brancardiers* subiendo penosamente por el repecho situado por encima del refugio. Esa cuesta es peligrosa, porque está totalmente expuesta a los cañones de los *boches*. Era una noche de luna y hubo un momento en que los *brancardiers* y la camilla quedaron iluminados justo en lo alto del repecho. El tiempo suficiente para que un artillero abriera fuego.

Vi que la camilla se iba al suelo y eché a correr cuesta arriba. Uno de los *brancardiers* estaba herido, pero el *blessé* parecía en buen estado. Arrastré al *brancardier* herido por la ladera un largo trecho y luego ayudé al otro con la camilla. Nos volvieron a disparar. Cayó una bomba cerca: tan cerca que me alcanzaron varios fragmentos en el hombro y el pie derecho. Nos las arreglamos como pudimos para subir al *blessé*, al *brancardier* herido y a mí mismo a la ambulancia, aunque yo no estaba en condiciones de conducir.

Mis heridas no eran muy serias, pero sufrí una infección y estuve con mucha fiebre. Me trasladaron a la retaguardia y, al final, acabé aquí en París. Perdona, Sue. Ya sé que debiste de angustiarte al recibir esa postal diciéndote que estaba ingresado en el hospital. No podía escribir. Los médicos franceses me colocaron cánulas en la herida para drenar la infección y no pude mover el brazo durante semanas. Ninguna enfermera hablaba una palabra de inglés, así que ni siquiera podía dictar una carta. Todavía tengo el hombro dolorido y te estoy escribiendo por etapas. En los delirios de la fiebre, no obstante, tú siempre estabas ahí, sentada a mi lado.

TU DAVEY

P. D. ¡Por favor, por favor, mándame unos cuantos libros! No sé cuánto tiempo pasaré aún en el hospital, pero estoy que me subo por las paredes por la falta de algo interesante que leer.

Hotel République, París, Francia
6 de mayo de 1916

¡Mi querida y atolondrada muchacha! Cuando te pedí unos libros, sólo pretendía que me los enviaras por correo. (Aunque... ¿Louisa May Alcott?) Pero tú te limitaste a coger lo primero que había a mano mientras corrías hacia la puerta. Lo que no entiendo es cómo pudiste soportar un trayecto en tren de más de diez horas sin nada que leer, salvo *Los muchachos de Jo*^[8]. Pero, hablando en serio, Sue, ¡eso te pasa por salir disparada de casa sin ninguna maleta! Ni siquiera con unos calcetines de repuesto. Menos mal que te presté un par de los míos. Sé que un día me los devolverás.

Siempre estás presente en mis pensamientos. Pero, vamos, volver a verte en persona, poder beberte como la más dulce de las medicinas de todo el hospital... Me siento como un hombre nuevo. En comparación con tus poderes curativos, los médicos y las enfermeras bien podrían dedicarse a vender agua de cebada de puerta en puerta. Eres mi verdadero tónico personal.

Mañana me vuelvo al Lugar Tres. Te escribiré más desde allí. Sólo quería que hubiera una carta esperándote cuando llegues a casa.

DAVEY

En algún punto del canal
6 de mayo de 1916

Ah, Davey, Davey. ¡No tenías que hacer que te disparasen para llamar mi atención! Ya sabes que te amo de todos modos. Fue una treta muy astuta, no obstante, para obligarme a tomar un barco. Si no lo hubiera visto con mis propios ojos, no habría creído que estabas tan enfermo como decías.

Tenías un aspecto tan patético, querido, tendido en ese catre del hospital, que me provocaste un espasmo de angustia cuando te divisé por primera vez. Tan pálido y delgado bajo la sábana, con los rizos caídos sobre la almohada... Estuve a punto de romper a llorar. Pero entonces abriste esos ojos del color de las montañas y dijiste: «Aquí estás», como si me hubieras estado esperando, y yo supe sin más que estabas bien. Me sorprendió que te dieran el alta tan de prisa, pero tal vez es que querían

librarse de ti después de tanto tiempo. Claro que, considerando las cosas que susurrabas en mis ruborizados oídos, no es de extrañar. Esas enfermeras son *monjas*, Davey. Suerte que no hablaban una palabra de inglés.

Tampoco es que nosotros necesitáramos muchas palabras, una vez en la habitación del hotel. Tus besos interrumpieron las mías con gran eficacia, exactamente igual que en Londres. Con gran eficacia, ya lo creo. Habría deseado que esa larga y enmarañada noche no terminara nunca pero, mi amor, si hubiera sabido lo dolorido que estarías a la mañana siguiente, tal vez habría vacilado. O, al menos, habría comprado una segunda botella de brandy.

¡Ojalá hubiéramos tenido más de una noche! ¡Ojalá hubiéramos podido encerrarnos en esa habitación tanto tiempo como la última vez! Nueve días para besarnos, para comer naranjas, para proponernos, en vano, un rato de sueño. Pero ya sé que tenías que volver a presentarte ante tus mandos. Ya sé que tenías que volver a hacerte cargo de tu ambulancia. Ay, Davey, dejar que te marcharas sólo medio día después de haberte estrechado otra vez entre mis brazos fue tremendamente difícil. Sin embargo, tienes razón: me preocupó tanto de nuestro mañana, de cada despedida, que no disfruto del ahora.

Bastantes motivos hay de que preocuparse en el futuro. No tengo ni idea de lo que me deparará respecto a Iain. Ni respecto a nada. Pero tú estabas tendido en esa cama, con el torso desnudo, hermoso... *aquí*. Tú eres mi ahora, Davey.

En un momento en el que me siento tan insegura, conseguiste tranquilizarme con tu confianza. De todos modos, creo que verte era el único tónico que necesitaba. Me sirvió para despejar todas las dudas e inquietudes.

Llegaré a Skye dentro de unos días. Esta vez me vuelvo directamente, sin parar en Edimburgo. Te escribiré más extensamente una vez que llegue a casa. Sólo quería que encontraras una carta esperándote en el Lugar Tres.

Con todo mi amor,

SUE

Lugar Tres
9 de mayo de 1916

Sue:

De vuelta en el Lugar Tres. He encontrado tus otras cartas esperándome, las del 12, 22 y 25. ¿De veras estabas tan angustiada? Me siento conmovido, de hecho. Debería ingeniármelas para que me hirieran más a menudo. No sólo funcionó de maravilla para que me perdonaras y tuvieras que reconocer cuánto me adoras, sino que me proporcionó la gratificación adicional de ver tu preciosa cara de nuevo. Y, una vez que me sacaste de ese lúgubre hospital, todavía obtuve otra gratificación

extra, es decir, extraordinaria, que, para ser del todo sincero, seguramente le hizo más mal que bien a mi magullado físico, pero dejó mi espíritu en un estado de inefable dicha.

Todavía no estoy del todo restablecido, pero voy mejorando. Me han ofrecido una mención honorífica por mis acciones. Y lo que es más importante (al menos, en nuestra sección), ¡por fin me he ganado un apodo! Estos apelativos tienen mucha importancia entre nosotros, porque significan que te has «probado» a ti mismo y que ya formas parte realmente de la pandilla. Ya te he hablado de Pliny y Riggles. Harry ya tenía apodo de por sí (¿podrás creer que su verdadero nombre es Harrington?). En la brigada tenemos también a Lump, Jersey, Skeeter, Gadget, Bucky y Wart. No me preguntes de dónde proceden, porque no creo que supiera decírtelo. A mí me han puesto Rabbit («Conejo»). Los chicos dicen que he tenido tanta suerte con estos rasguños, que es como si tuviera un amuleto de pata de conejo. No me sirvió para la pata derecha, desde luego, pero la izquierda salió indemne, y... ¿no es ésa la de la suerte?

TU CONEJO DE LA SUERTE (¡SIEMPRE!)

Isla de Skye
15 de mayo de 1916

Davey:

¡Ni se te ocurra dejar que te hieran otra vez! ¡Ni una astilla en el dedo del pie! ¿Me has oído? Si lo haces, no pienso volver a visitarte. Arrojaré al fuego cada carta que me envíes y haré caso omiso de tus pueriles maniobras para llamar la atención.

No me habías contado que formara parte de tu trabajo trepar por repechos peligrosos para recoger las camillas. Durante todo este tiempo me consolaba a mí misma pensando que estabas a salvo haciendo de chófer lejos del frente. Y ahora vas y me dices que no sólo llegas hasta la zona de peligro, sino que ¡te bajas del vehículo, exponiéndote a que te disparen! Prométeme que no volverás a hacerlo.

Finalmente me ha llegado la postal que me mandaste cuando te ingresaron en el hospital. No dice mucho en favor del servicio de correos que haya llegado un mes después de que la enviaste. Si la hubiera recibido cuando tocaba, habría ido a verte mucho antes. ¡Maldita sea la Central de Correos!

Al regresar aquí descubrí que mi nueva casa está terminada. Seguramente a ti no te parecerá gran cosa, pero para mí es todo un palacio. Dos pisos, suelo de madera, una chimenea en cada extremo, ventanas con cristales, ¡y una puerta que cierra! Auténticos lujos, te lo aseguro. Aquí tienes un pequeño boceto de la nueva casa.

Finlay ha estado allí echando una mano. Desde que consiguió la pierna ortopédica, ha adquirido gradualmente una pequeña dosis de paz. Papá encontró unos

grandes pedazos de madera de deriva y Finlay los ensambló y los convirtió en una repisa para la chimenea de la sala. Luego la talló toda alrededor, con sirenas, duendes y mujeres foca. Realmente es la repisa de una chica isleña. De una chica que ha vencido al mar a base de vencer sus propios temores.

El pobre Finlay, de todos modos, está más bien melancólico. Iain no es su único motivo de aflicción. Las cosas se han torcido con su chica. Desde que él regresó, Kate ha ido apareciendo cada vez menos por casa. Finlay todavía mantiene la esperanza de que vuelva a él, de que se acostumbre a esa prótesis tal como él mismo se ha acostumbrado. Pero yo no estoy tan segura. Casi cada vez que voy a la oficina de correos, me la encuentro allí, y siempre con sobres perfumados. No tengo valor para contárselo a Finlay. Se desmoronaría, Davey.

Ahora voy de camino a mi propia granja para empezar a trasladar mis enseres. Hay que lavar a fondo la ropa de cama y orear el colchón. A las demás cosas tampoco les vendría mal un buen cepillado antes de colocarlas en una casa tan limpia y tan nueva. Voy a despachar esta carta de camino hacia allí.

Echándote ya de menos,

E.

Lugar Tres
22 de mayo de 1916

Sue:

Está bien, que me ahorquen si miento. No volverás a verme cometer tales estupideces. Lo juro. ¿Te parece convincente?

Las cosas han cambiado por aquí. Ya te conté que adquirir un apodo es una especie de rito de iniciación que te convierte en uno más del grupo. Y, en efecto, parece como si mi relación con ellos fuese distinta. Los chicos siempre han sido simpáticos conmigo, pero yo no tenía amistad con ninguno, dejando aparte a Harry. Sentía el prurito constante de competir con ellos, de superarlos. Ahora me doy cuenta de que estamos todos del mismo lado. Quizá llegue a hacer algún otro amigo.

Esto es algo nuevo para mí. Ya sé, ya sé, cuesta creer que un chico con mi chispeante personalidad y mi infalible sentido del humor no fuese el más popular del campus, pero es que yo siempre he sido de los que tienen muchos conocidos y pocos amigos. Ahora, en cambio, siento esa camaradería sobre la cual siempre había leído.

Anoche estaba leyendo unos poemas de Darley y caí en la cuenta de que no te he oído hablar de tu poesía desde hace tiempo. Soy consciente de que te he tenido corriendo de una punta a otra del país, pero ¿no has encontrado ningún momento para escribir?

El otro día escribí a vuelapluma un breve cuento de hadas sobre una princesa con

una corona mágica viajera y se lo envié a Florence, pero después eché la cuenta y advertí que ya ronda los cuatro años. ¿Es demasiado mayor para las historias de hadas de tío Dave? ¿Qué es lo que les gusta a las niñas de cuatro años? Ahora está aprendiendo a dibujar y me manda los dibujos más estrambóticos que quepa imaginar (por suerte, acompañados de una descripción escrita por Hank). El último se titulaba: «Mamá y las gallinas y el gato de la tía Sally en la playa.»

Mientras te escribo, estoy comiendo mi almuerzo, un guisado tirando a pésimo que parece mayormente de nabos y col, y no dejo de acordarme de cuando comimos en el Carlton. Pato estofado, ostras, tu primera copa de champán. Todavía veo cómo se te iluminaban los ojos al ver los postres. ¡No puedo creer que pidieras uno de cada! Cualquiera diría que fue hace siglos y, sin embargo, no ha pasado más que medio año. Medio año, media vida. No parece haber mucha diferencia entre una y otra cosa cuando estamos separados.

¿Recuerdas lo que me dijiste cuando nos vimos por vez primera en King's Cross, las primeras palabras que pronunciaste? Caminaste hacia mí y, mientras yo me devanaba los sesos para decir algo inteligente, dijiste: «Aquí estás.» Pienso en ello con frecuencia, Sue. Aquí estoy. Sin importar en qué lugar del mundo me encuentre, «aquí estoy».

DAVEY

Isla de Skye
29 de mayo de 1916

Davey:

Ya estoy en mi casa y me he embarcado en un pequeño proyecto. Todas esas paredes encaladas de blanco constituían un lienzo muy tentador, así que compré todos los pigmentos que pude en Portree y he empezado a decorar el exterior. Me subo a una escalera con los bolsillos repletos de frascos y pinceles, con un trozo curvado de madera de deriva a modo de paleta, que coloco en equilibrio sobre el tejado, y dejo volar la imaginación y fluir los recuerdos a través de mis dedos. Seguro que no tiene ni pies ni cabeza para un pescador que pase con su bote o para los excursionistas que anden por el otro lado del estrecho, pero desde mi punto de vista todo encaja. Cada remolino de color, cada pincelada, es un homenaje a nosotros.

Finlay ha terminado mi repisa y, la verdad, es una obra de arte. Se ha esmerado muchísimo, hasta en los detalles más diminutos. En el centro está la princesa de las hadas con una cara que se parece extraordinariamente a la de Kate. Le he dicho a mi hermano que está perdiendo el tiempo en Skye, que debería estar en la Escuela de Arte de Glasgow estudiando escultura. No debería pudrirse aquí como yo, ni malgastar su talento decorando granjas. Ahora que ya no sale a pescar, ya no está

atado a este lugar tal como lo estamos los demás. Él puede salir al ancho mundo, como soñábamos de niños.

La verdad, quiero que se vaya de aquí, que deje de pensar en Kate. Cuando te estaba enviando mi última carta, la vi en la oficina de correos. Una ráfaga de viento que entró por la puerta abierta le arrancó la carta de los dedos y yo se la recogí. Ay, Davey, iba dirigida a Willie, y apestaba a perfume barato. Ella se dio cuenta de que lo había visto, pero la muy descarada hizo un mohín despectivo y no dijo una palabra. Debería habérselo contado a Finlay de inmediato, haberle dicho que Kate lo había estado engañando todo el tiempo con su propio hermano, pero, ay, no pude. No podía hacerlo justamente ahora que empezaba a hallar un poco de paz.

De todas formas, creo que quizá ya lo sabe. Willie vino de permiso la semana pasada, más inflado que un pavo real; nos entretuvo un rato con historias de intrépidas batallas y luego salió a toda prisa. Yo lo pillé fuera de casa, cuando se dirigía a Portree. Le dije que sabía lo de Kate, que me constaba que era ella la chica con la que andaba y que tenía que dejarlo: que debía hacerlo por Finlay. Él se echó a reír y me dijo que a mí ni siquiera un marido me había detenido y que, de todos modos, yo misma le había dicho que no había nada malo en obedecer a tu corazón. Que él se limitaba a seguir mi ejemplo, pues yo estaba haciendo lo mismo. Que éramos iguales.

Davey, es algo terrible lo que está haciendo. Y ya me imagino a Finlay destrozado. Sólo unos días más tarde, Willie subió a ayudarlo a mi nueva casa. Volvió con la nariz ensangrentada, y Finlay no apareció hasta el día siguiente. Debe de saberlo. ¿Cómo podrá perdonarlos jamás a los dos?

Y, según Willie, yo he estado todo el tiempo haciendo lo mismo con Iain. Pensando en mí, en lugar de pensar en él. Todos esos pequeños tentáculos de culpa que me asaltan de vez en cuando se me echaron encima violentamente a raíz de sus palabras. No sólo era una chivata y una farsante, sino que había inducido a mi hermano a hacer lo mismo que yo. Había provocado una grave desavenencia no únicamente en mi matrimonio, sino también en mi propia familia.

Podría haberle aconsejado otra cosa a Willie. Podría haberle contado a Finlay lo de la carta de Kate en su momento. Pero no he hecho nada, y ahora mis hermanos no volverán a dirigirse la palabra nunca más.

Y detrás de todo esto están mis propias acciones. Si yo no hubiera hecho lo que le hice a Iain, Willie jamás se habría sentido justificado para actuar así. Mi familia seguiría unida.

Davey, mi amor, cielo mío, esto se tiene que acabar. Tengo que parar. Créeme que mis dedos se resisten a escribir estas palabras. Pero no puedo seguir haciéndole esto a Iain. Cuando lo encuentren, cuando vuelva a casa, debo contárselo. Debo aclarar con él la situación antes de que nosotros podamos decidir lo que sea. Las cosas no iban bien entre Iain y yo; eso no me lo discutirá. Pero, escucha, Davey: tengo que hacerlo bien o quizá no podré perdonármelo nunca.

Por eso he estado pintando nuestra historia en la pared de la casa. Un recordatorio de lo que fue. Un monumento a nosotros mismos, con pinceles y colores.

Por favor, compréndelo. Sabes que te amo, pero compréndelo, por favor.

ELSPETH

Lugar Tres
8 de junio de 1916

Sue:

No sabes cuánto he temido que me llegara esa carta. Sabía que llegaría tarde o temprano, pero la temía igualmente.

El día que me respondiste diciéndome que tú también me amabas, Sue, pusiste mi mundo patas arriba. La vida ya no ha sido igual para mí desde que leí aquellas palabras. Pero tu última carta ha vuelto a ponerlo todo patas arriba, y ahora estoy más aturdido que antes. No he dormido desde que la recibí.

Podría suplicarte que no me dejases. Es lo que el chico egoísta que hay en mí querría hacer. Y, en el fondo, creo que es lo que tú quieres que haga también. Pero lo que yo estoy tratando de hacer es un esfuerzo para mostrarme digno de ti, digno de lo que hay entre nosotros, sea lo que sea. Y ese hombre digno de ti jamás te apartaría de aquellos a los que amas. No abriría grietas que resquebrajaran de arriba abajo tu vida.

Lo único que voy a suplicarte, aun así, es que reflexiones durante más tiempo. No me cierres la puerta todavía. Todo esto ha sido muy repentino. Yo no te forzaré a nada que no quieras, pero dame un poco más de tiempo. Déjame abrazarte un poco más. Hasta que Iain vuelva, quédate a mi lado, por favor.

Siempre,

DAVEY

Isla de Skye
19 de junio de 1916

Querido Davey:

Recibí una carta formal del Ministerio de Guerra. Puesto que no se han recibido más noticias, se presume lamentablemente que el soldado Iain Dunn ha muerto en acto de servicio.

En cuanto oí que llamaban a la puerta, lo supe. Ni siquiera abrí la carta en seguida; la dejé sobre la repisa que Finlay talló con tanto trabajo. Curioso: mi primer

pensamiento fue para Finlay. Pensé que se vendría abajo con la noticia. Yo debía hacerme fuerte. Prestarle apoyo a mi hermano.

No dormí nada después de llegar la carta. Me pasé toda la noche en la casa antigua, revisando las escasas pertenencias de Iain. Dejó tan poco, tan escasa evidencia de que pasó por la vida... No tuve valor para mover ninguna de sus cosas de donde él las había dejado.

Olvidado en un estante de la casa antigua, había un almanaque náutico de 1910 — ¿había leído alguna vez en su vida?—, y una pipa tallada. Por las noches, mientras yo escribía, Iain tallaba madera. Había adquirido esa afición de Finlay, lo sé. Aún los veo, de niños, sentados junto a la orilla con la cabeza gacha, los dos muy juntos, convirtiendo pedazos de madera de deriva en muñecos y peonzas para mí. En los últimos años había empezado a pescar en aguas más profundas, se pasaba toda la noche fuera en el bote. Yo me decía que era porque se había cansado de no hacer más que tallar y mirar el fuego noche tras noche. Ahora ya no lo sé.

Tenía un pequeño baúl para su ropa, aunque la que llevaba puesta era prácticamente toda la que poseía. Y, en efecto, allí dentro no había nada, salvo un par de camisas azules muy remendadas que yo le hice cuando nos acabábamos de casar. Eran tremendamente irregulares, pero él nunca se quejó; sólo me las daba para que volviera a coserlas cuando se gastaban los viejos remiendos. Todavía tengo guardado en alguna parte un retal de esa tela azul. Es asombroso que las camisas durasen más que nosotros.

En un rincón del baúl había un viejo peine de madera roto. Iain siempre llevaba el pelo demasiado largo. Decía que le gustaba sentir cómo se le alborotaba en la frente cuando estaba en alta mar. La noche antes de irse, se sentó frente al fuego con el torso desnudo y se cortó el pelo bien corto. Yo pensé en recoger los mechones y guardarlos entre las páginas de Byron, pero él lo tiró todo al fuego. No era muy sentimental.

Al fondo del baúl encontré una lata de galletas abollada, cubierta de salitre y cerrada herméticamente de tan oxidada. Debía de haberla llevado en el petate de pesca durante años, antes de vaciarlo y meter allí su equipaje para el ejército. Tuve que hacer palanca con el cuchillo de trinchar para abrirlo. Ah, Davey. Dentro, había un ejemplar de mi primer libro, *Adiós a Peinchorran*. Aún no nos habíamos casado cuando se lo di, y yo no sabía si lo había leído nunca. Las páginas tenían manchas de humedad y, justo en mitad del libro, en un poema sobre las noches de verano, había un mechón retorcido de mi pelo. En lápiz, él había subrayado esta frase: «... cálido como una ráfaga de aliento en mi rostro.» Junto al libro había un sonajero de madera trabajada.

Desde entonces he permanecido aquí, envuelta en un suéter suyo, contemplando el fuego. *Màthair* vino ayer y chasqueó la lengua al verme sudando frente al fuego con un jersey de lana. Me trajo agua para darme un baño y se puso a preparar una empanada de pescado. Mientras la empanada se cocía, me ayudó a lavarme el pelo y me dijo: «¿Es culpa lo que sientes?»

¿Cómo podía explicarle que no me sentía culpable por amarte a ti, que me sentía culpable por no haber amado lo bastante a Iain? Durante todo este tiempo había creído que él se alejaba de mí, pero no era cierto. Él se iba a pescar arenques en las aguas del Minch, pero se llevaba consigo una parte de mí. Siempre me mantuvo a su lado.

Me siento tan vacía, Davey. Cuando recibí la primera carta y supe que había desaparecido, me dije que estaba muerto. Entonces derramé mi buena ración de lágrimas. ¿Por qué debería haber pensado otra cosa? La esperanza es inútil en una época como ésta. Sólo sirve para que te lleves una decepción.

Davey, no sé cómo hacer esto. Cómo afrontar el duelo. No derramé una lágrima cuando llegó la carta y todavía no he derramado ninguna. No puedo abandonar la casa. ¿Quién lo entendería? Ahí va su viuda, que se niega a llorar. Ahí va su viuda: no le importa nada.

Pero sí que me importa. Era mi marido. ¿Cómo no iba a importarme?

No sé bien qué espero que digas. Ni siquiera tengo muy claro por qué te escribo, pero eso es lo que estoy haciendo. *Màthair* me dijo que no parara. Que siguiera escribiendo a «mi americano», que no había mejor manera de mantenerme a flote.

Por favor, no me dejes, Davey.

SUE

18

Margaret

Beagan Mhìltean, Skye
Sábado, 31 de agosto de 1940

Querido Paul:

Desde que me encontró en Seo a-nis y me llevó a su casa, la abuela vio en mis ojos todas las preguntas que yo tenía dentro. Pero me dio largas: me dijo que ya hablaríamos al día siguiente. Tenía en el fuego una gran olla de gachas y me hizo sentar a la mesa frente a mi abuelo y mi tío Willie, dos hombres tan curtidos como los acantilados de Salisbury. La abuela mantenía fijos en mí sus vivarachos ojos de cuervo; en cambio, el abuelo mantuvo los suyos entornados durante toda la comida.

Sin otro ruido que el chisporroteo del fuego y el rechinar de las cucharas en los cuencos, esperé a que la abuela dijera algo. Una mujer tan pequeña y, sin embargo, tan intimidante. Lo primero que hizo cuando llegamos fue secarme y darme un suéter antiquísimo y unos pantalones del abuelo para que me cambiara. Ahora mis ropas humeaban frente al fuego. Incómoda con aquellas prendas ajenas, en un lugar extraño, aguardé a que la abuela hablara primero.

El tío Willie no dejó de cotorrear durante la comida: narrando anécdotas de Skye, haciendo preguntas sobre Edimburgo, contando una sarta de chistes espantosos. Sobre él o sobre mi madre no dijo una palabra. Viendo los labios apretados y los ojitos entornados de la abuela, deduje que Willie era la decepción de la familia. Soltero, grosero, desmañado; todavía ocupando espacio en la casa de su madre.

Mientras Willie charlaba, la abuela me observaba en silencio, como midiendo fuerzas conmigo. Y estaba claro que la anciana era la más obstinada de las dos. Finalmente, le pregunté cómo sabía que yo iba a aparecer. En un sitio como Skye, sería capaz de creer en el don de la clarividencia.

—Finlay me escribió.

La cuchara de Willie chocó con estrépito sobre el cuenco.

—¿Finlay ha escrito?

—Por primera vez en veinte años o más —respondió ella con un brillo de satisfacción en los ojos—. Decía que la hija de Elspeth lo había localizado y que, si la chica seguía mostrándose tan insistente como con él, la tendría muy pronto en mi puerta.

—¿Por qué no me contaste que había escrito?

La abuela lo fulminó con la mirada.

—Sólo porque vivas en mi casa y comas mi pan no voy a contártelo todo, Willie Macdonald.

Él ni siquiera pareció disgustado.

—Es mi hermano.

—Pero no te escribió a ti.

Willie echó la silla hacia atrás bruscamente y, sin excusarse, salió de la cocina.

Una decepción, en efecto. Mi primera noche allí y ya me encontraba en medio de una trifulca familiar.

—Finlay me dijo que estabas haciendo preguntas sobre Elspeth —dijo la abuela—. Que querías saber cómo era tu madre antes de que nacieras.

Asentí:

—Él no me contó gran cosa.

—Finlay es tan testarudo como Elspeth, desde luego. Los dos se han pasado todos estos años esperando a que el otro se disculpara... —Sirvió en mi cuenco los restos de gachas de la olla—. Siempre se han parecido más de lo que les gustaría reconocer, incluso de niños. Eran nuestros dos soñadores. No se contentaban con la vida de granjeros. Estaban hambrientos de saber. Leían y releían todo cuanto caía en sus manos. Mantenían los ojos en el horizonte, como buscando una manera de alcanzarlo. Y los dos, cuando entregaron su corazón, lo perdieron para siempre.

Recuerdo exactamente lo que dijo, porque se lo hice repetir y, en cuanto pude, lo anoté.

—La diferencia, sin embargo, era que la poesía sólo estaba en el alma de Finlay, mientras que Elspeth la tenía en la punta de los dedos. —Recogió los cuencos y los apiló ruidosamente—. A la cama, Margaret Dunn. Mañana te daré ese «primer volumen».

Aquellos ojos negros no admitían discusión, y me quedó claro de dónde había sacado madre su obstinación.

Cuando me desperté por la mañana, la casa estaba en silencio. Todo el mundo había salido al campo a realizar sus tareas. En la mesa de la cocina había un plato de pan plano, un tarro de mermelada y un gran montón de libros de poesía con cantos dorados. Todos, escritos por mi madre.

¡Yo no tenía ni idea, Paul! Sabía, sí, que la poesía impregnaba su alma, pero no que hubiera fluido sobre las páginas en su momento. ¡Mi madre..., poeta!

Me he pasado toda la semana leyendo y releiendo esa pila de libros, construyendo un retrato de ella con fragmentos de verso. La alegría, el sol, el mar. El amor planeando en el aire, desvaneciéndose. El amor desgarrándola, partiéndola en dos. Y empiezo a comprender lo que siente mientras vaga por Londres. Pues en su poesía vislumbro algunos de sus fantasmas.

Con mi amor,

MARGARET

Londres, Inglaterra
24 de agosto de 1940

Apreciado señor o señora:

Hace muchos años, un joven llamado David Graham se alojó en esta dirección mientras estudiaba en la Universidad de Illinois. Sé que ha pasado mucho tiempo, pero le agradecería cualquier información que pudiera proporcionarme.

Si tiene algún dato sobre su paradero después de abandonar Urbana, Illinois, ¿podría ponerse en contacto conmigo, por favor? Puede escribirme al hotel Langham de Londres. Gracias de antemano.

Atentamente,

SRA. ELSPETH DUNN

19

Elsbeth

Lugar Cinco
30 junio de 1916

Querida Sue:

Sue, TÚ NO HAS HECHO NADA MALO. No hay nada inapropiado en tu manera de reaccionar ante la muerte de Iain. ¡Cómo se atreve nadie a hacerte sentir lo contrario! Llorar, si quieres. O cantar, si lo prefieres. Ponte el vestido negro para ir a la iglesia, pero cámbiatelo cuando llegues a casa por uno amarillo. Y si quieres quedarte sudando frente al fuego, hazlo, por supuesto. Pero luego, a la mañana siguiente, sal a pasear descalza bajo el rocío fresco.

No te desmorones ni por un momento. Me parece que no comprendes hasta qué punto eres una fuerza de la naturaleza. Tú no estás hecha para el luto. Estás hecha para vivir y amar. Al seguir viviendo, le rindes a él homenaje. Al seguir amándolo, le rindes homenaje. Aférrate a eso, Sue.

Y recuerda: «Aquí estoy.» Sólo a un sobre de distancia.

DAVID

Isla de Skye
7 de julio de 1916

Mi *chevalier*:

Incluso cuando crees que no tienes nada que decir sabes encontrar las palabras perfectas. Desde luego, me habría bastado ver un sobre mugriento con tu letra para animarme, pero las palabras que me escribes son como un bálsamo para mi corazón desgarrado.

No tengo ningún vestido amarillo, pero en el camino de vuelta a casa desde la oficina de correos no pude evitar la tentación de quitarme el sombrero y ponerme un puñado de nomeolvides azules en el pelo. Hacía un día precioso, cálido y apacible, que me recordó al día de mi boda. ¿Sabías que la semana pasada habría cumplido ocho años de casada? Recogí algunos nomeolvides más, saxífragas amarillas, pensamientos y jaboneras blancas, y me los até en un pequeño ramillete a la cinta de

mi sombrero. Luego fui al lugar donde Iain y yo solíamos jugar de niños y lo dejé sobre la colina mágica (esas lomas puntiagudas, bajo las que habitan las hadas) donde me dio mi primer beso. No se me ocurrió mejor lugar para rendir homenaje a su memoria.

Mientras permanecía allí, tratando de recordar a ese hombre al que no había visto desde hacía casi dos años, a ese marido que se había convertido de repente en un extraño para mí, la cuestión de si todavía lo amaba o no revoloteó por mi mente con toda espontaneidad.

Yo creo que siempre he amado a Iain de un modo u otro. Ya te he dicho que lo conocía desde siempre. Desde el cariño infantil hasta el «encaprichamiento» adolescente. Desde el ruboroso amor de la edad adulta hasta el comfortable amor conyugal. O sea que, sí, todavía lo amo. Creo que he estado haciéndolo tanto tiempo que me resulta inconcebible no amarlo.

Es gracioso que me preguntes por mi poesía. No había escrito nada durante meses, desde las Navidades. Anoche intenté escribir algo, por si me servía para aclarar mis sentimientos, pero todo sonaba artificial. Las palabras no fluían como cuando estaba a tu lado. ¿Recuerdas aquel poema que escribí en Londres en el que describía tu cuerpo desparramado en la cama, con el brazo tapándote la cara? Ese momento en sí mismo era un poema. Las palabras acudían por sí solas, yo sólo tuve que tomarlas al vuelo y fijarlas en la página. Anoche, en cambio... No podía, sencillamente. ¿Me habrán abandonado las musas? ¿Ya no podré volver a escribir?

Por extraño que pueda parecer, dadas las circunstancias, me siento mejor tras haber hablado de Iain, casi como si mis palabras aquí fuesen un elogio fúnebre. Al evocarlo, al depositar ese ramillete, siento como si estuviera cerrando (suavemente) una puerta. Pero cuando se cierra una puerta, ya lo único que queda es abrir otra.

SUE

Lugar Seis
15 de julio de 1916

Sue:

Me da la impresión de que estás bien. Ya sabía yo que acabarías averiguando lo que debías hacer.

Nosotros nos hemos trasladado otra vez. Me siento como un gitano, como si viviera en la trasera de mi viejo cacharro y no me acostara en ningún sitio el tiempo suficiente para dejar al menos una huella en el suelo. Oficialmente, ahora estamos *en repos* de nuevo, así que nos hallamos lejos del frente, aunque hacemos de vez en cuando alguna evacuación, normalmente de enfermos (*malades*) más que de heridos (*blessés*).

El Lugar Seis es uno de los más bonitos que he visto en Francia, y lo parece más por la paz y el respiro que nos proporciona. Ojalá pudiera cogerte de la mano y enseñártelo. Nosotros estamos en un pequeño valle, justo a la salida del pueblo, cubierto de verde y salpicado de flores. Después de oler tanto a pólvora y a sangre, al hedor dulzón de la infección, no nos cansamos de aspirar la fragancia de la hierba fresca y de las flores silvestres. Aquí tienes una amapola, Sue. Ponla entre las páginas de tu *Huckleberry Finn* y guárdamela ahí.

Recuerdo cuando escribiste aquel poema en Londres, Sue. ¿Me lo podrías enviar? Yeats y Shakespeare están muy bien, pero me muero de ganas de un poco de Elspeth Dunn.

¿Has notado que no me preocupó cuando dices que no volverás a escribir? Lo mismo pensaste después de estallar la guerra y luego seguiste escribiendo. Cosas más oscuras, más reflexivas, pero poesía, de todos modos. Sé que escribiste mucho mientras permanecimos en Londres. Las musas no te han abandonado, Sue. Ten paciencia.

Y tampoco has dejado de escribir, por más que digas. Tus palabras no se han vuelto artificiosas. Sigues escribiéndome a mí, y no creo que hayas escrito jamás pensamientos más naturales y más sinceros que los de estas últimas cartas.

Ah, la campana del comedor. Tengo que terminar aquí, pero quería recordarte que hay alguien en Francia pensando en ti.

DAVID

Isla de Skye
22 de julio de 1916

Davey:

Ayer estuve muy pensativa. Mientras hacía mis tareas, no dejaba de pensar en lo que significa estar casada: todas las esperanzas que la comunidad deposita en ti, todas las expectativas que tú tienes de ti misma. Pues bien, aún no sé muy bien qué significa ser viuda. No sé qué tengo permitido hacer o sentir.

Estoy segura de que la madre de Iain piensa que debería pasarme el resto de mis días de luto, rezando cada mañana una plegaria por su alma, encendiéndole todas las noches una vela. Mientras permanecía agachada en el jardín reflexionando, empecé a pensar que era eso lo que debería hacer.

Luego llegó tu carta y me recordó que, de los hombres que me han amado desde lejos en mi vida, aquí había uno que estaba sano y salvo y en perfectas condiciones.

Busqué entre mis papeles y rescaté ese poema para copiártelo. De golpe, las palabras me trajeron a la memoria aquella lánguida tarde. Recordé cómo te contemplaba, allí tendido en la cama, tan a tus anchas, tan feliz. No habíamos

comido, apenas habíamos pegado ojo en varios días, pero tú estabas perfectamente satisfecho.

¿Recuerdas cómo me dabas las naranjas del frutero, gajo a gajo, con tus propios dedos? No sé qué era más dulce, si las naranjas o tú.

El poema no solamente me recordó aquella tarde, sino también que he estado enamorada de ti durante mucho tiempo. En vez de consumirme el resto de mis días por alguien que no volverá jamás, podría consumirme por alguien que sí lo hará. Si rezo una oración cada mañana, Davey, será por ti, para que esta guerra acabe pronto y yo te tenga a mi lado.

E.

Reposo

*Tendido, inmóvil, bañado de luz,
cada músculo con un brillo dorado.
Extendidas las piernas, el cuerpo envuelto
en la blanda caricia de las sábanas blancas.*

*Relajado, abierto, desnudo.
Con el candor del cuerpo, sin disimulos.
Languidecen los dedos antes crispados,
se derriten, exhaustos, los músculos trémulos.*

*El brazo echado sobre la frente,
los ojos entornados pestañean apenas.
Inspira y espira casi sin ruido.
Ven conmigo, murmura muy quedo.*

*Se estira y bosteza, león adormilado.
Se reacomoda despacio entre las sábanas.
Me llama con perezoso ademán
y yo me uno a él en su lánguido reposo.*

Lugar Ocho
31 de julio de 1916

Sue:

Hemos ido saltando de sitio en sitio, pero seguimos *en repos*. Ahora estamos

acampados en los terrenos de una espléndida villa, con todas las tiendas montadas en mitad de un parque flanqueado de árboles. No hay mucho que hacer, excepto algún que otro traslado de *malades*, así que nos hemos dedicado a descansar, leer, pasear y recorrer el pueblo vecino. Algunos días casi olvidamos que estamos en guerra.

Tu poema también a mí me trajo recuerdos. Sí, recuerdo cómo te daba gajos de naranja. El jugo te resbalaba por las comisuras de los labios y yo te lo limpiaba a besos. ¡Nos dimos tantos baños! Ya sé, a ti te habría gustado poder llevarte aquella bañera a tu casa, como recuerdo. Yo me habría llevado las naranjas. O tal vez esas flores que tanto te gustaron en Piccadilly, las que dijiste que olían como las Highlands.

No vayas a sacar ya el billete de tren, pero creo que van a dejarme salir *en permission* a principios de septiembre. Tenemos derecho a coger cada tres meses un permiso de una semana, pero podemos tomarnos dos semanas después de los nueve meses. Una semana no basta ni mucho menos para ir a Escocia y volver (por eso nunca he pasado de París hasta ahora) pero, con dos semanas, sí nos da tiempo de sobra. Así pues, *en garde*, mi amor. Si todo va bien, iré a verte en septiembre. Quizá podríamos encontrarnos en Edimburgo, ¿no?

DAVID

Isla de Skye
7 de agosto de 1916

¡Davey, mi Davey!

¿Me atrevo siquiera a albergar la esperanza de verte en septiembre? Ya sé lo imprevisible que es el ejército a la hora de dar permisos, pero... ¡sólo falta un mes! ¡Comenzaré a desempolvar mi maleta! Sí, sí, esta vez me acordaré de llevarme una maleta. Edimburgo sería perfecto. Me quedé enamorada de la ciudad. O podemos vernos en Londres otra vez, si te resulta más fácil. No quiero despilfarrar ni un minuto de tu permiso. Algún día te traeré a Skye, pero ya habrá tiempo para eso. Ya habrá tiempo.

Mi madre se presentó la semana pasada en mi puerta con Chrissie y los niños. Entre la escasez de alimentos que hay en Edimburgo y el ataque con zepelines de primavera, Chrissie ha pensado que los niños estarían mucho mejor con nosotros, en Skye. Ella y *màthair* se miraron un momento en silencio y luego *màthair* dijo: «Con todo el sitio de sobra que tienes.» Así que ya me ves aquí, haciendo de «mamá».

Chrissie se volvió a Edimburgo a la mañana siguiente —las enfermeras hacen demasiada falta en estos momentos como para que pudiera tomarse más que unos días—, pero los niños se han adaptado muy bien. Yo sólo tengo una cama, y Emily duerme ahí conmigo. *Màthair* trajo para los niños unas fundas de cutí y las

rellenamos de paja y sanjuanera. A todos les pareció una aventura divertidísima salir de excursión en busca de sanjuanera. Emily es la única que tiene memoria de haber vivido en Skye. Allie iba aún con bombachos cuando se fueron, y Robbie era apenas un pequeñín, así que los dos niños sólo han conocido la vida de ciudad y ven todo este viaje para quedarse con la tía Elspeth en las Highlands como algo similar a la expedición de Marco Polo a China.

Sé que *màthair* y Chrissie pretenden distraerme, llenar mis días y mis noches para que no me sienta tan sola. No puedo reprocharles su amabilidad. Pero ellas no saben que desde que el cartero me trajo una carta —un día lluvioso de primavera, hace ahora cuatro años y medio— de un descarado americano, yo ya no he vuelto a sentirme sola. Te quiero.

E.

Lugar Nueve
14 de agosto de 1916

Querida Sue:

Cuando estamos todos tumbados sin nada que hacer, siempre acabamos hablando de uno de los dos temas, mejor dicho, de los tres temas siguientes. En primer lugar, es inevitable que la cuestión de las chicas salga al menos una vez en cualquier conversación. Los que están prometidos sacan una fotografía doblada y arrugada de la novia que los espera en casa a la vuelta. Pliny, siempre tan listillo, saca una postal francesa subida de tono que ha comprado en algún lado y jura solemnemente que esa chica es su «nena». Pero ¿sabes qué es lo mejor de todo? Que cada vez es una postal distinta.

El otro tema favorito de conversación, como era de esperar, es cuándo acabará la guerra. Nosotros siempre somos optimistas y solemos poner una fecha imprecisa alrededor de las siguientes vacaciones importantes. En esta época del año, todos afirmamos alegremente que la guerra terminará por Navidades. Una vez metidos en enero, cruzaremos los dedos para que el desenlace llegue con la Pascua.

El tercer tema de conversación que aparece siempre es qué haremos después de la guerra. Esa visión futura, sea cual sea, empieza invariablemente con un banquete a la altura de Delmonico's. Pan con mantequilla auténtica, sustanciosas sopas de pescado, filetes gruesos como un brazo, pasteles, tartas y donuts, café con crema de leche, *bourbon* del bueno... Por favor, disculpa las gotas en el papel: estoy babeando.

Tras atracarse con ese festín tan esperado (y tras quemar tal vez las grasas con un poco de ejercicio con las «nenas» antes mencionadas), nuestros futuros «yos» habrán de escoger una profesión o un camino en la vida. El bueno de Wart sólo desea establecerse con su chica y empezar a fabricar un Wart junior. Pliny tiene el

ambicioso plan de presentarse al Congreso de Estados Unidos. Se imagina a sí mismo como un pez gordo, con una incesante provisión de puros y mujeres. Gadget, el más mañoso de todos para reparar y apañar nuestros viejos cacharros, quiere trabajar para Henry Ford diseñando coches. Riggles quiere abrir un concesionario para venderlos. Harry volverá a Inglaterra con Minna y tal vez se convierta en profesor. Dice que ha visto tantas heridas y mutilaciones que ya se le han quitado las ganas de ejercer la medicina.

En realidad, todo es pura cháchara. Fantasías sin sentido. Está muy bien hablar de lo que harás cuando salgas de aquí, pero no pasa de ser puro humo hasta que realmente salgas de aquí. Podríamos estar hablando hoy de nuestro futuro y perder ese futuro mañana. Bueno, salvo en el caso de tu Davey. Ya sabes que yo voy a volver contigo, ¿verdad, Sue? He hecho un pacto fáustico para garantizarme que pueda volver a ver a mi Sue. Ah, tal vez no sea patriótico hablar de *Fausto* hoy en día. Si alguno de mis camaradas leyera esto, me emplumarían sin la menor duda. ¡MALDITA BASURA BOCHE! Bueno, quizá se conformarían con insultarme y se saltarían el resto.

Ah, nos llaman para empezar a arrancar las ambulancias. He de cerrar el sobre y echarlo para que salga ya.

¡Besos!

D.

Isla de Skye
22 de agosto de 1916

Querido Davey:

¿Qué les cuentas a tus compañeros de tu «nena»? ¿Les has dicho que soy de una belleza apabullante? ¿De una asombrosa inteligencia? ¿La cocinera más succulenta de este lado del Muro de Adriano?

¡Ah, Davey! ¡Acabo de caer en la cuenta de que, si todo va bien, este año comerás mi mundialmente famoso pudin de Navidades en persona! Ya habrás acabado el año por el cual te comprometiste, ¿te das cuenta? No me importa realmente si la guerra termina en Navidades o no, porque para entonces seré yo, y no el American Field Service, quien te tenga.

Hablas de todos los demás y de lo que desean para el futuro, pero no dices ni una palabra de ti. ¿Acaso tienes algún secreto? Será «pura cháchara» como tú dices, pero estoy segura de que has pensado en ello. Eres demasiado optimista, querido Davey, para no soñar con el futuro. ¿Me llevarás a Delmonico's? ¿Me enseñarás a conducir? ¿Me sorprenderás con viajes de esquí a Michigan? ¿Nos despediremos de todo el mundo y navegaremos alrededor del mundo? Desde que te conocí, he hecho más

cosas de las que jamás pensé que haría. Sólo en el último año he estado en Londres, París y Edimburgo. He cenado en el Carlton, dormido en el Langham y salido de compras por Charing Cross Road. Creo que podría aprender a esquiar o a conducir. Contigo a mi lado, puedo afrontar cualquier aventura.

Te ama,

SUE

Lugar Diez
31 de agosto de 1916

Sue:

Aquí no paramos. Apenas he tenido un descanso lo bastante largo para cambiarme los calcetines. Estamos atendiendo un solo puesto de socorro, pero pasan tantos hombres por aquí que tenemos los veinte vehículos circulando a cualquier hora del día. Yo llevaba trabajando casi cuarenta y ocho horas sin echarme siquiera una siesta. Ahora mismo estoy mojando un currusco de pan en una sopa tibia y tratando de mantener los ojos abiertos el tiempo suficiente para contestarte.

¡Qué cansado estoy, por Dios!

No hay ningún secreto sobre el futuro, Sue. Espero fundar la primera compañía de ballet de las Highlands. Y tú puedes tocar el organillo de en el y...

Perdona, estoy dando cabezadas...

Besos.

Lugar Diez
1 de septiembre de 1916

Sue:

Siento que mi última carta fuera tan breve y tan embrollada al final. Me estaba quedando dormido sobre ella literalmente. Entre cabezada y cabezada, te juro que vi a una marmota que pasaba corriendo por mi lado. Ahora estoy sentado en la ambulancia, tratando de escribir esta nota sobre mi rodilla mientras me bebo una taza (o diez) de café.

Todavía seguimos en _____, y la situación no puede ser más caótica. Del permiso no me han dicho una palabra, pero te avisaré en cuanto sepa algo.

Llevamos aquí..., ¿cuánto?, dos semanas ya, así que no creo que vayamos a quedarnos mucho más sin que nos pongan *en repos* o nos dejen salir *en permission*.

Si nos mantienen trabajando a este ritmo, acabaremos todos exhaustos. Gadget se ha puesto enfermo y está en el hospital de campaña, o sea que tenemos a un hombre menos.

Respecto a lo de las Navidades, esperemos a ver. Tienes razón, mi año prácticamente se acaba, pero puedo reengancharme por períodos de tres meses. No sé... El futuro no va a escaparse. Ya lo hablaremos cuando nos veamos. Cruzo los dedos por ese permiso.

Riggles ya le está dando al manubrio para arrancar la ambulancia, así que he de terminar aquí. ¡El último sorbo de café!

D.

Isla de Skye
11 de septiembre de 1916

Querido Davey:

Espero que hayas podido descansar. ¿Alguna noticia sobre el permiso? ¿Podrás desplazarte hasta aquí arriba? Yo puedo bajar otra vez y reunirme contigo en Londres. Ya tengo avisada a *màthair*. Ella vendrá a quedarse con los niños en cuanto llegue tu telegrama.

Aunque, por Dios, suena extraño que *màthair* vaya a quedarse con «los niños». No son míos, pero no puedo evitar sentir cierta responsabilidad. Al fin y al cabo, ¡estoy contribuyendo a dar forma a sus jóvenes mentes!

Chrissie no reconocerá a sus hijos cuando venga a recogerlos. Están todos bronceados y cubiertos de pecas por el sol. Los chicos se han puesto la mar de rollizos con todo el queso fresco y la leche que les estoy dando. Emily todavía está un poco delgada a mi modo de ver, pero ahora que la he obligado a ponerse al sol, al menos tiene más energías.

Escribe, por favor, por muy cansado que estés. Con sólo un «te quiero» garabateado en una postal ya me da un brinco de alegría el corazón.

Te quiero.

E.

Lugar Once
11 de septiembre de 1916

Mi querida, queridísima muchacha:

Lamento no haber escrito mucho últimamente. Estábamos en una zona al rojo vivo y prácticamente no parábamos. No teníamos tiempo para nada, salvo para conducir y mantenernos fuera de peligro. Pero aunque no tuviera tiempo o energía para escribirte, Sue, tú nunca abandonas mis pensamientos.

Al fin estamos *en repos*. Creo que aunque nos hubieran instalado en mitad de una ciénaga, no nos habría importado, tan agotados nos sentimos. A mí me tiene sin cuidado adónde me lleven, con tal de poder dormir y escribir a mi Sue.

Nos encontrábamos bastante cerca del jaleo y tuvimos unos cuantos sustos de los buenos en la sección. A Harry le explotó una bomba justo delante mientras conducía. Él salió prácticamente ileso, sólo con unos arañazos y un zumbido en los oídos, pero la ambulancia quedó muy dañada en la parte del morro. Todos nos hemos sorprendido dando cabezadas al volante, pero Bucky terminó saliéndose de la carretera y se estrelló contra un muro. Ha quedado un poco maltrecho, como podrás imaginar, y se ha ganado un viajecito fuera de aquí.

No sé cuánto tiempo estaremos aún *en repos*, pero no importa: por mucho que sea, no parecerá suficiente. Le he recordado discretamente a mi comandante lo de mi permiso. Esperemos a ver qué dice. Acabamos de llegar al Lugar Once y estoy seguro de que tiene que poner un poco de orden antes de empezar a firmar ningún permiso.

Creo que voy a echarme una siesta antes de que nos llamen a comer. ¡Ah, es una delicia poder tumbarse en la cama!

Te echo de menos,

D.

CORREOS Y TELÉGRAFOS
PARÍS
13 DE SEPTIEMBRE DE 1916

E. DUNN ISLA DE SKYE
TENGO PERMISO DOS SEMANAS
ENVIARÉ TELEGRAMA CUANDO LLEGUE A INGLATERRA
SALGO MAÑANA

D.

21 Rue Raynouard, París, Francia
13 de septiembre de 1916

Te mando una postal además del telegrama por si no lo recibieras a tiempo o por si la

postal llega antes.

¡He conseguido un permiso! Dos semanas, aunque te cueste creerlo. Recibí el pase para viajar a París a las pocas horas de enviarte mi última carta y ya tenía las cosas en el petate medio minuto después. ¡Son las ventajas de haberse trasladado tantas veces!

No hace falta que bajes hasta Londres. Yo empezaré a dirigirme hacia el norte y tú empieza a viajar hacia el sur. Nos encontraremos a medio camino...

D.

OFICINA DE TELÉGRAFOS
S 16.04 PORTREE
13 DE SEPTIEMBRE DE 1916

D. GRAHAM EDIMBURGO
NOS VEREMOS EN EDIMBURGO CATEDRAL SAINT MARY Y ESTA VEZ
ESTARÉ ALLÍ
MI CORAZÓN VUELVE A REBOSAR DE POESÍA
SUE

20

Margaret

3 de septiembre de 1940

Querida Maisie:

Nunca me habría imaginado que la clave para llegar a tu madre pudiera estar en la poesía. Cuando la vi aquella primera vez trabajando en la parcela del barrio, me pareció una de las personas más terrenales que había conocido. Mi abuela es una mujer dura y bregada, ya lo creo, pero ahí estaba tu madre, manejando la pala con brío y soltando maldiciones en gaélico. ¡Y pensar que si no me hubiera apiadado de ella y de su tosca pala, y no la hubiera ayudado a cargar aquellas cestas de coles hasta tu casa, quizá nunca te habría conocido!

Cuando ella abrió la puerta y te vi bailando en medio de la cocina con un viejo jersey y unos pantalones bombachos, supe sin más que tenías que ser mi chica o, al menos, si no me aceptabas, que yo había de convertirme en tu mejor amigo: cualquier cosa con tal de estar cerca de ti.

Tu madre, sin embargo, captó de inmediato mis intenciones. Cuando me acompañaba por la escalera y me estaba dando las gracias, se inclinó y me dijo al oído: «Ella sólo piensa con el corazón. No se lo vayas a romper.» Por eso tardé dos semanas en volver a presentarme.

¡Y pensar que escribía poemas de amor! Supongo que precisamente por eso me caló en cuanto te puse los ojos encima.

¿De veras no la has visto nunca escribir un verso? Después de recibir tu carta, investigué un poco y... resulta que tiene siete libros publicados. ¡Siete! Mi abuela lleva viviendo el doble, y no sería capaz de componer una estrofa decente aunque estuviera en juego el destino del universo.

¿Qué has descubierto? Me imagino que no habrás tropezado con un poema con el nombre y la dirección de «Davey», ¿no?

Con todo mi amor,

PAUL

Beagan Mhíltean, Skye
6 de septiembre de 1940
(¿Qué día de la semana es?)

Querido Paul:

No, ninguna dirección entre las páginas, pero sí he encontrado flores, briznas de hierba, rizos de lana, granos de arena. Da la impresión de que se llevaba los libros por la isla y metía entre las páginas todo lo que encontraba.

En *Surgido del caos*, su último libro, cuya tapa roja está casi intacta, había varias fotografías dentro. Un joven alegre con una chaqueta de cuadros sonríe en una de ellas. En otra, una mujer de pelo oscuro con un vestido claro y vaporoso aparece sentada en un jardín lleno de flores, mirando melancólica a la cámara. El mismo joven, ahora con toga y birrete, posa en otra fotografía junto a un arbolito, alzando la barbilla con orgullo.

La última foto, escondida al final de todo, muestra a una pareja en la calle, sobre un fondo borroso de peatones y vehículos. El hombre rodea por la cintura a la mujer con ambos brazos y le susurra algo al oído. Ella se lleva la mano a la mejilla, como si quisiera ocultarse frente a la cámara, pero en realidad se ríe con la cabeza echada hacia atrás. En lápiz, en una esquina, alguien anotó: «1915. Nosotros.» Aunque la imagen tiene mucho grano, se ve que el hombre es el mismo que aparece en las otras dos fotografías. Es el conductor de ambulancia pintado en la parte trasera de Seo anis. Y ella es mi madre.

La foto resulta tan despreocupada, tan espontánea. Ellos dos solos, captados en una imagen insólita: un instante fugaz de una aventura secreta. La cautela con la que ella se tapa la mejilla da paso a un completo abandono en su carcajada. Durante ese instante, el borrón de la ciudad que queda detrás no tiene la menor importancia. Ése es el Londres que mi madre trata de encontrar, el Londres que desea atrapar de nuevo. Un instante de intimidad mientras la guerra se agita en torno de ellos.

Es él quien inspira sus poemas, seguro. Aunque el nombre de «David» no aparece citado en ninguno de sus libros, estoy segura de que los poemas son para él. A la persona para quien escribe, ella la llama «mi imán», «mi cálida noche de verano», «aquel que guía el vuelo de mi corazón».

La abuela no suelta prenda. Se limita a señalar el montón de libros, como si ahí estuvieran todos los secretos del universo.

Y quizá sea así. En el colegio, yo no sabía desentrañar el tema de un poema aunque me fuese la vida en ello. ¿Qué insensata presunción me hace creer que ahora voy a poder descifrar toda una vida en un poema?

Había uno que me recitaba mi madre a la hora de acostarme, entre las historias de hadas y las nanas en gaélico: un poema sobre el viento frío y cargado de salitre que venía del mar. Rugiendo sobre el agua, ascendiendo por los acantilados, tocando con sus dedos fríos a quienquiera que se pusiera en su camino. No sé si era una poesía suya, porque no la he encontrado en sus libros, pero es la única que ella me enseñó.

Paseando por la isla, me vino esa poesía a la memoria. Subí a una de las montañas desde la que se domina todo el mar y grité aquellos versos al viento: «Azota mi vestido entre mis piernas, separa mis brazos desnudos, pon el sabor de la sal en mis

labios.» Y fíjate: sé lo que significa ese poema.

Porque, por mucho que el viento te zarandee en lo alto de la montaña, por mucho que te exija que le prestes atención, en cuanto descienes, empieza a desvanecerse. No es que sea menos intenso abajo, desde luego. Las gaviotas forcejean con él; las hierbas se inclinan hasta tocar el suelo. Está allí, sí, pero al cabo de un rato lo olvidas. Es un hecho, una constante, algo sabido. No piensas en su presencia hasta que un día, de golpe, se echa sobre ti, te llena la boca, los oídos y el alma, y entonces recuerdas lo que es respirar. Has respirado todos los días, pero en ese instante te sientes completamente viva.

Desde el día en que entraste en la cocina de casa con aquella cesta de coles, tú has estado ahí. Siempre conmigo, como el viento. Pero la primera vez que encontré una carta tuya en el buzón, mi corazón saltó en mi pecho de un modo desconocido. Te echaste sobre mí como un vendaval y entonces supe que estaba enamorada.

Ojalá estuvieras aquí conmigo para sentir el viento. Es poesía en sí mismo.

Con mi amor,

MAISIE

Londres, Inglaterra
28 de agosto de 1940

Apreciado señor o señora:

Hace muchos años, un joven llamado David Graham estudió en la Universidad de Illinois. Se graduó en ciencias naturales en 1913. No sé si formará parte de la Asociación de Antiguos Alumnos, pero tengo entendido que ustedes reciben a menudo noticias de los antiguos alumnos y conservan los datos de sus domicilios después de dejar la universidad.

Si dispone de cualquier información sobre David Graham, ¿podría ponerse en contacto conmigo, por favor? Puede escribirme al hotel Langham de Londres. Gracias de antemano.

Atentamente,

SRA. ELSPETH DUNN

21

Elsbeth

A medio camino entre Edimburgo y Londres
22 de septiembre de 1916

¡Ah, Sue!

Esta vez me ha costado muchísimo volver a subirme al tren. No es que la despedida haya sido fácil alguna vez, pero resulta más dura ahora que sé lo que es estar separado de ti. La última vez que nos despedimos y tomé el tren para embarcar y cruzar el canal, tenía la mente llena de ti, pero también iba cargado de expectativas e incertidumbres. Esta vez contemplo el paisaje inglés que se desliza borrosamente por la ventanilla y lo único que pienso es que cada seto vivo y cada campo cubierto de pasto es un trecho más que se interpone entre nosotros.

Voy a despachar esta carta antes de salir de Inglaterra para poder escribirte un poco más libremente que cuando lo hago bajo la atenta mirada de los censores. No podía decírtelo cara a cara, pero estoy empezando a cansarme de todo esto. El último puesto de socorro donde estábamos, junto a Château Billefont, era tremendamente absorbente y agotador, pero por lo menos me sentía involucrado en la guerra, mucho más de lo que lo había estado en otros *postes*. No sé cómo decirte: da la sensación de que siempre estamos de traslado o *en repos*.

Oímos las bombas, incluso las vemos a veces, cuando caen en la carretera, pero más cerca de los combates nunca llegamos a estar. Los vivimos indirectamente, por las historias que cuentan los *blessés*. A veces me siento como si estuviéramos en la puerta del cine, tratando de reconstruir la película con los fragmentos oídos a los espectadores que van saliendo.

Esa vez que te conté, cuando subí a todo correr por el repecho para ayudar a un *brancardier* herido, exponiéndome a los disparos de los *boches*, el hormigueo del peligro y la excitación se apoderó totalmente de mí. Me sentí tan vivo..., como si volviera a trepar por el muro con mi saco lleno de ardillas, como si estuviera haciendo algo de verdad, en vez de aguardar en la retaguardia mirando a los demás. Te lo aseguro, me costó mucho volver a adaptarme a mis tareas habituales al salir del hospital.

¿Entiendes por qué no podía hablarte de todo esto, Sue? Me habrías envuelto con esos brazos asombrosamente vigorosos y no me habrías dejado marchar. No es que me hubiera importado mucho quedar preso en manos de semejante carcelera pero, como te he dicho, debo terminar mi año en la sección. Por una vez, debo concluir

algo en mi vida. Si no soy capaz de aguantar un año entero, ¿de qué voy a ser capaz? No querrás a un hombre que no consigue terminar nada.

Hablando del futuro, ¡no puedo creer que alquilaras un apartamento en Edimburgo! Sólo para pasar la semana, pero aun así... Tú sabías lo que significaría para mí, no me cabe duda. Para un tipo que se ha pasado meses metido en una ambulancia, acercarse por la calle y ver esas cortinas en las ventanas, era realmente como volver a casa.

Todavía estoy cansado, pero desde luego prefiero estarlo por hacer el amor en exceso que por trabajar demasiado. No quería malgastar en dormir ni un minuto pasado contigo. Para eso ya tengo el viaje en tren a Londres.

Pese al cansancio, me siento un hombre nuevo. Limpio, bien alimentado, con la ropa lavada y remendada, abrigado con mi nuevo gabán. Con el cuerpo y el espíritu saciados. Tú te reías, pero yo tenía que hacer acopio de «saciedad». He pasado tanto tiempo de privación que quería acumular una buena reserva para poder sacar y saborear los recuerdos cuando quisiera.

Ni siquiera ese desagradable incidente consiguió estropearme la estancia. Sé que estabas muy disgustada, Sue, pero tú no has hecho nada malo. Él no debería haberte dicho las cosas que te dijo, aunque estoy seguro de que no las sentía realmente. Espero que ya lo hayas olvidado.

Bueno, creo que lo voy a dejar aquí por ahora para poder cerrar los ojos y sacar uno de los recuerdos arriba mencionados. ¿Qué te parece? ¿El de la bañera?

DAVID

A medio camino entre Edimburgo y Skye
22 de septiembre de 1916

Davey:

¡Odio esta situación! ¡No soporto no poder pasar más que estos días escasos contigo! Me cuesta mucho abandonarme del todo y disfrutarlos, porque no dejo de oír el tictac que presagia tu partida, como el de aquel maldito despertador de nuestro hotel en París.

¡Y que mi hermano haya tenido que arruinar una parte de estas preciadas vacaciones...! Ay, me pone furiosa. Él no ha estado bien desde que lo licenciaron, y a eso se añadieron luego sus problemas con Kate y la muerte de Iain. Nada de lo cual es culpa mía, pero él me lo achacó todo a mí. Ahora me digo una y otra vez que Finlay no sentía realmente lo que dijo, que eran sólo palabras pronunciadas en un acceso de cólera, que volveré a casa y pasearemos de nuevo por la playa juntos, buscando guijarros y piedras raras, como siempre hemos hecho. Pero la manera que tuvo de escupir a mis pies, como si yo no fuera nada, y la expresión de su rostro al

alejarse... Me temo que algo se rompió en ese momento, y no tengo ni idea de cómo voy a volver a unirlo.

No es que se me dé muy bien reparar cosas rotas. Aunque en tu caso, al menos, sí puedo intentarlo.

Ah, Davey, ¡si fueras consciente de todo el bien que estás haciendo, aunque sea lejos del frente! Has sacrificado para estar allí mucho tiempo que podrías haber pasado conmigo. Si te dieras cuenta de la importancia de tu trabajo, de lo mucho que *importas*, no te atormentarías pensando que deberías hacer más. No envidiarías a los que están en tierra de nadie.

No sabes cómo me alegro de que estés lejos del peligro. No sabes cómo me alegro de que te hayas mantenido sano y salvo, en perfectas condiciones para hacer este viaje a Edimburgo. La noche de tu llegada me quedé mucho tiempo despierta, mirándote. El aleteo de tus pestañas, tu lenta respiración. Puse los dedos sobre tu pecho desnudo simplemente para sentir cómo latía tu corazón y asegurarme de que estabas allí. Y, Davey, le di gracias a Dios en ese momento por haberte traído de nuevo. No podría soportar perderte a ti también.

Ya me di cuenta de las dudas que te corroían, por tu manera de desechar las preguntas sobre cómo iba todo en la sección, por tu modo de encogerte de hombros cuando dije que éramos afortunados por estar otra vez juntos. Por eso Finlay me enfureció tanto, porque reavivó tus dudas, porque te hizo sentir que hacías algo malo al estar allí conmigo.

Escúchame, Davey, no hay ningún otro sitio más importante donde debas estar. Tú eres mi aliento, mi luz, aquel que guía el vuelo de mi corazón. Dijiste que te inquietaba aprovecharte de lo que yo sentía por Iain. Que no querías competir con un recuerdo. Que no querías ser menos hombre que él. Pero, Davey, él ya no está. Y yo no me he quedado en casa, añorándolo. Me he pasado toda la semana aquí, contigo.

SUE

21 Rue Raynouard, París, Francia
25 de septiembre de 1916

Sue:

Llegué a París y, ¿a quién crees que me encontré? A Pliny, Harry, Riggles, Wart y unos cuantos más, acampados aquí, en el cuartel general de la rue Raynouard. Llegaron justo ayer.

Precisamente cuando ya pensaba que las cosas se estaban volviendo aburridas, se presenta la oportunidad por sí misma. Los franceses han pedido que una sección vaya a _____, cerca de _____. Por lo que nos han contado, los *brancardiers* han tenido que hacer unas caminatas tremendas para trasladar a los

blessés a mano hasta el *poste de secours*. Desde que los *boches* tomaron la montaña vecina, la carretera que va al *poste* está sometida al fuego enemigo. Necesitan una flota de ambulancias rápidas que vayan casi hasta el frente y vuelvan a toda velocidad. Esa ruta estará más cerca de primera línea que ninguna de las anteriores. Y habrá que trabajarla de noche.

En lugar de enviar a la Sección Uno allá arriba, han creado una nueva sección y han ascendido al bueno de Pliny para que asuma el mando. Van a enviarle a algunos nuevos reclutas para nutrir sus filas, pero Pliny está empeñado en hacerse con los veteranos más rápidos y temerarios que pueda encontrar. Le han dado permiso para escoger a un puñado de hombres de la Sección Uno, y los demás saldrán del resto de las secciones o de la nueva remesa de reclutas. Todos hemos oído historias de ese sector y sabemos lo duro que será trabajar allí. Tienes que ser diestro y veloz.

Como un servidor es diestro y veloz (y también temerario, supongo), Pliny me ha pedido que me traslade a su sección. ¿Puedes creerlo, Sue? No sólo parece el destino perfecto para acabar con mis inquietudes, sino que Harry y todos mis camaradas estarán conmigo. ¡Creo que va a ser de primera!

Los franceses deben de estar planeando algo gordo, porque quieren las ambulancias en su sitio dentro de una semana. Estamos esperando a que llegue el resto de la sección y a que nos entreguen los vehículos nuevecitos. Mientras, descansamos.

¡Seguiremos informando!

DAVID

21 Rue Raynouard, París, Francia
27 de septiembre de 1916

Querida Sue:

Acabo de recibir tu carta, la que me escribiste en el tren. No te preocupes por tu hermano. No es la primera vez que me dejan un ojo a la funerala. Él sólo pretendía protegerte. Eres su única hermana, al fin y al cabo. Lo comprendo. ¿Quién no perdería los estribos al ver a su hermana con un americano? No olvides que somos todos cowboys y forajidos. Espero que puedas aclarar las cosas con él cuando llegues a Skye. Y seguro que podrás. Dos hermanos no pueden seguir enfadados eternamente. Sobre todo Finlay y tú.

Y, Sue, aunque me viste desilusionado, créeme que no era contigo. Jamás de los jamases. La verdad es que estaba harto del Field Service y de tanta inactividad en la retaguardia. Y es cierto, además, que las cosas parecían distintas en este viaje, con la desaparición de Iain y demás. Muchas de tus últimas cartas eran sobre él. Comprensiblemente. Pero es curioso, ¿no?, que en esta ocasión lo he sentido más

presente entre nosotros que las otras veces.

Aun así, créeme, todas las desilusiones se desvanecieron en cuanto apoyé la cabeza en tu regazo. Ya te expliqué que ver tu nombre en la entrada del apartamento me hizo sentir como si volviera a casa. Y con eso me basta, Sue. Con saber que estoy haciendo aquí algo que vale la pena y que tú me esperas en Escocia. Es lo único que necesito.

Bueno, después de tanto preocuparnos por los nuevos reclutas, resulta que nos han enviado a los mejores de todos. Entre otros, a Rex Redman, el ciclista acrobático; a Leo Nickles, un auténtico as del pilotaje que estuvo con la Escadrille Lafayette, y a Roy Jansson, mi preferido, que es —imagínate— conductor de coches de carreras. De hecho, lo vi correr en el Speedway Park de Chicago. ¿Podrás creer que alcanzó una velocidad de 160 kilómetros por hora?

Los hombres de las otras secciones también han empezado a llegar. Todo aquel que se ha ganado una reputación en su sección ha sido recomendado para lo que ya se conoce extraoficialmente como los «Plinston's Boys». Nos han prometido que nos irán destinando a los puntos más candentes.

Deberíamos salir de aquí mañana o pasado mañana, así que no sé muy bien cuándo podré volver a escribirte. Harry tiene un montón de cartas para Minna. Intentaré deslizar mi propio sobre en la base del montón.

DAVID

4 de octubre de 1916

Ah, Sue:

¡Era para esto para lo que yo nací! No te puedes imaginar lo emocionante que es. Sí, estoy trabajando más duro que nunca, y acabo la jornada deshecho y, sí, me doy cuenta de que mi tarea, comparada con lo que hacen esos chicos en tierra de nadie, es pan comido, pero esto era lo que necesitaba.

Cubrimos el trayecto a dos *postes de secours*, ambos accesibles por una sola carretera: una carretera tan recta como una vara de medir, e igual de estrecha. No contamos apenas con ninguna cobertura y los *boches* han tomado hace poco una posición que les brinda un ángulo de tiro perfecto si sorprenden a alguien circulando por allí. Las camillas que venían del frente se trasladaban a mano por esa carretera. Hizo falta que los *boches* abatieran a un número considerable de *brancardiers* para que los franceses captaran por fin el mensaje.

Cuando recibimos una llamada y nos dirigimos a los *postes*, pasamos junto a una granja en ruinas que marca extraoficialmente la frontera entre la zona segura y el tramo sometido a bombardeos. Al acercarnos a esa granja, hay un momento en el que arrojamos todos los temores por la ventanilla y aceleramos nuestro cacharro al

máximo.

No podemos pensar mientras recorremos ese Corredor de la Muerte, no podemos concentrarnos, no podemos razonar. Nos limitamos a mirar fijamente el repecho marrón de la trinchera trasera, donde termina el corredor, y nos olvidamos de todo lo demás. Sólo se tardan veintiséis segundos en cruzar ese tramo, pero parecen veintiséis minutos, así que nos hemos habituado a contarlos en voz alta. Ayer lo hice en veinticinco.

Dios mío, no entiendo cómo Riggles podrá contentarse vendiendo coches cuando acabe todo esto. No sé cómo Harry podrá conformarse con dar clases a quejumbrosos universitarios. No sé cómo ninguno de nosotros podrá contentarse con nada que no nos haga sentir invencibles.

DAVID

Isla de Skye
4 de octubre de 1916

Davey:

Mi hermano se ha ido.

Cuando se alejó de mí en Edimburgo, se alejó de toda la familia. Ni siquiera le envió a *màthair* un telegrama para despedirse. Ella no se ha levantado de la cama durante días.

Finlay siempre ha tenido un ojo puesto en el horizonte, y creo que todos esperábamos más o menos que esto acabaría ocurriendo, especialmente desde que lo licenciaron. En el fondo, siempre he pensado que un día se iría. *Màthair* me dijo que si Finlay había permanecido en Skye había sido por mí; que cuando vio, al hacernos mayores, que yo nunca pisaría un ferry, se guardó sus deseos y dejó que papá se lo llevara en el bote a pescar. Si yo no podía irme, él tampoco se iría.

¡Pero ahora se ha ido! Sin echar ni una mirada atrás, ha emprendido el vuelo. Debería alegrarme por el hecho de que haya huido de la vida de pescador y granjero que nunca había deseado, pero no puedo evitar que se me caigan las lágrimas. Después de tanto tiempo, lo ha hecho sin mí. Peor: lo ha hecho contra mí, para apenarme y hacerme daño.

Le escribí una carta a Finlay, aunque no tengo dónde enviársela. Le dije que lo sentía, pero que estaba equivocado; que «mi americano», como él decía, me había hecho una promesa. Mi americano no va a olvidarse de mí, no va a dejarme en mi pequeña isla. No va a embarcarse para Estados Unidos sin echar una mirada atrás. «Aquí estoy», me dijo una vez. Y es cierto. Aquí está, pase lo que pase. Y dentro de un mes, su contrato habrá concluido, y entonces vendrá a buscarme y me llevará con él.

Me prometiste que sería en Navidades, Davey. Sé que tú no te irás como mi hermano. Por favor.

SUE

Francia
18 de octubre de 1916

Sue:

No me gusta tener que decir esto, pero no sé si estaré en casa por Navidades. Sé que seguramente habrás arrojado la carta al suelo, pero, una vez que las hayas recogido, escúchame.

Cuando te dije que sólo renovaría hasta diciembre, no estaba nada contento. El *glamour* de nuestra misión, la excitación que había sentido el otoño pasado cuando me presenté voluntario, había empezado a desvanecerse. No hacía gran cosa, salvo esperar sentado lejos del frente a que nos trasladaran a la siguiente zona. Así pues, no deseaba otra cosa más que ponerme *en repos* permanente contigo.

Ahora, en cambio, con la nueva sección, me siento tan vivo... No podrías creer hasta qué punto. Sue, por primera vez en mi vida, yo sí importo de verdad.

Recuérdalo: no di la talla como estudiante, no di la talla como profesor. Demonios, ni siquiera di la talla como hijo. Mi padre sigue considerándome una decepción. Y ahora, sin embargo, con las mismas baladronadas que sólo me servían para meterme en líos de chico, estoy logrando algo. Tipos que de otro modo no podrían contarle ahora sí pueden. Y todo en la parte trasera de mi cacharro. Del *mío*.

Ya lo ves, no puedo dejarlo ahora, justamente cuando acabo de empezar. ¿No lo entiendes, Sue? ¿Me obligarías a abandonar todo esto justo cuando más me necesitan?

DAVID

Isla de Skye
1 de noviembre de 1916

«¿Me obligarías a abandonar todo esto cuando más me necesitan?» Sí, ya lo creo, sobre todo cuando se te necesita aún más aquí. Davey, estoy embarazada. Así que olvídate de todas esas tonterías y ven a casa.

Francia
12 de noviembre de 1916

¿Así le das a uno semejante noticia? Se suponía que esto no debería haber ocurrido. Para eso me llevé las «cartas francesas». No estamos en las condiciones adecuadas para tomar una decisión de ese tipo. ¿Una familia, Sue? Tú aún estás de luto; yo, todavía «jugando a la guerra». Nos separan más de mil kilómetros de distancia. Y mira cómo reaccionó tu hermano en Edimburgo. Me merecía cada golpe. Al fin y al cabo, soy el americano que se interpuso entre tu marido y tú; el que provocó la ruptura con tu hermano. ¿Por qué iba a acogerme tu familia con los brazos abiertos después de todo eso?

Isla de Skye
29 de noviembre de 1916

¡Entonces ven y llévame lejos de aquí! Llévame contigo a Estados Unidos, donde no hay guerra ni hermanos ceñudos. Los vecinos están empezando a murmurar. Ay, Davey, yo sólo quiero irme contigo y empezar una nueva vida en ese futuro del que tanto hemos hablado.

Sí, esto es tremendo. Es abrumador. Incluso un poco terrorífico. Pero ¿cómo es posible que la idea de tu inminente paternidad sea más terrorífica que cruzar disparado el «Corredor de la Muerte» todos los días?

A mí también me asusta. Si he sido capaz de partir a mi familia en dos, no creo que esté preparada para criar a un niño. Tal vez tenía razón cuando decía, hace años, que no debería ser madre. No creo que pueda afrontarlo.

Davey, ahora necesito que seas el más fuerte. Que actúes tú con valentía por los dos. Por favor, ven a buscarme y llévame lejos. Me siento invencible cuando estoy contigo.

Ahora estoy cansada. No quiero discutir más sobre esto. Es un hecho y no vale la pena pelearse por ello. En medio de toda esta guerra, de tanta muerte, hemos creado una vida. El bebé es también otra aventura. Y recuérdalo, yo soy capaz de afrontar cualquier aventura contigo a mi lado.

SUE

3 de diciembre de 1916

Querida Elspeth:

Ojalá no te estuviera escribiendo. Hace meses, Dave me dio este sobre y me dijo que te lo enviara si llegaba a pasar algo.

Estábamos haciendo un servicio, hace cuatro noches. Al llegar, descubrimos que el refugio acababa de ser alcanzado por una bomba. Los médicos, los celadores, los *blessés*: todos muertos. Un oficial trataba de poner un poco de orden y daba instrucciones a los que venían de la trinchera de primera línea.

Como poseo unos rudimentos de formación médica, empecé a examinar a los *blessés* que iban llegando para decidir cuáles podían alcanzar al menos el *poste de triage*. Los *brancardiers* que seguían en pie dejaban su carga y salían otra vez, tan de prisa como podían, aunque iban tambaleándose. Dave, como buen idiota que es, subió a la trinchera y los siguió. Volvió varias veces. No hacía caso de mis gritos y salía de nuevo. Y una de las veces no volvió.

Él no tenía por qué acercarse a primera línea, pero ya conoces a Dave. Nunca escucha la voz de la prudencia. De todos modos, hizo lo que había que hacer.

Me he debatido durante cuatro días sobre si debía enviarte o no esta carta. Mantenía la esperanza de que llegara cojeando de la tierra de nadie con una divertida historia sobre otra afortunada huida. Pero no ha sido así.

Desde aquí no puedo hacer mucho por ti pero, por favor, escribe a Minna si necesitas algo. Conozco tu situación. Dave me lo contó esa misma noche, mientras corríamos hacia el *poste*. Sí, estaba conmocionado y asustado. Pero esa noche se sentía lleno de esperanza. Y muy feliz.

Así pues, para cumplir el último deseo del mejor amigo que podría haberme tocado en suerte...

HARRY VANCE

Sue, mi dulce muchacha.

Ésta es la carta que se suponía que no ibas a leer nunca. Si la estás leyendo, quiere decir que es la última que te enviaré.

Cuando escribo esto, estamos en mayo y acabo de regresar después de verte en París. El montón de cartas cada vez más frenéticas que fuiste enviando me esperaban a mi vuelta. Al leerlas, empecé a darme cuenta de lo asustada y angustiada que debes de haberte sentido, estando tan lejos de todo lo que ocurre aquí. No quiero que tengas que volver a pasar por esto, por el trance de no saber nada, así que estoy haciendo lo que mejor nos funciona: te estoy escribiendo una carta.

No sé cuándo la leerás. Podría ser el mes que viene, podría ser dentro de seis meses, podría ser dentro de un año. Yo espero que nunca. No sé cómo será el mundo entonces. No sé sobre qué cosas nos habremos escrito. No sé si te habrás buscado a otro apuesto conductor de ambulancias americano.

Sí puedo decir con certeza (incluso contemplando el futuro) que yo no he encontrado ni encontraré otra Sue. Tú eres la razón de que frunza el ceño al amanecer y de que sonría al ponerse el sol. De que frunza el ceño, porque debo afrontar el día solo, sin tenerte a mi lado; de que sonría, porque ya es un día menos que hemos de pasar separados.

En una de tus cartas me escribiste que no creías ser lo bastante fuerte. Decías: «No puedo hacerlo todo yo sola sin saber que tú existes en este mundo.» Sí que eres fuerte, Sue. Mírate. ¡Has cruzado por mí el canal de la Mancha! Cuando pienso en todo lo que has hecho por mí, me gustaría ser un hombre mucho más fuerte. Serlo por ti.

Ya sé que habrías deseado que no me hubiera involucrado en la guerra. Que habrías preferido que, al llegar a Londres, me hubiera quedado en aquel tren y hubiera seguido hasta Skye para no salir nunca de allí.

Pero tenía que hacer esto. No podía presentarme ante ti como un fracasado, Sue. Tenía que demostrarme que era *algo*. Tú siempre me llamas «muchacho». Yo necesitaba crecer y convertirme en un hombre.

Te conozco, querida. Ya sé que ahora mismo estarás negando con la cabeza con rabia y diciendo: «Pero tú no fracasaste. ¡Conseguiste que me enamorase de ti! ¡Yo soy tu éxito!» Tú eres mi éxito, Sue. Lo sé. No estoy seguro de qué habré hecho bien en mi vida, pero debe de haber sido algo lo bastante valioso como para que te consiguiera. Mi perla.

Lamento no haberte dicho estas cosas: quiero ser lo primero que enfoquen tus ojos soñolientos por las mañanas; quiero mirar cómo te lavas la cara y te pones lentamente las medias; quiero prepararte el desayuno y limpiarte con un beso un resto de huevo de la comisura de los labios; quiero hacerme un ovillo al lado de la ventana, mientras tú —apoyada en mi regazo— lees, escribes, hablas, respiras; quiero calentar tus pies fríos entre mis rodillas en la cama; quiero quedarme dormido con el cosquilleo de tu pelo en la barbilla.

Me habría ido a vivir a Skye y habría soportado el rechazo de tus vecinos y tu familia, si tú lo hubieras querido. Habría llegado a los confines más remotos de Siberia, si tú lo hubieras querido. Sé que ahora estoy en un sitio donde ninguno de los dos habríamos deseado que estuviera.

Una vez, hace mucho, me dijiste que era demasiado tópico afirmar que podías amar a alguien para siempre. ¿Hay alguna palabra que signifique «más aún que para siempre»? Así será como yo te amaré.

Ahora, para siempre, y más allá. Te quiero.

DAVID

22

Margaret

Glasgow
6 de septiembre

Margaret:

Me ha abrumado durante años la idea de que yo fui la causa de la tristeza de tu madre. Estoy seguro de que aún me culpa.

Verás, yo tenía una chica que se llamaba Kate. Cuando me fui a la guerra, ella trenzó un mechón de su cabello en una escarapela y me la cosió en la camisa, junto al corazón, para que siempre la llevara conmigo.

Luego vino la batalla de Festubert y yo volví a casa con una pierna menos. No deseaba otra cosa más que enterrar mi rostro en su hombro pero, desde el primer momento, cuando intenté estrecharla en mis brazos, ella se echó atrás. Literalmente. Luego, poco a poco, dejó de venir a casa. Aunque, la verdad, eso lo hizo todo más fácil. Mientras ella no estaba, yo no tenía que ver cómo atisbaba a hurtadillas la pernera vacía de mi pantalón, no tenía que sentir el aire entre ambos cuando ella se hacía a un lado para dejarme pasar.

Yo creía comprenderlo. ¿Qué muchacha quiere a un lisiado por marido? Incluso cuando recibí la prótesis, era consciente de que eso no cambiaría nada. Ella ya estaba muy lejos de mí.

Entonces Willie vino de permiso. Cuando llegó, yo estaba en la nueva casa de Elspeth, tallando una repisa para la chimenea. Willie me encontró sentado en el huerto, con un montón de virutas de madera en el regazo, y se quitó la guerrera para ayudarme. Y allí, cosida en su camisa, justo sobre su corazón, había una escarapela de cabello dorado.

Nos peleamos. Él no paraba de decir que amamos a alguien sin poder evitarlo. Creo que le rompí la nariz. *Màthair* estaba furiosa, Elspeth no hacía más que llorar. Willie se marchó al día siguiente y no volvió a venir a casa de permiso.

Pensé que ahí se acababa la cosa. Yo hervía por dentro, pero Willie se había ido y ahora podía tallar la repisa de Elspeth a mis anchas y tratar de olvidar que había conocido a Kate. Sin embargo, la tranquilidad nunca dura. Elspeth recibió una carta del Ministerio de Guerra: Iain había sido declarado muerto oficialmente.

Esos meses pasaron borrosamente. Iain, que era para mí más que un hermano, ya no estaba. Los dos habíamos salido para Francia con un montón de bravatas y la promesa de cuidar el uno del otro. Yo fracasé. Aquéllos fueron días muy negros, no

cabe duda. Elspeth había salido mejor librada que yo. Los niños de Alasdair habían ido a vivir con ella y ocupaban su tiempo. Yo, desde que me había dejado Kate, no tenía a nadie. Me pasaba el tiempo solo, caminando por la montaña con mi bastón y una petaca. Cuando fui a Edimburgo a que me mirasen la prótesis, el médico me regañó por maltratarla con tanta caminata. A mí me tenía sin cuidado. Necesitaba el dolor.

Pero en el camino de vuelta a la estación de Waverley, vi a Elspeth. No estaba en Skye llorando a Iain. Estaba abrazada allí, en medio de la calle, con un desconocido.

Sé que no fui justo cuando la agarré del brazo y le solté cuatro verdades. El hombre se interpuso entre nosotros, como si la cosa fuera con él. Ni siquiera era de aquí; era un americano. ¿Cómo podía haberse olvidado Elspeth de Iain así como así? Sólo habían pasado unos meses de su muerte y allí estaba, echándose en brazos de otro. ¿Cómo podía traicionarlo de ese modo, y encima con un americano?

Ella bajó la cabeza y me dejó hablar. Murmuró que no había olvidado a Iain y que nunca lo olvidaría. Pero entonces se echó a llorar y el americano volvió a interponerse entre nosotros. Yo me lancé sobre él, le pregunté cómo se atrevía a perseguir a las mujeres casadas mientras los maridos morían en las trincheras. Los ojos de Elspeth llamearon entonces.

Sí, los hombres morían en las trincheras, pero en la retaguardia la gente seguía viviendo. Ella seguía viviendo. Y yo no iba a entrometerme más en su vida. Echó los hombros hacia atrás de esa manera testaruda que yo tan bien conocía y me dijo que amamos a alguien sin poder evitarlo. Lo mismo que Willie me había dicho.

¿Así que el corazón significaba más que la sangre? Ahora ya sabía por qué Willie pensaba eso. Pero él no pasaba de ser un muchacho. Se suponía que Elspeth era la inteligente. La leal. La que nunca le daría la espalda a su familia ni a las promesas que había hecho. Siempre se había dado por supuesto que nosotros tres —Elspeth, Iain y yo— permaneceríamos unidos frente al mundo. Le dije que escogiera. Ella, alzando la barbilla, tomó al americano del brazo. Yo escupí, le dije que era idiota, que todos en mi familia eran una pandilla de idiotas. Algún día él la traicionaría, y yo no me quedaría allí para arreglar el estropicio. Y no lo hice.

Le escribí una vez a *màthair*, unas semanas más tarde. Le pregunté si Elspeth había hecho caso de mis palabras, le pregunté si todavía estaba con el americano. *Màthair* me contestó que yo ya debería saber cuándo callarme la boca, que a Elspeth le tenía sin cuidado en aquel momento lo que dijera nadie. Mi hermana acababa de recibir la noticia de que el americano había muerto, y *màthair* tuvo que emplear toda su energía para evitar que Elspeth no lo siguiera.

Desde luego, me sentí fatal. ¿Quién no se habría sentido así? Pero yo era joven y estúpido, y pensé que ya era demasiado tarde para disculparme. El pasado es el pasado, decía siempre *màthair*, así que me alejé de todo. Si Elspeth decidía perdonarme un día, ya me buscaría. Eso pensé al menos entonces. Y, muchacho como era, me pareció que tenía sentido.

Ahora comprendo que no era más que terquedad, una necia terquedad, y ya soy demasiado viejo para seguir esperando el perdón. Por romperle a ella el corazón, por romper nuestra familia, el perdón quizá nunca acabe de llegar.

Quiero pedirlo ahora. Sé cómo pueden cambiar las cosas en un instante en tiempos de guerra. Sé con qué rapidez puede perderse todo. Si vuelves a tener noticias de tu madre, avísame, por favor. He de escribirle. Después de todo este tiempo, tengo que pedirle perdón.

Con afecto,

TÍO FINLAY

Londres, Inglaterra
2 de septiembre de 1940

Apreciado señor:

Hace muchos años, en los comienzos de la Gran Guerra, un joven llamado David Graham se alistó como voluntario en el American Field Service. Tengo entendido que la Asociación del American Field Service organiza reuniones de las secciones de ambulancias y edita una publicación con noticias e informaciones sobre sus antiguos miembros.

Si tiene algún dato sobre David Graham, por ínfimo que sea, ¿podría contactar conmigo, por favor? Puede escribir al hotel Langham de Londres. Gracias de antemano.

Atentamente,

SRA. ELSPETH DUNN

23

Elspeth

Kriegsgefangenen-Sendung, Postkarte
2 de enero de 1917

Sue:

Si recibes una carta de Harry, ¡no la abras! Tírala. No se te ocurra leerla.

Sé que debes de haber estado preocupada al no recibir noticias mías durante un tiempo, pero créeme si te digo que no he podido escribir hasta ahora.

Estoy bien, pero me han cogido prisionero. Aún no sé cuánto puedo escribir ni con qué frecuencia me permitirán enviar cartas, pero puedes escribirme a la dirección que figura en el dorso de la postal.

¿Podrías, por favor, escribirle a Harry para explicarle lo ocurrido y darle esta dirección?

Lamento no haber pasado las Navidades contigo pero, como ves, no rompí mi promesa. Sólo necesito un aplazamiento para cumplirla.

Te quiero. Más de lo que podrías imaginar.

DAVID

Isla de Skye
22 de enero de 1917

Davey:

Apenas puedo escribir entre las lágrimas. Tu postal —ese precioso pedazo de cartón—, la tengo estrujada en un puño mientras escribo con la otra mano. *Màthair* ha tratado de arrancármela, pero yo no la he soltado. Ha sido ella la que ha visto tu letra y en seguida los ha sacado a todos de la habitación.

Sabía que no podías estar muerto. Supongo que todo el mundo dice lo mismo de las personas amadas. ¡Pero yo todavía te sentía! Mientras mi corazón seguía entero y latiendo, sabía que tenías que seguir existiendo sobre la tierra.

¡Y así es! Todos estos días, mientras pensaba en ti y lloraba por ti, tú estabas pensando en mí con la misma fuerza.

Ah, cariño, amor mío. Mi asombroso muchacho. Ya lo ves: yo —la poeta— estoy sin palabras.

TU SUE

Isla de Skye
24 de enero de 1917

Davey:

Las he recuperado; las palabras, quiero decir.

¿Cómo estás? De verdad. ¿Necesitas algo? Dime, ¿estás bien abrigado?

No soporto la sola idea de que estés en una cárcel. Debe de ser espantosamente fría e incómoda, si se parece a lo que sale en los libros. ¿Puedo enviarte paquetes?

Hemos pasado unos meses muy lúgubres, por muchos motivos, pero ahora vislumbro un rayo de sol entre las nubes. Puedo estrujar todos los poemas que he escrito desde diciembre y arrojarlos a las llamas.

Ésta es la época más lenta del año. Mucho sentarse ante el fuego, mucho leer y escribir. He tratado de interesar a los niños en la poesía pero, ay, no ha habido suerte. ¿Te permiten tener libros allí?

Aunque imaginarte en una cárcel me provoque escalofríos, no puedo por menos que alegrarme de que estés vivo, de que pronto, si Dios quiere, volveré a tenerte entre mis brazos.

Tuya,

SUE

7 de febrero de 1917

Sue:

Me dejan enviar dos cartas al mes (que no excedan las seis cuartillas) y cuatro postales. Debería escribir de vez en cuando a mi madre, a Evie, a Harry, así que no vas a recibir ni mucho menos la cantidad de cartas que recibías antes. La cantidad de pensamientos, sin embargo, no disminuirá un ápice.

Por lo que sé, tú puedes enviar tantos paquetes y cartas como desees. Si te es posible conseguírmelas, hay muchas cosas que necesito. No llevaba mi petate encima cuando me cogieron, así que me vendrían bien las cosas más básicas: peine, cepillo de dientes, jabón, calcetines y camisa de repuesto. Todas ellas las he tenido que tomar prestadas hasta ahora. ¿Podrías enviarme una manta? ¡Y libros! Cualquier libro, cualquier material de lectura que tengas a tu alcance. He estado leyendo y releendo tus dos preciosas cartas (las demás se quedaron en mi petate: tengo que escribirle a Harry al respecto). Lo único que llevaba encima cuando crucé las líneas era tu

fotografía y tu poema «Reposo», guardados en el bolsillo de la chaqueta, pero sería capaz de vivir a pan y agua durante años siempre que tuviera esas dos cosas.

No sabes cuánto daría para que todo volviera a ser como cuando estábamos en Edimburgo. Tú y yo, en un sitio tranquilo. Sólo tú y yo.

Te quiero,

DAVEY

P. D. ¿Cómo te sientes? No me has dicho nada del bebé.

Isla de Skye
28 de febrero de 1917

Quería mandarte el paquete cuanto antes. Espero haber encontrado todo lo que necesitas: algunos calcetines más (tenía una cesta entera que había tejido para ti, ¡así que calcetines no van a faltarte, amor mío!); las únicas camisas para hombre que encontré en Portree; un peine, un cepillo de dientes y polvo dentífrico; jabón, un paquete de pañuelos. Pensé que quizá necesitaras utensilios de afeitarse, pero no sabía si te permitirían recibirlos. La manta es la de mi propia cama.

Harry ya se ha ocupado de tu petate. Cuando pensó que no ibas a volver, empaquetó su contenido y se lo envió a tu madre. Dejó aparte tu ejemplar de *Huckleberry Finn* y tu Biblia, y me los mandó a mí. No tiene un pelo de tonto; sabía muy bien qué recuerdos tuyos apreciaría más. No me cabe duda de que tú necesitas mucho más que yo la compañía de *Huckleberry*. Además, yo ya tengo mi ejemplar. Te devuelvo el tuyo.

He hurgado a toda prisa entre mis propias reservas y he metido en el paquete un Byron y un Plutarco, además de varias noveluchas de a penique que encontré en el pueblo. Siento no haber podido incluir nada más. La manta ha ocupado casi todo el espacio. He añadido cuartillas nuevas entre las páginas del Byron y un par de lápices.

Prefiero conservar la Biblia por ahora, si no te importa. Considérala como si fuese tu par de calcetines.

No dejes de pensar en ti, de desear que estuvieras aquí.

Con mi amor,

SUE

P. D. Ya no estoy embarazada. Quizá sea mejor así.

16 de marzo de 1917

Mi querida Sue:

Muchas gracias por el paquete. Se agradece mucho todo, en especial los calcetines.

Estoy bastante cómodo aquí. Sólo encuentro una pega: que soy el único americano del campo. Ni siquiera tengo a un inglés con quien hablar. Sólo franceses, rusos y polacos. Algunos franceses saben un poco de inglés, y yo estoy empezando a aprender algunas palabras de ruso, pero no es lo mismo.

Por cierto, los libros son estupendos, Sue. No te preocupes. Incluso las noveluchas de a penique. La falta de una biblioteca estaba volviéndome loco. Los que somos aficionados a la lectura devoramos y volvemos a devorar cualquier clase de texto. He tomado prestado todo lo que he podido en francés. Siempre que te sobre un poco de espacio en un paquete, mi querida muchacha, méteme un par de volúmenes. Cualquier cosa será bien recibida. ¡Qué no daría yo por un simple ejemplar del *Chicago Tribune*! Ay.

Pensando en ti,

DAVID

P. D. Quizá sea mejor así. Todo es tan incierto ahora mismo. Un tipo encarcelado no es exactamente el padre ideal. Hablaremos como es debido cuando vuelva a casa. Te quiero.

24

Margaret

Londres
7 de septiembre de 1940

Ay, màthair:

Ya no sé qué más hacer. Me he pasado los dos últimos meses en Londres, leyendo y releendo una maleta entera de cartas de Davey. He escrito a todas las direcciones que se me han ocurrido: a la casa de sus padres en Chicago, al apartamento que compartía con Harry, a la residencia universitaria, a la casa de su hermana; incluso a la asociación de antiguos alumnos de su universidad y a la del American Field Service: a todas aquellas direcciones donde tal vez pudiera haber alguien que supiera qué ocurrió con él. Con «mi americano».

Y no he recibido una sola respuesta. Ya sé que, después de varias décadas, no debería esperar ninguna. La gente se muda, la vida sigue su curso. No podía esperar que esa gente viviera aún en la misma dirección. No podía esperar que supieran nada de Davey. No debería esperar que ellos puedan curar la herida de mi corazón.

Me he pasado estas largas semanas de espera vagando por las calles de Londres. Yendo a cada uno de los lugares por los que caminamos juntos: cada barandilla que él rozó, cada recodo de la calle donde se detuvo a acariciarme. ¿Te he hablado alguna vez de las Navidades que pasé con Chrissie en Edimburgo, cuando Davey y yo —él en Francia, yo en Inglaterra— salimos fuera justo a medianoche para sentirnos de algún modo a través de la distancia? Yo creía que, si iba a los puntos adecuados de Londres, podría sentirlo también: su aliento en mi cara, su voz en mi oído, su mano en la mía. Pensaba que podría rescatar esos momentos y atraparlos con los dedos.

Pero éste ya no es el Londres donde yo entregué mi corazón. Ésta es una ciudad preparada para el asedio. Todo más oscuro, más gris. Los escaparates donde pegábamos la nariz están llenos de latas de comida y máscaras de gas. Los portales donde nos parábamos a besarnos están rodeados de sacos terreros. Ya no se respira aquel ambiente romántico bajo las arañas del Langham. Hoy en día no hay más que uniformes y ajeteo. La guerra está presente en todas partes.

Un día salí del hotel y juro que lo vi en la acera de enfrente, en la escalera de la iglesia All Souls. Pero pasó un autobús y la imagen se esfumó. Incluso aquí, no hay más que fantasmas.

Màthair, no hay ni rastro de Davey en Londres. Ya no. Ni siquiera en nuestra antigua habitación del Langham. Yo creía que el hecho de estar donde habíamos

estado me lo traería de nuevo. Que mandaría estas cartas y obtendría por fin algunas respuestas. Que al fin averiguaría qué pasó con mi americano.

Estoy muy cansada. Me da la sensación de haberme pasado la mitad de mi vida esperando, y ya no sé cuánto tiempo podré seguir así. Es agotador.

Me quedaré aún otra semana en el Langham para asegurarme de que no llega ninguna carta, pero luego volveré a Edimburgo, volveré a guardar mis recuerdos y seguiré esperando. No sé vivir de otra manera. Echo mucho de menos a Margaret.

Con cariño,

ELSPETH

9 de septiembre de 1940

Maisie:

¿Has sabido algo de tu madre? Por favor, dime que sí. ¿Se encuentra bien?

Desde que conocí la noticia del bombardeo de Londres, he abrigado la esperanza de que ella ya hubiera salido de la ciudad. Ninguno de los reportajes que he leído dice exactamente cuántos aviones eran, ni cuántos edificios fueron alcanzados. ¿Cientos? ¿Miles? Pero Londres sigue en llamas, según dicen. Los alemanes lo llaman *blitz*, ataque relámpago.

Procuraré averiguar más pero, por favor, dime que tu madre salió a tiempo de allí.

Con todo mi amor,

PAUL

Beagan Mhìltean, Skye
Sábado, 14 de septiembre de 1940

Paul:

Madre me envió una carta que me llegó al mismo tiempo que la tuya, sólo que la de ella había sido escrita dos días antes.

¡Ay, Paul, no teníamos la menor idea! No ha habido correo, ni mucho menos periódicos, durante días. ¿Un ataque relámpago que dejó todo Londres en llamas? La abuela me mandó de inmediato a Portree para recabar noticias y enviarle un telegrama a Emily, por si madre había salido de Londres antes y ya había llegado a Edimburgo.

Apenas doy crédito a lo que estoy leyendo, Paul. ¡Cientos de bombas sobre toda la ciudad! Por supuesto, Londres ya había sufrido ataques aéreos. Todos los hemos

sufrido. Pero tanto y en tan poco tiempo en una sola ciudad... No me cabe en la cabeza. Las bombas, cuando caen, no hacen distingos. El Londres que mi madre conoció ha desaparecido de verdad.

Y desde entonces... ¡casi todos los días! Es una ciudad asediada. Espero, rezo para que no esté allí, pero Emily dice que la casa en Edimburgo sigue cerrada, así que yo hago lo mismo que ella ha estado haciendo todos estos meses. Esperar. Y mirar el correo.

Sé que tú vuelas en medio de todo ese jaleo infernal. Cuídate, Paul, por favor. Por mí.

Con mi amor,

MAISIE

LONDRES SE MANTIENE FIRME TRAS
LA DÉCIMA NOCHE DE ATAQUES
Londres, martes, 17 de septiembre

Después de que la aviación alemana se lanzó en masa sobre Londres anoche y a primera hora de esta madrugada en lo que constituye el ataque más encarnizado hasta ahora, la ciudad se mantiene firme, con una sola baja y daños menores.

A lo largo del día de ayer, sonaron numerosas alarmas, incluida una de cuatro horas: la alerta más prolongada que se ha producido hasta el momento durante el día. El ataque se vio obstaculizado por tramos de niebla baja que se cernían sobre la ciudad. Las sirenas volvieron a sonar seriamente a partir de las 20.00 horas, cuando el cielo se había despejado, y continuaron sin interrupción hasta las 2.42 de la madrugada, cuando la artillería antiaérea consiguió finalmente ahuyentar a los atacantes nazis. Pero los ciudadanos de Londres no pudieron descansar mucho tiempo en sus refugios, pues se desató otra alerta a las 3.52, y una nueva oleada de aviones bombardeó la ciudad asediada.

En el centro de Londres fueron arrojadas sucesivas oleadas de bombas de alto poder explosivo, que dañaron edificios y destrozaron los cristales en un radio de ochocientos metros. Las bombas incendiarias cayeron en una popular zona comercial y en algunos barrios residenciales, manteniendo a los bomberos ocupados en su valerosa labor. En Portland Place cayó una bomba de gran tamaño que destruyó un conducto de gas de la calle y causó daños en el elegante hotel Langham...

25 Elspeth

Isla de Skye
6 de abril de 1917

Mi amor:

No sé si puedo enviarte comida también, pero me desespera pensar que pases hambre cuando yo tengo tanto aquí. Manzanas, pan, salchichas ahumadas, queso, alubias, arroz, arenques en salazón, cebollas, jamón cocido. Mi huertito apenas da productos frescos todavía, así que he incluido guisantes secos. Espero que te llegue todo sin problemas.

El año pasado, por estas fechas, estuviste en el hospital y yo me volví loca de angustia. No voy a decir que no me preocupes ahora, como me preocupo cada día que pasamos separados, pero al menos sé que estás sano y salvo y añorándome.

He empezado a escribirme con Minna. ¿Sabías que ha tenido un bebé? El crío más precioso que puedas imaginarte, con un pelito rubio claro, igual que Harry. Minna me envió una foto. ¿Tienes alguna noticia de Harry? Ha de ser muy duro para ella estar sola en estos momentos.

Te meto un beso en el sobre junto con la carta. Sujétalo bien, ¡no vaya a ser que se te escurra y se escape!

Con todo mi amor,

SUE

Kriegsgefangenen-Sendung, Postkarte
23 de abril de 1917

Sue:

Ayer contemplé el crepúsculo más hermoso del mundo. Me trajo el recuerdo de aquella vez que tomamos el tranvía hasta Portobello y miramos la puesta de sol desde la playa. Aunque el agua estaba helada, me desafiaste a que me arremangara el pantalón y camináramos por la orilla. Luego te sentaste en mi regazo, hundiste los pies en la arena y nos comimos aquella tarta horrible que habías preparado.

Horrible o no, desearía tenerla ahora en mis manos. Y la arena. Y la puesta de sol. Pero, sobre todo, desearía tenerte a ti.

DAVEY

Isla de Skye
2 de mayo de 1917

Davey:

Claro que me acuerdo de aquella puesta de sol. Creo que fue la primera vez en mi vida que me senté solamente para mirar cómo se escondía el sol tras el horizonte. Realmente sentí cómo giraba la tierra bajo mis pies. O tal vez haya sido el beso.

Te quiero,

E.

Isla de Skye
18 de mayo de 1917

Davey:

No he sabido de ti desde hace días. Aunque no quiera, empiezo a sentir en mi corazón los primeros tentáculos de la inquietud, como me sucede siempre que no me llega carta tuya. Has de reconocer que tu historial al respecto no ha sido precisamente ejemplar. Cada vez que no escribes suele ser por un motivo que me obliga a sentarme de pura angustia a leer la siguiente, cuando llega por fin: o estás herido en un hospital o te han hecho prisionero. ¿De qué se trata en esta ocasión? ¿Qué posibilidad queda?

Esta vez he hecho algo distinto. He dejado a Emily con los niños y me he ido a la iglesia: no al templo presbiteriano de mi juventud, que siempre huele a cerrado, sino a la diminuta capilla católica de Portree. Me he acordado de la calidez y el misterio de Saint Mary y, además, he pensado que si quería hacerle un ruego especial a Dios para que te mantenga a salvo, quizá debería dirigirme al dios católico al que tú rezas.

Yo no era la única que había entrado en la capilla a esa hora. Había otras mujeres con velos y pañuelos, murmurando plegarias y encendiendo cirios. Me había llevado tu pequeña Biblia y reseguía tu nombre una y otra vez con la yema del dedo. He prendido una vela y, como no conozco las oraciones adecuadas, me he limitado a cerrar los ojos y a pensar en ti. Cuando he vuelto a abrirlos, había una mujer sentada a mi lado, observándome en silencio. «¿Ha rezado una novena por él?», me ha dicho. Yo he reconocido que no soy católica, casi esperando que me hiciera salir de la iglesia, pero ella ha puesto una mano sobre la mía y me ha dicho: «No se apure. Ya rezaré una más por usted.» Me ha regalado un rosario de madera trabajada y me ha prometido enseñarme las oraciones la próxima vez.

Me sentía mucho mejor al salir. Aunque hay un buen trecho hasta Portree, ahora ya conozco un sitio adonde acudir cuando quiera sentirme cerca de ti.

Con todo mi amor,

SUE

Isla de Skye
22 de mayo de 1917

Davey:

Por favor, disipa estos temores que me consumen por dentro. He ido casi todos los días a Portree en bicicleta para orar por ti, y necesito alguna confirmación de que mis plegarias han sido atendidas. Acabo de aprender estas oraciones católicas y quiero asegurarme de que lo estoy haciendo bien.

¡Cualquier cosa, Davey! Una postal. Una frase. Una palabra, aunque sea. Por favor.

SUE

1 de junio de 1917

Sue:

Me he debatido durante días sobre la mejor manera de explicarte esto. No sabes cuántas versiones han acabado en el fuego. Supongo que lo mejor será decirlo sin más.

Iain está vivo.

No está muerto, Sue. Está aquí, en el mismo campo.

Hace unas semanas, mientras hacíamos ejercicio fuera, vi en un lado del patio a un corrillo de soldados británicos que acababan de ser trasladados a nuestro campo. ¡Te juro, mi amor, que se me saltaron las lágrimas al oír hablar inglés, después de seis meses escuchando sólo francés y fragmentos indescifrables de ruso! Me apresuré a acercarme y prácticamente les supliqué que me dejaran participar en la conversación.

Uno de ellos me preguntó de dónde era. Yo dije: «Illinois», y otro exclamó: «¿Illinois? ¡No me digas! Yo tengo parientes allí. ¿De qué parte?» Los europeos nunca parecen conscientes de lo enorme que es Estados Unidos, así que cuando dije: «De Chicago. Urbana, durante un tiempo», el tipo me contestó: «¡Anda! Mi primo vive en Chicago. Frank Trimball. Seguro que debes de conocerlo. Ya le preguntaré por ti. ¿Cómo te llamas?»

Le dije mi nombre y oí un grito procedente del corrillo: «¿David Graham, de Urbana, Illinois?»

Yo debí de asentir, Sue, porque, a continuación, sin más ni más, me vi en el suelo con la mejilla magullada y polvo en los ojos.

Oí que alguien decía: «¿Por qué has hecho eso, amigo?» Yo me levanté, tambaleante, y vi a un desconocido con los puños apretados y la boca retorcida en una mueca.

—Esto, por enamorarte de mi esposa.

Aturdido, no reaccioné a tiempo para evitar un segundo puñetazo.

—Y esto, por hacer que ella se enamorase de ti.

Escupí sangre en el suelo.

—¿Quién demonios eres? —pregunté, aunque ya adivinaba la respuesta.

—El marido de Elspeth. ¿O acaso has perseguido a tantas mujeres casadas que ya ni te acuerdas?

No creerás que podía dejar pasar ese comentario, ¿verdad, Sue? Naturalmente, me lancé sobre él. Lo que siguió sólo puede describirse como una típica pelea de patio de colegio.

La cosa pareció prolongarse interminablemente, pero es probable que sólo transcurrieran unos minutos antes de que sonaran gritos en alemán y de que los demás lograran separarnos.

Nos derrumbamos en el suelo, jadeantes, y el tumulto se dispersó. La verdad: estábamos demasiado cansados, demasiado hambrientos, demasiado desmoralizados para seguir.

—¿Por qué la dejaste? ¿Por qué no escribiste? —me vi obligado a preguntarle—. Ella creía que habías muerto.

Iain se apretó la nariz. Se le quedó la mano ensangrentada.

—Ella te tenía a ti.

Sue, él lo sabía. Desde el principio. Encontró las cartas, sabía que llevabas años escribiéndome en secreto. Captó todos los indicios entre líneas que nosotros descubrimos después. Adivinó lo que sentíamos antes de que ninguno de los dos lo reconociera. ¿Por qué crees que se alistó tan de prisa? ¿Por qué crees que estaba tan ansioso por llegar al frente? No sentía que tuviera ya nada que perder.

Aún no sé lo que significará esto para nosotros. Todavía estoy luchando con mi propia conciencia, así que lo entenderé si no me respondes de inmediato. Si quieres escribirle, está en esta misma dirección.

DAVID

Isla de Skye
18 de junio de 1917

¡Qué broma más horrible, Davey! Me desmayé y me caí al suelo en cuanto empecé a leer la carta. El valiente de Allie ya se había puesto el abrigo y estaba a punto de correr al pueblo a por el médico cuando me recobré y lo tranquilicé diciéndole que sólo había sido una broma pesada.

Porque era una broma, ¿no? Iain no puede estar vivo. Todas esas cartas que recibí confirmaban su muerte. Mi pensión familiar se transformó en una pensión de viudedad. ¿Cómo iba a equivocarse el Ministerio de Guerra?

¿Cómo se supone que he de sentirme? Mi marido se alista y se va al campo de batalla, en una especie de grandioso intento de suicidio. No escribe, no viene a verme. Lleva más de un año preso sin avisarnos de que está vivo ni a mí ni a su madre. ¿Y todavía le sorprende que me haya enamorado de otro? ¿No habría hecho lo mismo cualquier mujer?

¡Ay, Davey! ¡No puedo resistir todo esto! ¡No puedo resistirlo!

SUE

Kriegsgefangenen-Sendung, Postkarte
23 de junio de 1917

Sue:

Mañana despliego las alas. Quizá pase un tiempo antes de que vuelva a escribirte, pero no te preocupes por mí. Tú eres la flor que guía mi vuelo.

Echo de menos tu sonrisa.

DAVEY

24 de junio de 1917

Sue, mi queridísima muchacha:

Si llegas a leer esto, quiere decir que Iain lo ha conseguido. Ya sé que debe de haber sido para ti toda una conmoción verlo en tu puerta, salido de la tumba, por así decirlo. Pero una vez te prometí que no interferiría cuando él volviera a casa.

Te he escrito un cuento de hadas, Sue. Espero que deje claro lo que yo no sé cómo explicar. Recuerda que te amo.

Tuyo siempre,

DAVID

LA ESPOSA DEL PESCADOR

Había una vez un pescador que tenía una bella esposa llamada Lucinda. Él navegaba semanas y semanas en busca de pesca y ella lo esperaba en la orilla, con los pies descalzos oscilando en el agua. Ella le confeccionaba las redes. Entretejía y ataba los recios hilos plateados y, mientras, iba cantando. Cantaba solitarias canciones del mar, animadas tonadas marineras y melodías de una dolorosa belleza que sonaban como si salieran de las mismísimas sirenas. Pero cuando miraba el mar, con los ojos fijos en el horizonte por si divisaba el bote de su marido, sus canciones estaban teñidas de tristeza.

Lucinda era tan preciosa y su canción tan pura que un duende del agua se había enamorado de ella. Todos los días, mientras ella permanecía junto al agua anudando las redes, el duende se acercaba flotando para observarla, y así se iba enamorando todavía más. A cada lágrima de cristal que Lucinda derramaba, el duendecillo se acercaba un poco más nadando y se preguntaba cuál sería la manera de hacerla sonreír. Al fin decidió ganarse su amor y llevársela al mar a vivir con él.

El duende se adentró en el mar en busca de los más valiosos regalos que pudiera encontrar: cosas que Lucinda jamás hubiera visto en su tierra humilde, que le mostraran que había mucho más en el mundo que su pequeño trecho de costa y el horizonte vacío. Cuando viera hasta adónde se extendía el mar y lo mucho que ocultaba bajo las olas, lo seguiría sin vacilar.

Se sumergió en las profundidades y cogió la caracola más preciosa de todas: una caracola grande y blanca, con un delicado brillo rosado y una suave irradiación azul que salía de su interior. Se la llevó a Lucinda con una tímida sonrisa y vio, complacido, que ella le sonreía a su vez.

Pero Lucinda rechazó el regalo.

—Si quiero una hermosa caracola —le dijo—, sólo tengo que caminar por la playa y escoger entre las muchas que hay esparcidas por la arena.

—Ninguna será tan bonita como esta caracola traída de las profundidades.

—Serán más bonitas porque las tengo frente a mi puerta.

Al día siguiente, el duende danzó entre el oleaje hasta encontrar un maravilloso pez reluciente de largas aletas azules y amarillas. Lo atrapó en un cuenco de cristal y se lo llevó a Lucinda, que sonrió, pero volvió a responder lo mismo.

—Si quiero ver un pez reluciente sólo he de buscar entre los bajíos de la ensenada.

—Ninguno será tan reluciente como este pez que viene de más allá de las olas.

—Será aún más reluciente porque lo tengo frente a mi puerta.

Sin desanimarse, el duende nadó todo el día y toda la noche hasta la playa de una tierra exótica llena de palmeras oscilantes y de un intenso aroma a fruta fresca. La arena resplandecía de un blanco inmaculado. Recogió un puñado de aquella arena brillante y se la llevó a Lucinda. Pero como las otras veces, ella respondió:

—Si quiero ver una arena resplandeciente, sólo he de bajar la vista y contemplar esta playa

—No será tan resplandeciente ni de un blanco tan puro como esta arena que yo te he traído.

—A mis ojos, será aún más resplandeciente porque la tengo justo frente a mi puerta.

Lucinda le dirigió una sonrisa bondadosa.

—El mar es tuyo. Tú sigues la corriente, viajas entre las olas a lugares remotos. Pero el mar no es mío ni lo será nunca. Mi hogar en esta playa es para mí más precioso que cualquier tesoro del mundo.

El duende se alejó, furioso. No comprendía que, con todos los magníficos tesoros que le había ofrecido, con la vida que él podía proporcionarle bajo el mar, Lucinda siguiera prefiriendo la compañía de un simple pescador y la sencilla vida que llevaban en aquella humilde playa. La canción que ella cantaba en la orilla y que arrastraba el viento era una canción de añoranza y de pérdida.

Despechado, el duende golpeó con fuerza la superficie del agua, haciendo así que se desatara una tormenta. La lluvia empezó a caer a raudales, ocultando la costa tras una cortina gris. En alta mar, un diminuto bote de pesca cabeceaba entre las aguas agitadas. Al levantarse el oleaje, un caballo acuático —con el torso desnudo, los colmillos afilados y las crines ornadas de algas— cabalgó sobre la cresta de una ola. Dejando una estela blanca, el caballo se lanzó directo hacia el bote.

El pescador, arrastrado bajo la superficie, jamás podría regresar a casa. El duende ya no tendría que volver a luchar por el amor de Lucinda. Pero la canción que ella cantaba se elevó entonces por encima de los truenos y del fragor de las olas, y el duende comprendió lo que debía hacer.

Se zambulló bajo el agua. Llegó junto al bote justo cuando el caballo acuático se alzaba sobre sus patas traseras y agitaba sus cascos chorreantes. El duende movió los pies frenéticamente y salió disparado del agua como un pez, interponiéndose entre el caballo y el pescador, que estaba acurrucado en el fondo del bote. Los colmillos del caballo se hundieron en el pecho del duende.

Con la fuerza de todo su poder, el duende sopló hasta formar un viento que impulsó el pequeño bote hacia la orilla. Sabía que ningún regalo podría arrastrar a Lucinda lejos de su casa. Pero, enviándole al pescador, había encontrado el único regalo que de verdad importaba.

Isla de Skye
17 de agosto de 1917

Davey:

Ese extraño que apareció en mi puerta no es mi esposo. Cuando se fue hace tres años, era un hombre fuerte, arrogante, ensimismado. Ahora sé que el ardor de sus ojos, que yo tomé por entusiasmo, era el resquemor de los celos. Y, además, este extraño que me has enviado es un hombre flaco, nervioso, hambriento, vacilante, cargado de disculpas. No posee ninguna de las cualidades de Iain. No sé quién es.

Me ha contado que ideaste una gran fuga. Que confeccionaste unos uniformes falsos y planeaste salir sin más por la puerta principal del campo de prisioneros. Que él fue el único que lo consiguió.

Dime, ¿qué derecho tenéis tú e Iain a tomar una decisión por mí? ¿Qué te hace pensar que me inclinaré a aceptarlo de nuevo? ¿Qué te hace pensar que no preferiré esperarte a ti?

No sé qué hacer con él. Se pasa el día sentado en casa con aire cohibido. Fuma, se crispa y solloza cuando trata de hacerme el amor. Si me calzo las botas para salir, me agarra del delantal, como si creyera que cruzaré la puerta y no volveré.

Lo he pensado pero, la verdad, ¿adónde podría ir? No sé si aún sigues preso. No sé por qué sonabas tan frío en la carta que enviaste con Iain. No sé si todavía estás enamorado de mí. Ni siquiera sé si llegarás a abrir y leer esta carta.

Cada vez que voy a Portree, me detengo en la capilla católica. Rezo para que sigas bien allí donde estés; rezo para que todo se arregle por sí solo. Ahora nada es como debería ser.

Davey, te necesito. No te haces una idea de cuánto te necesito. Nada encaja sin ti. Yo debo tomar mi propia decisión.

SUE

26

Margaret

Londres
Viernes, 20 de septiembre de 1940

Abuela:

¡La he encontrado! Ay, se la veía tan pálida y menuda en aquella cama de hospital. El médico me dijo que mi madre estaba en el Langham cuando cayó la bomba, pero que salió sin demasiadas heridas. Tiene varias costillas rotas, el tobillo torcido y algo de agotamiento nervioso. Temían que sufriera una neumonía, pero parece haberse librado de ese peligro.

Primero fui al hotel. Creía que no tendrían ni idea de quién era, pero mi madre llevaba alojada allí dos meses; salía todos los días de paseo y siempre se paraba en recepción a preguntar si había algo para ella en el correo. Así que la conocían perfectamente. El conserje me indicó el nombre del hospital y me dijo que esperaba que se pusiera bien.

Cuando entré, estaba sentada en la cama, llorando y apretándose las sienes con las manos. Pero nada más verme, dijo: «Mi Margaret. Aquí estás», y se tendió de inmediato. Las enfermeras me han dicho que no había logrado calmarse desde que la internaron. Pero una vez que me vio, se pasó durmiendo casi un día entero.

Me quedaré con ella y volveré a escribir para contarte cómo sigue, aunque el médico no parece preocupado ni cree que corra peligro. Se alegra de que tenga un familiar que cuide de ella. Lo único que necesita ahora es tiempo y nuestras oraciones.

Con cariño,

MARGARET

Londres
Viernes, 20 de septiembre de 1940

Querido Paul:

Al fin la he encontrado. Y está bien, dentro de lo que cabe. Se hallaba en el Langham cuando cayó la bomba, pero no quedó muy malherida. Se muere de ganas de volver a Edimburgo. En el hospital, con todos los heridos que llegan a diario por

los bombardeos, necesitan la cama, así que están dispuestos a darle el alta siempre que alguien se ocupe de ella.

Ahora mismo está durmiendo. En cuanto llegué, se echó en la cama y se durmió con una sonrisa en los labios. La hermana supervisora vio que yo venía de muy lejos —aún llevaba mi traje gris de viaje— y me dejó sentarme junto a mi madre, siempre y cuando estuviera calladita y no molestara a los demás pacientes. Cree que mi madre dormirá mejor conmigo a su lado.

Me explicaron que, cuando la sacaron del edificio, tenía agarrada una maleta. Sólo una. La otra la dejó, pero la marrón se negaba a soltarla. Aun sin abrirla, yo ya sabía el motivo.

Mi madre roncaba y murmuraba en sueños, y la maleta marrón me miraba desde debajo de la cama. Yo era consciente de que no debía. La parte filial y obediente que hay en mí se sentía culpable sólo por considerar la idea de abrirla. Pero esa otra parte de mí que echó todas las precauciones por la borda y escribió a un tío desconocido, que partió hacia la isla de Skye sin otra cosa más que el nombre de una casa garabateado en la guarda de un libro, que bajó a Londres a toda prisa para rescatar a mi madre de los escombros y llevármela a casa..., esa parte de mí besó la mano de madre, que yacía flácida sobre la manta, y abrió la maleta.

Se escribieron durante años, Paul. Mi madre y Davey. Y todas las cartas de él estaban allí dentro. Desde la primera, de 1912 —la carta típica de un admirador, escrita por un impetuoso estudiante universitario—, hasta la última, que es de 1917: una nota mugrienta, escrita en un campo de prisioneros, que ponía fin a la relación. Así como así. Poco antes estaban hablando del futuro y, de repente, él rompió de forma definitiva con un cuento de hadas sobre la esposa de un pescador.

El cuento iba sobre ella. Su marido, Iain, era un pescador de Skye. Desapareció durante la guerra, fue dado por muerto y luego reapareció. Se presentó en la puerta de mi madre con la carta de Davey en la mano. Ella no tuvo opción siquiera.

A la mañana siguiente

Te escribí todo eso y después, cuando el amanecer se volvía de color naranja en la ventana, yo también me quedé dormida. Al despertarme, todavía rodeada de cartas, mi madre estaba sentada en la cama mirándome.

—Has leído mi historia —dijo. Le pregunté si estaba enfadada, pero ella negó con la cabeza—. Fue un error esconderla. También es tu historia.

A mí se me agolpaban las preguntas, pero al verla allí, tan paliducha sobre las almohadas, con la mirada fija todavía en las cartas, no me atreví. Le pregunté cómo se encontraba.

Ella se irguió, pero percibí una mueca de dolor en su rostro.

—Mucho mejor. Creo que volveré muy pronto a casa.

Le contesté que no estaba tan segura, que el médico tal vez creyera más conveniente que se quedara a reposar un poco más, pero ella pestañeó y me dijo, suspirando:

—Quiero volver a casa, Margaret. Ya he pasado demasiado tiempo fuera. —Se secó los ojos—. No debería haberme marchado. Debo volver a Edimburgo, salir a pasear, sentarme en silencio en la catedral. No conozco mejor forma de recuperar fuerzas. Quiero volver a casa.

—Elsbeth —dijo una voz desde el pie de la cama—. Yo te llevaré a casa.

Aunque te cueste creerlo, Paul, era el tío Finlay. Ha venido.

Con todo mi amor,

MARGARET

Londres

Sábado, 21 de septiembre de 1940

Querida abuela:

El tío Finlay ha venido a Londres. Ha llegado esta mañana y se ha pasado todo el día en compañía de madre, poniéndose al día sobre las dos últimas décadas, aunque sin contar gran cosa por su parte. Mañana se la llevará para casa, a Edimburgo.

No sé cómo lo has hecho, quiero decir, convencerlo para que bajase a Londres y hablara por fin con ella, pero gracias. Por primera vez en mucho tiempo, veo en la cara de mi madre una expresión de paz.

Con cariño,

MARGARET

Londres

Domingo, 22 de septiembre de 1940

Querido Paul:

La otra noche, antes de quedarme dormida, mi madre me dijo que yo sólo conocía la mitad de la historia. Que sólo había visto las cartas de Davey, pero no las suyas.

Así pues, en vez de dirigirme a la estación esta mañana con ella y con el tío Finlay, he ido al Langham para ver si habían desenterrado de los escombros su otra maleta. Allí, me había dicho ella, estaban sus cuadernos, donde tenía los borradores de todas sus cartas. Hábitos de escritora.

Y, sí, habían encontrado esa otra maleta llena de cuadernos. Su mitad de la historia. Pero, además, Paul, ¡tenían una carta para ella!

Alguien ha respondido a una de las muchas que ha enviado mientras estaba estos meses en Londres.

Y no sé qué hacer. La carta es para ella, sin duda, pero yo la he visto en esa cama de hospital, cansada y derrotada; he visto cómo se marchaba renqueante a la estación del brazo de su hermano, ansiosa por dejar Londres atrás... ¿Y si esta respuesta no es nada? ¿Y si, Dios nos libre, son malas noticias?

Vuelvo a Edimburgo en el próximo tren. Tendré siete horas y media para decidir si le doy la carta o la abro yo misma.

Con mi amor,

MARGARET

Detroit, Michigan
10 de septiembre de 1940

Estimada señora Dunn:

Disculpe que no hayamos contestado antes, pero su carta me fue remitida desde la secretaría de la oficina central de la Asociación del American Field Service. Ellos pensaron que yo estaría en mejores condiciones de responder a sus preguntas.

Me gustaría poder darle mejores noticias, pero no tengo ningún dato de contacto de David Graham. Él nunca ha actualizado sus datos ni enviado noticias a nuestro boletín, ni tampoco ha asistido a ninguna de nuestras cenas.

No obstante, tengo una pequeña información que acaso podría serle útil. Algunos de los demás se mantuvieron en contacto con él después de la guerra. Y yo lo vi en París. El viejo Dave logró sobrevivir. Siempre fue un tipo con suerte.

Dave —nosotros lo llamábamos «Rabbit»— estuvo unos años en un campo de prisioneros. Debieron de apresarle en el 16, antes de que Estados Unidos entrara en guerra y la Cruz Roja asumiera las funciones del Field Service. Mientras estuvo en el campo, él no nos escribió a ninguno, salvo a su buen amigo Harry. Pero me consta que salió de allí tras el armisticio. Después de la guerra, lo vimos todos en París.

Lo habían internado en un hospital para que recuperase fuerzas antes de enviarlo a casa, pero Rabbit se escabulló y fue a vernos a nuestro cuartel general de la Rue Raynouard. ¡Imagínese nuestra sorpresa! Estaba en bastante buena forma para haber pasado tanto tiempo en un campo de prisioneros. Nos suplicó que le prestáramos ropa y que le diéramos el dinero suelto que tuviéramos y todas las barritas de chocolate que le cupieran en los bolsillos, y nos dijo que no volvía a casa, todavía no. Que tenía que ir a Escocia, a buscar a su chica.

Ya ve, señora Dunn, he reconocido su nombre. No pretendo faltarle al respeto,

pero Rabbit no podía parar de hablar de usted. Estaba perdidamente enamorado. Al oírlo hablar, parecía que fuera usted algo así como todas las princesas de cuento de hadas en una. Harry nunca soltaba prenda al respecto, pero los demás intuíamos que algo se había deteriorado durante los años que había permanecido en el campo. Y entonces se presentó en la Rue Raynouard, pidiendo dinero para ir a Escocia y disculparse por algún motivo. Supongo que ésa fue la última vez que usted lo vio también.

Pero algunos de los demás chicos se mantuvieron en contacto con él al regresar a Estados Unidos. Rabbit volvió a la enseñanza. Estuvo un tiempo en Chicago y después se trasladó a Indiana para estar más cerca de su hermana; no se dónde acabó después. Sí me consta que publicó un libro, un volumen de cuentos de hadas para niños. Debería habernos visto a todos, tipos viejos ya, sonriendo como críos cuando alguien trajo un ejemplar a una cena de la Asociación del American Field Service. Nuestro Rabbit, ¡un autor publicado!

Siento no tener su dirección, pero he pensado que le gustaría saber que le iban bien las cosas la última vez que tuve noticias suyas y que había publicado un libro. Y ya que no la dirección de Rabbit, le mando la de Harry Vance. Él ha sido más diligente que Rabbit para mantenerse en contacto. Harry ha estado dando clases en Oxford. Eso queda cerca de Londres, ¿no?

Le deseo mucha suerte, señora Dunn. Y si llega a ver a Rabbit, envíele, por favor, muchos recuerdos de mi parte.

Cordialmente,

BILLY RIGGLES ROSS
SECRETARIO DE LA OFICINA DEL MEDIO OESTE
ASOCIACIÓN DEL AMERICAN FIELD SERVICE

Edimburgo
Martes, 24 de septiembre de 1940

Apreciado señor Vance:

Le escribo en nombre de mi madre, la señora Elspeth Dunn. Ella ha estado intentando averiguar el paradero de David Graham, a quien conoció hace años. Me ha facilitado su dirección Billy Ross, de la Asociación del American Field Service, pensando que quizá usted tuviera datos de contacto actualizados del señor Graham.

Por favor, cualquier cosa que pueda decirnos será bienvenida. Mi madre lleva mucho tiempo buscando al señor Graham. Las dos se lo agradeceremos más de lo que puede imaginar.

Cordialmente,

MARGARET DUNN

Oxford
27 de septiembre de 1940

Apreciada señorita Dunn:

Me he estado debatiendo sobre si debía enviarle o no la dirección de Dave. Como viejo solitario que es, valora mucho su intimidad, pero creo que lleva demasiado tiempo solo, compadeciéndose de sí mismo. Demasiado tiempo deseando poder cambiar el pasado.

Le anoto la dirección más abajo. Ha estado viviendo en Londres, en un piso justo a la vuelta del hotel Langham. Siempre decía que Londres estaba lleno de recuerdos.

HARRY VANCE

27

Elsbeth

Isla de Skye
1 de mayo de 1919

Querido David:

Probablemente te sorprenderá recibir esta carta, pero ahora que mi libro de poesía más reciente acaba de aparecer, ¿cómo se me iba a olvidar una persona que fue en tiempos mi «fan»?

Al no haber sabido nada de ti en estos dos últimos años, no tengo ni idea de dónde puedes estar. Espero que, enviándolo a la casa de tus padres, el paquete te acabe llegando.

¿Cómo te ha ido desde la guerra? Te escribí al campo de prisioneros poco después de que Iain volviera, pero no respondiste. ¿Te han ido bien las cosas?

Es muy extraño, pero hace unos meses creí verte en la carretera que queda frente a la casa de mis padres. Bajé la vista un momento y la imagen desapareció. Sabes que esta isla está poblada por espíritus y fantasmas, ¿verdad?

Iain falleció recientemente. Ironías del destino: sobrevivió a la batalla de Festubert, al cautiverio en Alemania y a la fuga del campo para venir a casa a morir de gripe en su propia cama. No había recuperado el vigor desde su regreso, y cayó enfermo fácilmente. Sin embargo, no fue del todo inesperado.

¿Sabes?, yo diría que estaba esperando la muerte. Él siempre había creído que debería haber caído con sus amigos en Festubert. Las cosas ya no eran iguales cuando volvió a casa. Creo que sentía que no encajaba. No parecía saber qué hacer, sobre todo respecto a mí. Lo intentamos. De veras que lo intentamos, Davey. Todo era distinto, pero lo intentamos.

No he sido capaz de escribir poesía en varios años. «Reposo» era uno de los últimos poemas que escribí. No acertaba a averiguar cuál era el problema, pero al final me di cuenta.

Eras tú, Davey. *Eres* tú. Sin ti, no hay poesía en mi vida. Tú has sido siempre mi inspiración. Antes de conocerte, escribía poesía con mi pluma. A mis lectores les encantaba. Para ellos tenía un sentido. Después de conocerte, escribí poesía con mi alma, y me encantó a mí. Lo significaba todo para mí.

Me doy cuenta de que no sé nada de tu vida ahora. Han pasado dos años desde que me llegaron noticias tuyas por última vez. Por lo que sé, bien podrías estar casado y tener familia. Pero voy a actuar tal como lo harías tú. Voy a cerrar los ojos y a salir

corriendo de la trinchera.

Davey, no puedo vivir sin ti. No puedo *existir* sin ti. ¿Recuerdas todas las promesas que nos hicimos durante la guerra? Ven y vuelve a hacérmelas.

Iremos a donde tú digas, viviremos donde tú quieras. ¿Edimburgo? ¿Skye? ¿Urbana, Illinois? Iría a cualquier sitio contigo. Seré tu esposa, tu querida, tu amante. Con tal de ser tuya.

Estoy cerrando la casa, me voy a Edimburgo. *Màthair* no está bien desde que Finlay se fue. Quizá si yo me marcho, él regrese. Es lo mínimo que puedo hacer por ella. ¿Vendrás a Edimburgo? ¿Vendrás a buscarme?

Iré todas las mañanas a Saint Mary a esperarte. No sé cuándo recibirás esta carta, pero te prometo que esperaré. Esperaré cada mañana, por mucho tiempo que haga falta. Renuncié a ti una vez, el día en que apareció Iain, y no tú, en la puerta. Ya no volveré a renunciar a ti.

Nunca he dejado de quererte, Davey.

SUE

28

Margaret

Edimburgo
Martes, 1 de octubre de 1940

Apreciado señor Graham:

Espero que no me considere demasiado atrevida, pero quería escribirle para manifestarle mi admiración por su libro *Mis cuentos de hadas preferidos (para mis niños preferidos)*. Aunque han pasado muchos años desde que tenía edad para leer cuentos de hadas, algo me impulsó a mirar más allá de las palabras. Hay una historia por debajo de cada uno de ellos. Una alegoría, sin duda, pero también magia y poesía. Esto no son simplemente cuentos para niños.

Me entusiasmó en especial el último, «La esposa del pescador». Lo encontré tremendamente real, como si estuviera escrito con el corazón. Qué parecido a la vida misma, en la que avanzamos a tientas a través del amor sólo para descubrir que es más sencillo de lo que creíamos.

Me parece interesante que haya cambiado el desenlace de «La esposa del pescador». Originalmente terminaba usted la historia haciendo que el duende se sacrificara para que el pescador pudiera llegar a la orilla a salvo. Un final muy noble. Pero aquí, en la versión publicada, ha hecho que el duende del agua luche por el amor de Lucinda. Esta vez, él le da la oportunidad de que elija por sí misma. Quizá no tan noble, pero sí mucho más real: un desenlace impregnado de tristeza y esperanza.

Desde luego, las historias de este libro no son las únicas que usted ha escrito. Hace más de dos décadas escribió una historia de amor epistolar: una historia tan llena de magia como los cuentos de hadas. Más mágica aún porque era real. Es una historia sin final, no obstante. Una historia que se interrumpe noblemente en un momento dado, dejando muchos interrogantes sobre los momentos anteriores. Interrogantes que todavía siguen en pie veintitrés años después.

Estoy convencida de que puede terminarla. Es usted uno de los mejores escritores que conozco.

Con gran admiración,

MARGARET DUNN

Londres, Inglaterra

5 de octubre de 1940

Estimada señorita Dunn:

Parece que haya pasado toda una vida desde que escribí estas tres mismas palabras. Esa vida me llevó a través del océano hasta las trincheras, para descender al infierno y regresar de nuevo. Pero escribir ese «noble final» fue con diferencia lo más duro. No es de extrañar que cambiara de parecer.

Sólo llegó a existir una copia del borrador original. Dígame, por favor, ¿cómo está ella?

DAVID GRAHAM

Edimburgo
Martes, 8 de octubre de 1940

Apreciado señor Graham:

Ella está perpleja. Se ha pasado los últimos veintitrés años preguntándose por qué dejó usted de escribir. Por qué no respondió a las cartas que ella envió después de que Iain volvió a casa. Por qué desapareció.

Mi madre nunca me había hablado de usted ni de su vida antes de mi nacimiento. Pero yo notaba el peso de la tristeza que llevaba sobre sí; tantos años esperando y haciéndose preguntas. Esta guerra la ha conmocionado. Le ha hecho recordar la otra guerra, me dijo ella misma. Le ha hecho recordar lo que ganó y lo que perdió. La guerra es impulsiva, me dijo, y después lo único que te quedan son fantasmas.

Tal vez no debería escribirle esto a un desconocido, pero a mí me parece como si ya lo conociera... después de leer todas las cartas que ella tenía escondidas desde que terminó la última guerra. Aunque nunca nos hayamos visto, lo entiendo. Soy tan inquieta, tan audaz como usted, y ando buscando mi lugar en el mundo con la misma avidez. Entiendo las dudas, pero no entiendo que uno pueda marcharse sin echar una mirada atrás. ¿Por qué lo hizo?

Cordialmente,

MARGARET DUNN

Londres, Inglaterra
11 de octubre de 1940

Querida Margaret:

Yo no dejé de escribirle. No podía. Me arrepentí de ese «noble final» tan pronto como lo escribí. Le mandé una carta tras otra, pero no obtuve respuesta. ¿Por qué iba a querer contestarme cuando tenía a su esposo otra vez en casa, cuando ambos se habían dado una segunda oportunidad? ¿Por qué iba a querer contestarme cuando te tenía a ti?

Ella no me escribió ninguna carta más, pero él sí. Iain me pidió que lo dejara. Me pidió que no volviera a escribir.

Tras su regreso, según me dijo, ella volvía a ser feliz. Habían empezado de nuevo, estaban intentando que las cosas funcionaran. Habían tenido un bebé, cosa que ella deseaba con toda su alma. Y era lógico. ¿Por qué iba a querer a un chico como yo: un chico incapaz de sentar la cabeza, de comprometerse y formar una familia como ella deseaba? No era de extrañar que estuviera contenta con el regreso de Iain.

Intenté una vez disculparme cara a cara. Aunque Iain no quería que volviera a hablar con ella, aunque yo me figuraba que ella tampoco quería hablar conmigo, Sue bien merecía el intento. Cuando salí del campo de prisioneros después del armisticio, mendigué, pedí prestado y hasta robé para llegar a Skye. Tenía que oírsele decir de sus propios labios.

Me dieron indicaciones para llegar a la casa de sus padres. Cuando ya estaba prácticamente allí, oí una risa y me detuve en seco en el camino. Yo no había olvidado el sonido de la risa de Sue. Me volví hacia la parte trasera de la casa y entonces la vi. Estaba con Iain y con una niña pequeña. Tú. Iain te columpiaba sobre un arroyo y tú te reías sin parar. Los tres os reíais. Titubeé. Sue alzó la vista, sólo un instante, y creí que me había visto, pero entonces tú volviste a reír y no pude dar ni un paso más. No podía entrometerme en ese momento de felicidad familiar. No podía entrometerme en su nueva vida. Di media vuelta y nunca más intenté contactar con ella.

Todas las cartas que le había enviado mientras estaba en el campo no tuvieron respuesta. Y en todos estos años ella nunca intentó localizarme. ¿Para qué remover ahora las cosas?

DAVID GRAHAM

Edimburgo
Lunes, 14 de octubre de 1940

Apreciado señor Graham:

He revisado todas las cartas que ella ha conservado y la correspondencia se interrumpe nada más volver Iain a casa. Usted dice que siguió escribiéndole. Si las cartas llegaron, ¿por qué no las habría guardado también?

¿Y si resulta que nunca las vio? Es posible que Iain las arrojara al fuego. Usted la

había conquistado exclusivamente con su pluma. ¿Por qué iba él a permitir que le llegaran las cartas?

Ella escribió que usted había sido siempre su único amor. Su amor, su fuente de inspiración, su poesía. Cuando Iain murió, decidió arriesgarse tal como usted. Envió una carta y cruzó los dedos. Escribió que se mudaba a Edimburgo y que esperaría cada día en la catedral de Saint Mary —su antiguo punto de encuentro— hasta que usted apareciera. Porque lo haría. Recibiría su carta e iría a buscarla. Estaba segura.

Tan segura que sigue esperando todavía ahora, tal como ha hecho desde aquel día. Ella nunca renunció a usted. No podía aceptar el «noble final».

MARGARET DUNN

Londres, Inglaterra
17 de octubre de 1940

Querida Margaret:

¿Esperando en Saint Mary?, ¿todos estos años?

Aunque, ¿sabes?, no me sorprende. Siempre fue más terca que una mula. Elspeth nunca daba nada por imposible: incluso, como en mi caso, cuando debería haberlo hecho.

Yo no recibí esa última carta suya, aquella en la que decía que se mudaba a Edimburgo. Acabo de descubrirlo ahora. Fue únicamente mi propia testarudez la que me impidió leerla antes. Verás. Ella me la envió entre las páginas de *Surgido del caos*, su último libro. Surgido del caos. Ese título parecía describir a la perfección a Iain. Él había sobrevivido a las trincheras y a un campo de prisioneros. Había dejado a su propio rival entre rejas. Había vuelto a casa y reencontrado la paz.

Desde que Iain y yo nos tropezamos en aquel campo, nos vimos metidos en un punto muerto. Él comprendió que no todo estaba perdido —al menos mientras yo estuviera preso—, y yo comprendí que las cosas no serían tan sencillas para Elspeth, al menos mientras su marido siguiera vivo. Yo le había prometido una vez a ella que, si Iain volvía a casa, me retiraría.

En aquel entonces estaba implicado en un plan de fuga con otros presos. Fabricamos unos uniformes *boches* con forros de chaqueta, trozos de manta y sábanas. Nuestro plan consistía en ponernos los uniformes y salir directamente por la puerta. Audaz, sin duda, pero así era yo en aquella época. Iain se enteró del plan y quiso participar. Los demás me ahorraron el trago de responderle. Le dijeron que no había sitio para él. En fin, lo rechazaron para que no tuviera que hacerlo yo.

Pero aquello no parecía justo. Yo estaba escribiéndole a Sue y soñando con volver a verla, mientras que su esposo se encerraba cada vez más en sí mismo, consciente de que ya no la vería más. De nuevo, se había dado por vencido. A mí, sin embargo,

quedarme de brazos cruzados sabiendo que yo era la causa de todo... se me hacía imposible.

La noche antes de la fuga escribí «La esposa del pescador», con el desenlace que tú leíste. Lo metí doblado en una carta, recordándole a Sue la promesa que le había hecho de no entrometerme si Iain regresaba algún día. Metí la carta en el falso uniforme y se lo dejé todo a Iain bajo la almohada.

No fue sino después, cuando él llegó a Skye y Sue me escribió preguntando qué derecho teníamos a decidir por ella, cuando empecé a dudar sobre lo que había hecho. Le escribí. Ah, le escribí muchas veces. Y seguí hasta que Iain me pidió que parase. Hasta que me dijo que yo ya no le importaba a ella.

¿Por qué lo creí? Pues no lo sé. La historia que me contó —que ella volvía ser feliz ahora que él había vuelto— tenía lógica. Él había pasado mucho para estar a su lado. Había sobrevivido a un auténtico caos. De ahí el título del libro de Sue. Y yo no iba a leer un libro sobre Iain, para Iain. Precisamente para el hombre que me había arrebatado lo que más quería en este mundo.

Pero estaba equivocado. Ella volvió a escribirme. Y no sólo aquella carta metida entre las páginas, junto a «Reposo». Todos los poemas de *Surgido del caos* —los rubores, los anhelos, la añoranza— eran sobre nosotros. Si hubiera abierto ese libro hace dos décadas, habría visto que ella no había renunciado a mí. Su última súplica, su última oración, estaba entre esas tapas de cuero rojo jaspeado. Ella nunca me olvidó.

Lo único que yo tenía que hacer era abrir el libro, leer todo lo que había escrito para mí a lo largo de los años. Pero no lo hice. Una vez más, le fallé. Una vez más, cuando más importaba, demostré ser un cobarde.

DAVID

Edimburgo
Sábado, 19 de octubre de 1940

Querido David:

He aquí una carta que encontré en sus cuadernos y que ella nunca envió. La estaba escribiendo cuando Iain se presentó en su puerta. Una carta más reveladora que el resto. Léala y luego venga a Edimburgo. Léala y venga a casa con nosotras...

Afectuosamente,

MARGARET

Isla de Skye
10 de agosto de 1917

Querido Davey:

Ya sé que no te he escrito desde hace tiempo, pero créeme si te digo que tenía un buen motivo. Lo que voy a explicarte tal vez te cause contrariedad, pero no te enfades, por favor. Tenía mis razones. Te dije que ya no tenía el bebé. Pero como ha dicho siempre mi madre: «Lo que ocurre con las cosas perdidas es que un día tal vez las vuelvas a encontrar.» No tuve un aborto, Davey. Tuve al bebé.

Ah, intenté abortar. Después de recibir la carta de Harry en la que me decía que habías muerto, ya no quise ese recordatorio, esa bofetada en la cara que constituiría una burla de la familia que podría haber tenido. Así que traté de provocarme un aborto. Hice todas las cosas que se supone que no debes hacer durante un embarazo: limpiar ventanas, caminar sobre la tumba de un suicida, comer ciruelas verdes, exponerme a la luz de la luna llena, beber whisky mientras tomaba un baño caliente. Nada de lo cual funcionó.

Luego descubrí que estabas vivo y todo volvió a ser perfecto. Tenía a mi bebé, tenía a mi Davey. Pero recordaba cómo te habías sentido al respecto: hasta qué punto te había asustado la idea de una paternidad inminente. No podía reconocer que la idea de la maternidad me asustaba a mí en la misma medida. Así pues, aplacé el momento de darte la noticia. Una vez. Y otra, y otra. Llegó un punto en el que ya no podía confesar mi mentira sin sonar completamente falsa. «Espero que disfrutaras el paquete de comida. Ah, por cierto, ayer di a luz.»

Ojalá te lo hubiera dicho. Quería que estuvieras a mi lado durante el parto. Quería que me besaras en la frente y me dijeras que estaba haciéndolo muy bien, que era una chica valiente, tu chica. Quería que cogieras a tu hija en brazos y fueras la primera persona que ella viera al abrir los ojos.

La llamé Margaret, que significa «perla». Verdaderamente es un tesoro.

Pero ha sido muy duro. No te voy a mentir, Davey. Todos los vecinos lo saben. Veían cómo se me inflaba la barriga bajo mi luto de viuda y murmuraban disimuladamente. Sabían de todas las cartas que habían ido llegando durante años de Estados Unidos y de las tres veces en las que Elspeth Dunn había subido impulsivamente a un ferry. No les sorprendió que llegara un bebé un año después de la carta que daba por muerto a Iain.

Estoy pensando en irme de aquí, en atarme a Margaret a la espalda y subirme una última vez a ese ferry. Lejos de Skye, podré criarla sin soportar murmuraciones. Y tal vez Finlay se decida entonces a volver. *Màthair* lo echa mucho de menos.

Una vez me dijiste que en aquel piso de Edimburgo te sentías como en casa. ¿Podríamos hacerlo realidad? Ven a casa con Margaret; ven a casa conmigo. Ven con tu familia, Davey.

Esperándote,

SUE

29

Elsbeth

Edimburgo
25 de octubre de 1940

Querida *màthair*:

Margaret ha estado buscando el primer volumen de mi vida; yo me he pasado todo el tiempo esperando el segundo.

En el tren de vuelta de Londres a Edimburgo, decidí que se había acabado. Que ya estaba bien de esperar. Que debía olvidarme del segundo volumen. ¿De qué me había servido? Nueve mil días esperando en la catedral; una hija que ignoraba el pasado; un hermano que no quería saber nada de él. En el tren, Finlay venía conmigo; Margaret había de seguirme con las cartas. Ambos eran más importantes que un fantasma eternamente esperado.

Después, sin embargo, Finlay me dejó en Edimburgo y yo olvidé mis promesas. Sin darme cuenta siquiera, mis pies siguieron su camino de siempre y me llevaron a Saint Mary. No me sorprendió levantar la vista y ver las puertas labradas. No sé si mi espera es una droga o una rutina, pero ya no podría parar.

El miércoles estaba en mi banco habitual. Tenía en el regazo mi pequeña Biblia marrón, en cuya portadilla figura el nombre de «David Graham» escrito con caligrafía infantil. Como siempre, reseguí la segunda «d» con el dedo y, mientras lo hacía, me prometí que sería la última vez. Nueve mil días son muchos; diez mil ya son excesivos. Tenía que dejarlo. Porque, ¿sabes, *màthair*?, esa tarde había empezado a ver fantasmas.

Sólo unos minutos antes, al cruzar York Place frente a la catedral, había visto a un hombre allí mismo, en la calle. Y, ay, *màthair*, mi corazón dio un brinco.

El mismo pelo rubio claro, los mismos hombros encorvados, el mismo pulgar que subía hacia sus labios. Los ojos del color verde castaño de las montañas en invierno. Habría jurado por lo más sagrado que era él.

Pero entonces pasó un autobús traqueteando y tocando la bocina, y él se tocó el sombrero y se alejó precipitadamente. Yo me quedé petrificada más tiempo de la cuenta; no entendía cómo podía haberme confundido tanto. Estaba segurísima de que era él. Pero había mucho tráfico alrededor, la gente corría a casa antes de que las calles sin alumbrado se quedaran a oscuras, y comprendí que debía darme por vencida.

En la catedral, mientras recorría el nombre con el dedo, juré que sería la última

vez. Y lo pensaba en serio, *màthair*.

Permanecí sentada hasta que la nave se quedó más oscura, hasta que alguien se deslizó en el asiento contiguo: mi Margaret, con un sombrero nuevo de color verde. Se ha ido de casa y ya la echo de menos. La semana pasada, Paul vino de permiso y se casaron. Una ceremonia rápida, una luna de miel todavía más rápida en Borders, y ahora ella ya es la señora de su propia casa. Esa noche, cuando se deslizó en el banco junto a mí, tenía una sonrisa secreta pintada en la cara.

—Sólo he venido a entregarte una cosa. —Dejó un sobre nuevecito sobre mi Biblia—. Entrega especial.

Sobres. Tantos sobres a lo largo de mi vida. Empecé a temblar incluso antes de ver el nombre escrito en él.

«Para Sue.»

Me temblaban las manos y se me cayó dos veces antes de que pudiera introducir un dedo bajo la solapa. Casi rasgué el sobre por la mitad.

La carta era muy breve, sólo ocupaba una cara de la cuartilla y estaba escrita a lápiz con una letra tan familiar como la mía.

Londres, Inglaterra
23 de octubre de 1940

Querida Sue:

Empezamos con cartas; terminamos con cartas. ¿Podríamos volver a empezar, tal vez, con una carta? Tengo veintitrés años de los que hablarte y no suficiente papel. Nunca he dejado de amarte.

DAVEY

Las palabras se volvieron borrosas.

Margaret me cogió de las manos. «Madre...», dijo, y señaló con la barbilla hacia el fondo de la catedral.

Una chica de las Highlands está acostumbrada a ver fantasmas. Tú me lo enseñaste. Y, sin embargo, cuando él entró en la zona iluminada por las velas del pasillo, me quedé sin aliento. Podría haber esperado cualquier cosa, pero no aquello, no allí, no entonces.

Era él. Aquellos ojos de puro asombro. El pulgar que ya ascendía hacia los labios. El mismo aspecto que la primera vez que nos vimos. Mi Davey. Ah, *màthair*, había venido. Había venido.

Los ojos de color verde castaño, como las montañas invernales, fijos en los míos. Mi espejo, mi otro yo. De repente, no me sentía ni un solo día más vieja.

Me levanté. La pequeña Biblia se me escurrió del regazo. La carta seguía en mi mano. Caminé hacia él, olvidada de todo: de Margaret, de la guerra, del resto del mundo.

—Hola, Sue. —Me tendió una mano—. Aquí estoy.

Yo caí en sus brazos.
—Aquí estás, Davey. Aquí estás.

Agradecimientos

Aunque el primer borrador de este libro lo escribí en secreto, por las noches, cuando el resto de la familia ya se había dormido, no habría llegado a ser lo que es sin la ayuda y el aliento de muchas personas.

Mi gratitud más sincera a todos los lectores que contribuyeron a que el libro echara a volar, especialmente a Bryn Greenwood y Christine Roberts. A Elaine Golden, por la última línea, que es perfecta. A Sue Laybourn y Louise Brennan por darles a mis personajes las palabras adecuadas. A Richard Bourgeois, por las lecturas, el entusiasmo y los monstruos marinos. A Kate Langton por su fe inquebrantable. Lo logré. A los Nanobeans por su irreverencia, sus ánimos y sus bollos de queso. Desde que dejé Edimburgo, he tratado de recrear ese círculo de energía literaria, de apoyo mutuo, de disparates y camaradería. Ojalá fuera capaz.

A Danielle Lewerenz, por ser mi caja de resonancia, mi animadora, mi amiga. Tú contribuiste a convertir a Davey en un héroe del que enamorarse. A Rebecca Burrell, por estar ahí. Aún no sé cómo he escrito libros antes que tú.

A mi agente, Courtney Miller-Callihan, por reclutarme con tal seguridad y enviar mi manuscrito al mundo con tal convicción. A mi editora, Jennifer E. Smith, por vislumbrar en mis palabras la misma historia que yo había visto siempre y por ayudarme a convertirla en la novela que debía ser. Muchas gracias a todo el equipo de Random House/Ballantine, especialmente al infatigable departamento de derechos subsidiarios.

A mis padres y a mi hermana, Becky, por no dudar nunca de mí. Espero haberos hecho sentir orgullosos. A Ellen y Owen, por su paciencia y su comprensión cuando me olvido de la colada. Os quiero. A Jim, por Escocia y por todo lo demás.

Todavía me asombra que Elspeth y Davey sean tan reales para otras personas como lo son para mí. Gracias a todos los que han contribuido a darles vida.



Notas

[1] Protagonista de un cuento de los hermanos Grimm, el duende que ayuda a la hija del molinero a convertir la paja en oro para poder casarse con el rey. Ella le promete entregarle a cambio a su primogénito, y el duende regresa en su momento para exigírselo. (*N. del t.*) <<

[2] Autora de novelas románticas de tinte erótico consideradas escandalosas en la época. (N. del t.) <<

[3] Una escena de la novela había inspirado unos versos burlescos: «*Would you like to sin / with Elinor Glyn / on a tiger skin?*» [¿Te gustaría pecar con Elinor Glyn sobre una piel de tigre?]. (N. del t.) <<

[4] Princesa británica que acabó convirtiéndose en reina de Noruega. (*N. del t.*) <<

[5] Según una antigua tradición navideña, un hombre y una mujer que se encuentran bajo una guirnalda de muérdago deben besarse. (*N. del t.*) <<

[6] Eufemismo británico para decir «condón». (*N. del t.*) <<

[7] Actor sudafricano, famoso durante los años cuarenta por su papel de Sherlock Holmes. (*N. del t.*) <<

[8] Novela de Louisa May Alcott, la autora de *Mujercitas*. (N. del t.) <<